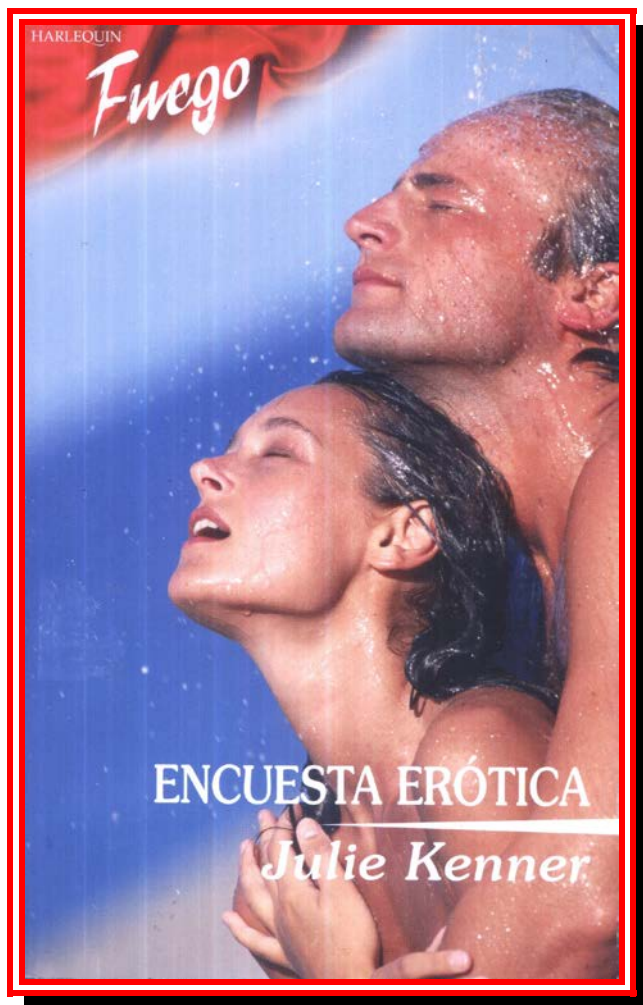


Encuesta erótica

Julie Kenner



Encuesta erótica (03.01.2007)

Título Original: The Perfect Score (2006)

Editorial: Harlequín Ibérica

Sello / Colección: Fuego 135

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Mike Peterson y Mattie Brown

Argumento:

Los planes nunca salían como una esperaba... a veces salían mejor

Mattie Brown siempre se había enorgullecido de hacer todo bien, por eso estaba tan frustrada por haber obtenido sólo un 18% en un test sobre sexo. Pero no iba a quedarse de brazos cruzados, así que puso en marcha su plan y le pidió a Cullen Slater, el donjuán del barrio, que le diera algunas lecciones para mejorar su vida sexual. Lo que no había previsto era que fuera otro vecino, el bueno y guapo Mike Peterson, el que encendiera su pasión...

Capítulo 1

— ¡Dieciocho por ciento!

Oí mi voz haciendo eco en las paredes de la lavandería.

— Sacar un dieciocho por ciento es de monjas y de niñas pequeñas. Un dieciocho por ciento no es propio de una chica de veintisiete años soltera que vive en Los Ángeles.

Carla abrió la secadora y metió su ropa interior, de un sospechoso color rosado, en una cesta de mimbre. Hacía una hora, sus braguitas eran blancas de verdad, pero esas cosas solían sucederle:

— No me creo que estés tan enfadada porque hayas sacado ese resultado en un test de Internet — me dijo mirándome como diciéndome que no se podía creer que hubiera hecho una estupidez así.

Eso sí que era una estupidez por su parte porque me conocía desde la guardería. Yo me llamo Mattie Brown y ella se llama Carla Browning. El destino nos tenía reservado que nos sentáramos juntas en casi todas las clases hasta la graduación.

En un alarde de increíble pragmatismo, supusimos que podíamos elegir entre ser mejores amigas o terribles enemigas. Optamos por la ruta de la amistad. En aquel momento, nos pareció la opción más prudente.

Supongo que aquel día Carla se lo estaría pensando mejor.

— Eres tan buena como cuando estábamos en el colegio, sólo que ahora no tienes a Angie para fastidiarte.

Angie es mi hermanastra. La verdad es que lo de «astra» nunca ha significado nada para ninguna de las dos. Ambas teníamos tres años cuando nuestros padres se casaron y, para lo bueno, para lo malo o para lo que tenga que ser, es mi hermana.

Como nos llevamos solamente cuatro meses, ella es la mayor, crecimos compartiendo ropa, codiciando al novio de la otra y haciendo todo lo posible para sobrepasar académica, social y de todas las maneras posibles a la otra.

La quiero mucho, pero lo cierto es que nunca he parado de intentar ser mejor que ella. Y, aunque me cueste reconocerlo, lo cierto es que, normalmente, me gana ella a mí. En todo, desde los novios hasta la nota media del bachillerato aunque la verdad es que eso fue porque sacó medio punto más que yo en el último semestre y me arrebató la gloria en el último momento.

Como veréis, no me quita el sueño. No, qué va.

— Desde luego, mi intención no es convertirme en la chica más atrevida de la ciudad. Lo cierto es que el test ése me importa un bledo. Para que lo sepas, hice otro test y me salió que mi trabajo perfecto era dedicarme a analizar tablas actuariales. Estupendo, ¿eh? Para te que fíes.

— Desde luego — contestó Carla horrorizada —. Si no es por el test, ¿por qué es?

Me encogí de hombros.

—Supongo que por haberme dado cuenta de ciertas cosas —contesté haciendo una pausa para dar énfasis a mis siguientes palabras—. Mi vida sexual es de lo más aburrida.

Carla enarcó las cejas.

—Yo creía que tu vida sexual era inexistente.

—Sí, bueno, tienes razón. Quiero decir que mi vida sexual era aburrida. Cuando estaba con Dex, era terrible y, ahora que no tengo pareja, ya no es aburrida, es simplemente inexistente.

Dex me había dejado cuatro meses atrás después de estar dos años juntos, lo que me había hecho creer que terminaríamos casándonos y teniendo dos niños y medio y un perro.

—Sí, es cierto que nuestra vida sexual y el resto de nuestra relación, la verdad, había entrado en barrena hacía tiempo, pero los dos estábamos cómodos. Por lo menos, yo creía que así era.

¿Y qué era lo que más me molestaba? Lo cierto era que me pilló por sorpresa que me dejara. Tendría que haber sido yo la que lo hubiera dejado a él. Al dejarme él a mí, me quedé petrificada.

Suspiré dramáticamente, saqué mis braguitas de la secadora y arrugué el ceño deseando que la cesta de mimbre estuviera llena de braguitas de raso rojo y de encaje negro, que fuera ropa interior con un motivo más provocativo que sencillamente mantener mis partes íntimas ocultas por si acaso tenía un accidente catastrófico en la autopista.

Al igual que cualquier madre normal del planeta, lo primero de lo que se había preocupado mi madre durante toda la vida era de que llevara bragas limpias. Le parecía mucho más importante que la pobreza, la guerra nuclear o los niños que se morían de hambre en tantos rincones del planeta.

Para mi desgracia, mi madre me había enseñado bien y no había ni una sola braguita frívola en la cesta. Nada de raso, nada de encaje, nada pícaro entre mi ropa interior. Ni siquiera alguna prenda de Victoria's Secret.

Nada de nada, sólo braguitas de K-Mart.

¡Así era imposible ser una atrevida!

Volví a suspirar de manera dramática y me apoyé en el dispensador de detergente.

—Mi vida sexual es aburrida. Mi ropa es aburrida. Mi vida es aburrida.

Carla frunció el ceño de nuevo al ver que una camiseta blanca había salido también desteñida.

—¿Quieres una camiseta rosa? —me preguntó.

Lo que yo quería era estrangularla. Yo con una penosa y dramática crisis personal y ella preocupada por su ropa.

— ¿Te has enterado de lo que te he dicho?

En aquella ocasión, conseguí que me prestara atención y, la verdad, por cómo me miró, no estuve muy segura de haber hecho bien.

— Mira, Mattie...

— Te lo digo en serio. Lo voy a hacer. Dentro de un año, sacaré la nota más alta de ese estúpido test.

En aquella ocasión, Carla enarcó únicamente una ceja, algo que a mí siempre me hubiera gustado saber hacer.

— Te lo digo en serio. Es el deseo que voy a pedir cuando comience el año.

— ¿Hay un universo entero de posibilidades ahí fuera y tú vas a desperdiciar el deseo para el nuevo año por un estúpido test sexual?

— ¿Por qué no lo dices un poco más alto? Creo que los de la piscina no te han oído — le dije asomando la cabeza por la puerta por si había alguien.

Katy Simmons, la actriz retirada que vivía debajo de mí, estaba tomando el sol en una tumbona, el nuevo inquilino, Mike no-sé-qué, estaba un poco más cerca. Lo cierto era que era un chico muy simpático, pero también era un pringado en toda regla, de esos que llevan gafas y trabajan con ordenadores.

Me quedé observándolo y vi cómo se sentaba en una de las sillas de metal, esas que son tan increíblemente incómodas, cómo se quitaba las sandalias y ponía los pies sobre la mesa y le daba un trago a la cerveza.

De repente, me di cuenta de que el pringado de mi vecino tenía un cuerpo estupendo, delgado y fibroso como un nadador.

— ¡Mike! — gritó Carla —. ¡Oh, Mike! ¡Mattie necesita un novio!

— ¡Carla! — exclamé yo cerrando la puerta a toda velocidad —. ¿Te has vuelto loca? ¿Y si te ha oído?

— ¿Qué pasa? Es muy mono.

Fruncí el ceño porque, la verdad, era que mi vecino era muy mono. Además, era simpático. Lo sabía porque la semana anterior lo había ayudado a subir unas cuantas cajas desde el coche y, a cambio, me había invitado a pizza.

Pero Dex también era mono y simpático.

Ser mono y simpático ya no era suficiente. Las palabras «mono» y «simpático» conjuraban una tercera palabra de lo más amenazante que empezaba por «p». Preparada. Desde luego, yo no estaba preparada para iniciar una relación.

— Yo no quiero un chico mono, yo lo que quiero es un maestro del sexo.

Carla me miró alucinada.

— No lo entiendes porque tú tienes sexo de manera regular — la increpé.

— Tú también lo tenías hasta que lo dejaste con Dex.

— Ah, no, hija, no, no te equivoques. Lo nuestro era sexo normalito y corrientito.

Carla me miró de manera escéptica mientras doblaba unos pantalones.

—A lo mejor me arrepiento de preguntar, pero ¿qué es sexo normalito y corrientito?

—Ya sabes, sólo los viernes, yo debajo, después de la serie de las seis y antes de la de las ocho. Rutina, rutina y más rutina, nada espontáneo, nada romántico. Me daba tiempo de meter las galletas de chocolate al horno y no temer que se quemaran mientras tanto.

—Vaya —comentó mi amiga doblando con cuidado su colada rosada mientras yo me sentía de lo más orgullosa por haber tenido una vida sexual tan increíblemente patética como para haber dejado a Carla sin palabras.

Ya sé que parece raro, pero hay que verle el lado positivo a todo, ¿no?

—Bueno —dijo Carla dejándome con la sensación de que mi victoria iba a durar poco. Lo cierto era que quería ayuda, pero no podía soportar su compasión.

—En fin, no estaba tan mal, ¿no? Era sexo al fin y al cabo, ¿no? —añadió con ese tono de voz que uno emplea cuando le tiene que decir a un amigo que, aunque está sin blanca y se le ha muerto el perro, todo va a salir bien.

Y eso lo decía una mujer cuyo novio era un superhéroe llamado Hombre Erección. Mitch llegaba del trabajo y, al verla paseándose por la casa con una camiseta raída y los calcetines del gimnasio, se excitaba tanto que la tumbaba sobre la mesa de la cocina y la poseía allí mismo.

—Vivimos en universos diferentes, Carla.

Menos mal que tuvo la decencia de no contestar. Eso evidenciaba que se daba cuenta de que tenía una vida sexual fabulosa.

Mi amiga era una mujer increíblemente guapa, con una cara perfecta, pelo perfecto, piel perfecta y trabajo perfecto. No tenía granos ni espinillas ni puntos negros y, además, era inteligente. Vamos, una de esas mujeres a las que quieres matar si no fuera tan increíblemente buena.

—¿Te has parado a pensar cuándo vas a ponerte manos a la obra para llegar a ese nirvana de maestría sexual?

Puse cara de disgusto porque Carla se estaba comportando de manera típicamente Carla y hablando con esa voz de adulta que pone cuando cree que alguien está actuando como un idiota.

—Eso suponía —comentó—. Venga, Mattie, llevas meses trabajando como una bestia. Éste es el primer fin de semana libre que tienes desde hace una eternidad.

Era cierto. Trabajaba en John Layman Productions. Haré aquí un inciso para advertirte que, si el nombre de la empresa te suena, es porque consumes patéticos programas sobre famosos que ya no le importan a nadie. Y no lo digo porque quiera criticar el trabajo que mi jefe ha elegido hacer... ejem. En fin, es un trabajo que me permite comer pero, la verdad, ¿a quién le importan esos niños que eran famosos cuanto tenían seis años y que han desaparecido del mapa hace veinte? Y al que le

importe lo suficiente como para encender la televisión todos los días a las once de la noche es un enfermo que no tiene vida propia.

Aun así, todos los programas de nuestra productora tenían una audiencia increíble, así que cabían dos posibilidades: que yo estuviera equivocada o que hubiera un montón de gente que no tuviera vida propia.

Lo cierto es que la audiencia era tan alta que la productora había decidido hacer cinco programas más y eso era lo que había motivado que trabajara sin parar tanto en la empresa como en casa, y el único motivo por el que tenía aquel fin de semana libre era porque el servidor de la empresa se había caído.

Como John estaba en Río de Janeiro siguiendo a alguna famosa delgaducha con ganas de fiesta, había decidido darnos el fin de semana libre para que los gurús de los ordenadores pudieran hacer su trabajo.

Increíble, pero cierto.

Claro que, por otra parte, le había pedido a nuestro proveedor de muebles que me mandara a casa una estantería y un armario para que, según sus palabras, pudiera trabajar de manera más eficiente por las noches durante los fines de semana.

Sí, John, yo también te quiero mucho.

En aquellos momentos, tenía cuatro cajas enormes en el salón esperando a que me pusiera manos a la obra y montara mi despacho en casa.

Carla también trabaja en la televisión. Sin embargo, su jefe es Timothy Pierpoint, un productor que ha ganado Emmys y Oscars y que ha optado por una programación original y provocativa.

¿Qué os había dicho? Carla es perfecta y yo, perfectamente desgraciada. Mientras así se lo decía por enésima vez, me di cuenta de que mi amiga se golpeaba la barbilla con el dedo índice, señal inequívoca de que estaba pensando.

—¿Qué? —le pregunté.

—Estaba pensando que, tal vez, todo ese trabajo podría ser una ventaja —contestó.

—Explícate, por favor.

—Si no tienes tiempo libre, a ningún hombre se le ocurriría que estuvieras buscando una relación duradera, seguro que pensaría que es una aventura, porque nadie con tanto trabajo tiene tiempo para nada más.

—Exacto —contesté yo preguntándome adonde quería ir a parar mi amiga con todo aquello.

Carla hablaba con entusiasmo.

—Deberías intentarlo. Sí, deberías intentarlo. Sal y diviértete —me dijo apoyándose en la lavadora, cruzándose de brazos y sonriendo—. Y se me ocurre que sé cómo deberías empezar.

—¿Cómo? —le pregunté entornando los ojos.

—Con Cullen Slater —contestó Carla pronunciando aquel nombre como si fuera un hechizo y esperando mi reacción.

No tuvo que esperar mucho.

—¿Te has vuelto loca?

Slater era modelo, tenía un Ferrari y una Harley, era moreno y peligroso y siempre salía con mujeres cuya ropa consistía en ponerse telas adhesivas de vivos colores. Bueno, eso de «salir» podría llamar a equívoco.

Lo cierto era que nunca le había visto repetir la misma mujer, pero de lo que sí puedo dar fe, porque mi casa y la suya están al lado y sólo las separa una pared, es de que ninguna de esas mujeres deja su hogar insatisfecha.

Por Cullen Slater empecé a dormir con taponos de oídos. Teniendo en cuenta mi recién anunciada decisión, tal vez, deberías tirarlos a la basura y comprarme un vibrador.

Carla sonrió satisfecha.

—Ya sabes qué tipo de chicas le gusta llevar a casa —comentó.

—Slater es un dios —contesté yo—. Sí, he visto a las chicas que le gustan y te aseguro que jamás se mostraría interesado en mí.

—No te subestimes —me advirtió mi amiga—. Es cierto que es muy guapo, pero tú no estás nada mal tampoco y, además, eres brillante y elocuente. ¿Qué hombre no querría estar contigo?

No contesté a aquella pregunta porque mi experiencia con hombres como Cullen, es decir, más interesados por la cámara que por lo cognitivo, brillante y elocuente, me decía que aquéllas no eran cualidades que buscara en una mujer.

Pensándolo bien, lo cierto era que aquellas cualidades no debían de interesarle a ningún hombre sobre la faz de la Tierra. No creo yo que a ninguno le interese el cociente intelectual de una mujer sino, más bien, sus pechos.

Sí, los pechos sí que les interesan a todos y en ese apartado soy muy normalita, la verdad.

Sin embargo, Carla había tomado carrerilla.

—Siempre te pide que le recojas el correo cuando se va de viaje —apuntó—, así que ya sabemos que confía en ti. Eso debe de querer decir que le caes bien. Si consigues acostarte con él, habrás llegado al nirvana de las atrevidas.

Noté que el estómago me daba un vuelco.

Slater.

Tomé aire, sentí que el sudor me resbalaba por la frente y me dije mentalmente que, efectivamente, merecía la pena plantearse algo con Cullen Slater.

Cullen Slater, el chico duro.

Cullen Slater y yo.

Yo y Cullen Slater.

En la cama.

En mi cuerpo.

Dios mío.

Mike Peterson no se podía concentrar en el libro que estaba leyendo aunque era un libro de Stephen King, su autor preferido.

Aunque había leído varias veces los horrores por los que estaba pasando la pobre protagonista, nada se podía comparar a lo que había escuchado al pasar por la puerta de la lavandería en dirección a la piscina.

Mattie Brown estaba buscando la forma de darle vidilla a su vida sexual.

Mike apretó el libro mientras una imagen de Mattie se le colaba en la mente. Su sonrisa rápida, sus buenas vibraciones cuando se cruzaban en las escaleras, cómo se quitaba el pelo de la cara mientras recogía el correo.

«Tranquilo», se dijo.

Lo cierto era que le había gustado aquella mujer nada más verla. Eso había sido hacía quince días, cuando Mattie había dejado sus bolsas de la compra para ayudarlo a subir las cajas de su mudanza.

En aquella ocasión, llevaba unas mallas grises y una camiseta en la que se leía *Una mujer necesita a un hombre tanto como un pez necesita una bicicleta*.

Cuando Mike le había preguntado por semejante logo, Mattie se había sonrojado y le había explicado que se la había comprado unos meses atrás, tras dejarlo con su novio.

Mike todavía recordaba el alivio que le habían producido sus palabras. Por una parte, saber que no tenía pareja y, por la otra, que lo que ponía en la camiseta no era necesariamente lo que pensaba de todos los hombres del planeta.

Desde el primer encuentro, había querido pedirle salir, invitarla a tomar un café en Ventura Boulevard, tal vez ir al cine o tomar una pizza en la piscina, pero el trabajo no se lo había permitido.

Lo cierto era que no se podía quejar porque tenía un trabajo que le encantaba y, mientras MonkeyShines Inc. quisiera tenerlo contratado, él encantado de trabajar para aquella empresa.

Llevaba años trabajando en el sector de los videojuegos, pero aquélla era la primera ocasión en la que era coordinador de un proyecto entero desde que se había hecho trabajador autónomo ocho meses atrás.

El hecho de que le hubieran dado el trabajo al mismo tiempo que se mudaba de Austin a Los Ángeles había hecho que su vida se convirtiera en un caos pasajero, pero también lo había dejado tranquilo porque ahora podía pagar las facturas sin problemas.

Conclusión: el trabajo era lo primero. Las mujeres, incluso las mujeres tan tentadoras como Mattie, cuyo olor lo volvía loco, estaban fuera de su alcance hasta que el proyecto estuviera bajo control.

Mike sonrió, preguntándose si su abuela Grandma no tenía razón y, al fin y al cabo, tenía un ángel de la guarda porque, ¿cómo de otra manera se podía explicar la fortuita convergencia de acontecimientos? ¿Cómo era posible que hubiera terminado la fase uno del proyecto justo en el momento en el que Mattie decidía ponerle un poco de sal y pimienta a su vida? Y, sobre todo, ¿cómo explicar que él estuviera allí, en el lugar adecuado y en el momento apropiado, para oír lo que Mattie le pedía al nuevo año?

Mike le dio otro trago a la cerveza. Ojalá hubiera oído el resto de la conversación. Lo que había oído lo había escuchado por pura casualidad, gracias a que había ido a la piscina por detrás y venía del garaje de rescatar la novela de Stephen King del coche.

Al pasar por la puerta de la lavandería había reconocido la voz de Mattie, que hablaba con desesperación.

Al oírla, había desacelerado el caso, devanándose los sesos para encontrar una excusa para pasarse por la lavandería, saludar y, tal vez, invitarla a tomar un café.

Sin embargo, cuando se había dado cuenta de lo que estaban hablando, se había percatado de que haría mejor en no interrumpir porque, además de avergonzar a Mattie, daría al traste con cualquier posibilidad de salir con ella.

Lo que debería haber hecho en aquel mismo instante habría sido irse, pero su ángel de la guarda se había convertido en un diablillo con cuernos y rabo que lo había hecho quedarse parado en aquel mismo lugar y escuchar el delicioso y decadente deseo de Mattie para el nuevo año.

Mike había tenido la increíble tentación de quedarse escuchando para saber exactamente qué era lo que Mattie tenía en mente, pero el diablillo se había convertido en ángel de nuevo y le había dicho que debía irse de allí cuanto antes.

En el momento oportuno porque, menos de medio minuto después, había escuchado un grito de Carla seguido de un berrido de Mattie, que se había asomado a la puerta, evidentemente buscando curiosos.

En aquel momento, Mike, que estaba tumbado en su hamaca fingiendo que estaba leyendo, rezó para que Mattie no se hubiera dado cuenta de que, además de haber escuchado sus plegarias, estaba más que dispuesto a ayudarla a llevar a cabo todas sus fantasías.

Claro que eso lo llevaba a preguntarse cómo iba a convencer a Mattie de que podía serle de una ayuda inestimable a la hora de hacer realidad sus sueños.

Era uno de aquellos problemas académicos que a Mike le encantaban. Aunque tuviera que hacer un organigrama, ponerlo por escrito, programarlo y luego pasarle el antivirus, al final, conseguiría dilucidar el plan perfecto.

Al fin y al cabo, no había estudiado en Stanford y en MIT en vano, ¿no?

Había llegado el momento de que tanta universidad le sirviera para algo y en aquellos momentos lo que más le apetecía era sacar una matrícula de honor en la asignatura de seducir a Mattie Brown.

Capítulo 2

Tengo un gran problema con la cultura del «hágaselo usted mismo» en la que vivimos inmersos hoy en día. Se supone que tenemos que saber hacer un montón de cosas que antes hacían expertos y profesionales, pero nadie se ha molestado en enseñarnos cómo se hacen o en darnos las herramientas adecuadas para hacerlas.

Por ejemplo, las gasolineras de autoservicio. Muy bien, sí, claro. Está muy bien no tener que esperar ni darle conversación a Tommy el del coche tuneado, pero su ausencia me ha supuesto a mí equivocarme de gasolina en más de una ocasión. Además, lo de tener que cambiar el aceite yo sola es imposible. Hay que ser ingeniero de la NASA para entender las instrucciones.

¡Esto es una conspiración a escala nacional!

Claro que lo peor son los muebles. No quiero ni hablar de los muebles.

Recuerdo que de pequeña, cuando mis padres compraban muebles nuevos, de madera maciza, por supuesto, venían un par de chicos a casa con los muebles ya montados.

¿Por qué no me han tocado a mí un par de aquellos Adonis que se pagaban así su ingreso en la universidad? Os voy a decir por qué; porque a algún genio se le ocurrió hacer un kit, meter una llave allen y listo, que cada uno se monte sus muebles.

Esto es suficiente como para que no quieras tener hijos nunca. ¿Te imaginas montando juguetes en Navidad? ¡Muchas gracias, pero no!

En estos momentos de mi vida, la verdad es que tener o no hijos no es importante. Lo que es importante es que tengo dos estanterías y un armario para montar y ningún Adonis que me ayude con el proyecto.

En fin, soy una mujer autosuficiente, ¿no? Como no me quedaba más remedio, he creído que podría apañármelas sola.

Error.

Una hora después de haber comenzado, había conseguido montar solamente el marco de la primera estantería y eso después de haber tenido que quitar y volver a poner los tornillos varias veces.

Si las instrucciones hubieran estado en mi idioma, habría sido mucho más fácil, pero al fabricante no se le ha ocurrido poner ningún texto, sólo un dibujo de los diferentes pasos que hay que seguir.

A lo mejor es que yo soy tonta, pero no sé interpretar jeroglíficos.

Frustrada, he tirado la llave allen al suelo y se ha metido debajo del sofá, lo que yo he interpretado como señal de que me hacía falta un descanso o que tenía que llamar refuerzos.

Probablemente, ambas cosas.

Muerta de sed, me he dirigido a la cocina y me he tomado una Coca-Cola light antes de llamar a Carla. Es cierto que se ha ido hace una hora, pero vive a tiro de piedra. Se ha ido porque tenía que colgar la ropa y recoger un poco la casa antes de que volviera Mitch. Teniendo en cuenta que Carla no soporta los quehaceres domésticos, he creído que tenía muchas posibilidades de que viniera corriendo a ayudarme.

De nuevo, he vuelto equivocarme.

—Ojalá pudiera echarte una mano —me ha dicho cuando le he explicado mi dilema—, pero Mitch ha adelantado finalmente el vuelo de regreso y viene ya en taxi desde el aeropuerto.

—Ah —he contestado sintiéndome feliz por mi amiga.

He dicho feliz, para nada envidiosa. Claro que no. No se me llevan los demonios en absoluto.

—Lo cierto es que si a John le parece tan importante que tengas un despacho montado en tu casa, tendría que haberte enviado a alguien para montarlo.

—Sí —he contestado sabiendo que a mi jefe jamás se le ocurriría algo así—. Tienes razón.

Carla suspiró porque sabía que yo jamás había desafiado a mi jefe y que no iba a empezar ahora.

—Mira, supongo que Mitch se irá su casa mañana por la mañana temprano porque tiene que deshacer el equipaje, así que te ayudaré entonces.

—Muy bien —he contestado sin demasiado entusiasmo.

He preferido colgar el teléfono antes de que mi amiga se diera cuenta de que estaba triste. Si ella necesita un par de estanterías en casa, tiene novio, pero ¿y yo?

Una vez a solas de nuevo, me he apoyado en el frigorífico y me he terminado el refresco. Lo cierto es que estoy hecha una neurótica. ¿De verdad le he contado a mi amiga la puntuación que había sacado en el test para mujeres atrevidas? No es propio de mí hacer algo así.

Eso me ha llevado a volver a llamar a Carla, se lo he contado y ha estallado en carcajadas.

—¿Estás de broma? —me ha dicho—. ¡Eso es típico de ti!

—¿Cómo?

—Te recuerdo que en el colegio, cuando sacabas una mala nota, te empeñabas hasta que sacabas buena. Por eso sigues trabajando para John, porque eres incapaz de cambiar de trabajo hasta que hayas conseguido tener éxito en éste, lo que es completamente ridículo, la verdad, porque nunca has querido ser la reina de los programas de testimonios. Sin embargo, estás entregada al trabajo en cuerpo y alma. Llevas meses sin escribir un guión y ése es realmente tu sueño. Mattie, has tirado la toalla.

Hemos tenido esta conversación un millón de veces. Carla sabe perfectamente que acepté el trabajo que tengo para proyectar mi carrera como guionista, pero no estaba de humor como para recordárselo.

—No te he llamado para hablar de mi trabajo sino de mí. ¿A ti te parece normal que una persona quiera sacar más puntuación en un estúpido test para mujeres atrevidas?

—¿Y quién ha dicho que tú eres normal? En cualquier caso, estás exagerando. Las dos sabemos que esto no es porque quieras ser más atrevida.

—¿Ah, no?

—Por supuesto que no. A ti lo que te pasa es que quieres liarle la manta la cabeza y, la verdad, es que a mí me parece que ya iba siendo hora. Tú misma has dicho que tu vida sexual era aburrida y lo cierto es que ha sido aburrida desde el principio, desde tu primera cita. ¿Louis Dailey? ¡Por favor! Podrías haber salido con alguien mucho mejor.

En aquel momento, he fruncido el ceño porque lo cierto es que Carla tiene razón. Yo tengo una tendencia especial hacia los chicos tranquilos y simpáticos. Es cierto que quiero ponerle sal y pimienta a mi vida, pero me da miedo que los chicos malos me dejen tirada y la verdad es que no podría soportar que eso sucediera porque soy demasiado competitiva.

Por eso siempre mantengo relaciones con hombres a los que yo pueda dejar, hombres que no son en absoluto temerarios, que son los hombres que a mí me gustan de verdad. Siempre salgo con los hombres con los que no debería salir y lo sé, pero no puedo evitarlo.

Llevo años viviendo en un círculo vicioso y cómodo, pero cuando Dex me dejó hace unos meses me obligó a mirar el mundo desde una perspectiva completamente diferente.

—Una aventura salvaje con Cullen, eso es lo que te hace falta —ha dicho Carla leyéndome el pensamiento—. Ese tío es lo mejor que hay para ponerle sal y pimienta a la vida sexual de cualquiera. Ya sabes que no es tipo novio, así que no hay riesgo de verse involucrada emocionalmente.

Eso ya lo tenía yo muy claro y me parecía fenomenal.

La verdad es que siempre me ha gustado vivir sin arriesgar en absoluto. Por eso estudiaba tanto en el colegio, porque me aterrorizaba sacar malas notas. En la universidad, hice lo mismo y me convertí en una de las mejores abogadas de mi promoción, pero no porque me apasionara el Derecho sino porque mis padres siempre me habían dicho que tenía que tener un título universitario y una vida profesional sólida.

Eso de que me gustara escribir estaba bien como afición, pero no me lo debía tomar demasiado en serio.

Eso fue lo que me llevó a salir de la universidad con el plan de convertirme en abogado y hacerme rica para, así, poder hacer después lo que yo quisiera. Sin embargo, me entró el gusanillo de Hollywood, para desgracia de mi madre, que

prefiere fingir que Los Ángeles es un centro económico y no el corazón de la industria cinematográfica.

Una vez aquí, me lancé y, en lugar de trabajar en un bufete de abogados, acepté un trabajo en la televisión. Ésa fue la primera vez que hice algo imprevisto.

Pasé noches bañada en sudor hasta que por fin decidí aceptar el trabajo, pero incluso entonces no me arriesgué. En ningún momento acepté trabajos temporales para poder subsistir como escritora. No, desde el principio tuve un trabajo de nivel ejecutivo en una productora muy grande y con un sueldo increíble.

Eso significaba que tenía un puesto de trabajo seguro, lo que hizo las delicias de mi madre y, lo que era más importante, estaba a salvo de todo. Lo malo es que estar a salvo no me aporta absolutamente nada ni en mi vida profesional ni en mi vida personal.

Eso me lleva a plantearme que, tal vez, jugármela con Cullen Slater sea precisamente lo que tenga que hacer.

Cullen es modelo. Modelo. Modelo guapísimo. Lo más normal es que pase completamente de mí y que nunca tenga que poner en práctica mi plan.

He colgado el teléfono mucho más tranquila. Tengo el salón lleno de muebles a medio montar por todas partes. Por lo visto, los duendecillos que viven en mi casa no se han apiadado de mí y no me han montado los muebles mientras yo hacía un descanso y hablaba por teléfono con mi amiga.

He recordado en ese momento que la llave allen había ido a parar debajo del sofá y, aunque no me apetecía absolutamente nada buscarla, he comprendido que no me quedaba más remedio que hacerlo si quería montar los muebles.

Desde luego, menuda manera de aprovechar el primer fin de semana que tenía libre desde hacía mucho tiempo.

¿En qué demonios estaría pensando John? ¿Es que nunca ha oído hablar de operarios que van a casa a montarte los muebles? ¿Y si me doy con el martillo en un dedo? ¿Y si me fastidio la manicura?

De repente, se me ha venido a la cabeza la imagen de John en pantalones cortos y camisa hawaiana salivando detrás de una chica que fue niña prodigio hace años para ver si se la lleva a la cama y, mientras eso sucede, se lo pasa en grande tomando refrescos y tomando el sol.

Con esa imagen en la cabeza, no es de extrañar que decidiera que Carla tenía razón. ¡Viva la diversión! Los malditos muebles pueden esperar. Ahora lo más importante es que yo me relaje.

—Eres Mattie, ¿no?

Una voz suave y masculina se apoderó de mí, obligándome a abrir los ojos y a mirar a su dueño.

—Mike Peterson — se presentó él.

– Ah, sí. Hola – le contesté.

Como tenía los ojos cerrados mientras tomaba el sol, había fantaseado con la posibilidad de que fuera Cullen, que hubiera vuelto antes de su sesión fotográfica del fin de semana.

Recé por que Mike no se haya dado cuenta de mi decepción.

– ¿Te importa que me tumbe a tu lado? – me preguntó acercando una tumbona.

– Eh, no – contesté no muy convencida.

Tras decidir que pasaba de los muebles, me he preparado un tequila e iba por el segundo cuando Mike se ha unido a mí.

Como no suelo beber, ya estoy bastante mareada y muy a gustito tumbada al sol, regodeándome en mi nuevo estatus de rebelde de John Layman Productions.

Aun así, supongo que se puede ser rebelde y educada a la vez, sobre todo con un chico tan sensual en bañador y camiseta. Una pena que sea el simpático chico de informática.

Demasiado parecido a Dex como para poder considerarlo candidato como «tío con el que se puede tener una relación sexual corta». Además, Carla y yo ya hemos elegido a Cullen, que es perfecto para el papel.

– ¿Disfrazado de turista? – le dije al ver que llevaba una camiseta de los Estudios Universal.

Eso lo ha hecho sonreír, en absoluto avergonzado. Pero es que, ¿a quién se le ocurre hacer publicidad de las atracciones de la zona cuando vives en Los ángeles?

– Hasta que deje de confundir las autopistas de Hollywood con las de Santa Mónica, sigo siendo un turista – le contesté.

En eso, tenía razón.

– Lo conseguirás – le aseguré –. ¿Cuál es la atracción que más te gusta de los Estudios Universal?

– La montaña rusa de *Regreso al futuro* – contestó Mike.

Como ésa es mi atracción favorita también, bueno, después del trenecito que te hace la visita general, por supuesto, lo he invitado a tomar una margarita.

– Has aprobado. Sírvete – le indiqué señalándole la bandeja con un vaso de sobra que he traído por si aparecía Carla en caso de que Mitch pillara un atasco.

– Gracias – contestó Mike llenando el vaso del tequila mezclado con el zumo de lima.

Al probarlo, puso cara de que le encantaba, lo que me hizo sonreír satisfecha y volver a tomar el sol.

Cualquier persona a la que le gusten mis margaritas, bien fuertes, en absoluto aguadas, me cae bien.

—Debo confesarte algo —dijo Mike, lo que hizo que lo mirara—. La montaña rusa de *Regreso al futuro* me gusta mucho, pero hay otra cosa que me gusta todavía más.

—Pues ya te estás explicando porque esa respuesta te había dado derecho a una margarita —le dije poniéndome de lado, acodándome y apoyando la cabeza en la palma de la mano.

—Por supuesto —contestó Mike dándose cuenta de la seriedad del momento—. Lo que más me gusta realmente es el trenecito que te lleva por todos los estudios. Ya sé que a mucha gente le parece para niños pequeños, pero a mí me parece alucinante porque puedes ver todo. Por ejemplo, la casa de *Psicosis*.

Si para entonces yo ya tenía muy claro que aquel chico me caía bien, en aquel momento pasó a caerme realmente bien.

—Puedes servirte todas las margaritas que quieras.

—¿He aprobado?

—Con sobresaliente.

—Genial —dijo en un tono de voz que me hizo estremecer a pesar de los rayos del sol.

Le di un buen trago a la margarita, preguntándome si habría puesto aquel tono de voz adrede, pero lo cierto era que un extraño calor se había apoderado de mi cuerpo y preferí achcarlo al sol y alcohol.

Por supuesto, no a mi reacción ante aquel hombre porque tenía muy claro que era un chico encantador pero que yo ya había tenido bastantes chicos encantadores en mi vida.

Al mirarlo de reojo, me quedé helada porque estaba leyendo *Los robots al amanecer*, de Asimov.

Para que lo sepáis, a mí me encanta Asimov. Pero a Dex también le encantaba. Según mi experiencia, los hombres que leen a Asimov no te son de ninguna ayuda en un proyecto de satisfacción sexual.

Me dije que era genial que aquel hombre leyera a Asimov. Eso quería decir que la leve atracción sexual que había sentido por él hacía unos segundos era falsa. Un error. Una reacción debida al alcohol.

Además, era imposible que Mike, el chico que lee a Asimov y a quien le gustaba el trenecito de los Estudios Universal, hubiera puesto ese tono de voz adrede. ¿Para qué? Como sabía que Cullen en está en Aruba hasta el día siguiente, y lo sabía porque me había pedido que le recogiera el correo, había ido a la piscina sin maquillaje y con el bañador que no me hace los muslos más estilizados.

Era consciente de que no tengo los muslos gordos, pero siempre he creído que están desproporcionados porque los tengo más gruesos por la parte de arriba que, por ejemplo, Kate Moss.

Ir a comprar unos simples vaqueros resulta ser toda una aventura. En cualquier caso, siempre he tenido una relación de amor/odio con mis muslos, desde la pubertad, y normalmente gana el odio.

Aquella tarde, sin embargo, me importó un bledo y me había puesto el primer bañador que había pillado, así que, para resumir, me había bajado a la piscina sin maquillaje, con el pelo de cualquier manera y con un bañador en absoluto atractivo. En otras palabras, que no era exactamente la mujer más sensual de por allí, pero me dije que daba igual porque Mike no era Cullen, lo que dejó muy contento a mi cerebro bañado en margaritas.

Ahora estábamos iguales.

Lo cierto era que no tenía yo muy claro si Mike quería hablar o prefería leer, pero me quedó claro cuando se giró hacia mí, dejó el libro y me sonrió. Eso me dio pie a entablar conversación.

—¿Qué tal tus primeros días viviendo aquí? —le pregunté.

—Bueno, la ducha no tiene presión, no soy capaz de encontrar mi maquinilla de afeitar eléctrica, ya me han robado la radio del coche y la mujer que vive debajo de mí me ha tomado por el hijo que nunca ha tenido —me contestó con una sonrisa contagiosa que me hizo sonreír a mí también—. En otras palabras, lo de siempre.

Aquello me hizo reír.

—La mujer de la que hablas es la señora Stevenson —le dije—. Lleva viviendo aquí toda la vida. Según ella, sabe perfectamente quién mató a JFK e insiste en que, en realidad, los estadounidenses nunca han estado en la Luna, pero es inofensiva y hace unas galletas de chocolate para chuparse los dedos. Te recomiendo que te lleves bien con ella. Merece la pena escuchar sus historias a cambio de las galletas.

—Lo tendré en cuenta —contestó Mike sonriendo de nuevo.

Al hacerlo, me fijé en que al hacerlo se le formaba un hoyuelo en la mejilla y me sorprendí a mí misma pensando de nuevo en lo mono que era. No era un chico de caerse de espaldas como Cullen, pero era mono de todas formas, como tu mejor amigo del colegio.

—¿Dónde vivías antes? —le pregunté.

—En Austin.

—Ah, o sea que eres un vaquero de acción —le dije tomándole el pelo.

—Más bien, no. Antes de eso, vivía en Silicon Valley.

—Ah, entonces eres un chico.com.

—Más o menos. Trabajo en videojuegos.

—Aaah.

—¿Por qué lo dices así? —me preguntó enarcando las cejas.

—No lo he dicho de ningún modo en particular —mentí yo.

– ¿Cómo que no? En lugar de decir «ah, así que trabajas en videojuegos» has dicho «aaah», como si te acabara de poner delante la respuesta a uno de los grandes misterios de la Humanidad.

– Ha sido porque es un campo del que no conozco nada en absoluto.

Por lo visto, eso lo dejó satisfecho porque asintió.

– Es muy interesante. Mucho trabajo, pero interesante.

Lo cierto era que acababa de mentir como una bellaca, pero no pasaba nada. Lo había hecho para no herir sus sentimientos. Lo cierto era que tendría que haberle contestado «he dicho aaah porque acabas de confirmarme lo que yo ya sabía, que eres un pringado. No eres en absoluto material para tener una aventura. Una pena, por cierto, porque me está costando horrores no alargar la mano para tocarte».

– Por cómo hablas, parece que de verdad te gusta tu trabajo – comenté.

– Me encanta. Ahora mismo estoy coordinando un equipo. Estamos diseñando y escribiendo y el guión de un juego nuevo que va a ser la bomba. Es un juego en el que pueden jugar varios jugadores a la vez en la misma interfaz. Es lo último.

– Fabuloso – dije fingiendo entusiasmo.

Lo cierto era que los videojuegos me interesaban bastante poco. Hacía unos años, se me había ocurrido jugar un par de veces al Mario Bros, pero perdí y, como ya sabemos que eso me da pánico, lo dejé rápido.

Dado que no era una apasionada de la Nintendo ni de la Xbox, Mike y yo teníamos bastante poco en común.

«Qué pena», dijo una voz dentro de mí que no he podido controlar a tiempo.

¿Cómo que «qué pena»? Mike no entraba dentro de las posibilidades. Tenía un plan que llevar a cabo y no iba a meter la pata, no iba a volver a tener una relación como la que había tenido con Dex durante tres años solamente porque el mencionado plan, por no hablar de Cullen Slater, me pusiera nerviosa.

En cualquier caso, Mike no había hecho absolutamente nada para darme a entender que tuviera el más mínimo interés en mí, así que me estaba precipitando un poco...

– ¿Y tú a que te dedicas? – me preguntó.

– Trabajo en una productora. Soy la directora de asuntos financieros.

– Me dejas impresionado.

– No es para tanto – contesté—. Trabajo en esto aunque lo que realmente quiero hacer es escribir guiones. En su momento me pareció que aceptar el trabajo era una manera de meter cabeza en la industria cinematográfica.

– ¿Y no ha sido así?

– Más bien, no – contesté amargamente—. Lo peor de todo es que trabajo tantas horas que apenas me queda tiempo para escribir – añadí sorprendiéndome a mí misma ante semejante confesión a un desconocido.

Lo cierto era que estaba desesperada por no tener tiempo para escribir guiones, pero no era propio de mí ir por ahí lloriqueando ante gente a la que acababa de conocer.

– Hacía mucho tiempo que no tenía un fin de semana libre – añadí.

– Veo que tú también trabajas mucho, pero, aun así, me sigue pareciendo interesante trabajar en televisión. Debe de ser divertido.

Parecía sincero. A mucha gente le parece que la televisión es muy divertida. No lo entiendo. Si supieran lo que de verdad se cuece ahí dentro, dejaría de parecérsele.

– Producimos programas de testimonios – contesté encogiéndome de hombros – Ya sabes, esos programuchos que no deberían interesar a nadie, pero que se multiplican como una plaga.

– Ah, sí, me parece que ya sé cuáles son – contestó Mike sonriendo, no sé si por mi definición o por mi falta de lealtad hacia la profesión.

No me siento culpable en absoluto por decir la verdad. Los programas de testimonios son una auténtica bazofia.

– Bueno, en cualquier caso, ya estás metida en el negocio, ¿no? ¿No es eso lo que se mueve en Los Ángeles?

Definitivamente, aquel chico me gustaba mucho. Ésas habían sido exactamente las palabras que yo le había dicho a mi madre cuando había decidido no aceptar el trabajo que me ofrecían en un bufete de abogados, y también eran las que me repetía a mí misma cuando me sentía mal porque hasta el momento no había conseguido vender ni un solo guión.

– Exacto.

Compartimos una sonrisa antes de que Mike carraspeará y se pusiera en pie.

– Mira, tengo una pizza en el congelador que está pidiendo a gritos que alguien se la coma, y me encantaría que me acompañaras.

– Sí, bueno, eh – contesté.

Lo cierto era que me hubiera encantado ir a comer con él, pero mi plan inicial para aquel día era tostarme al sol y tostarme a margaritas y, luego, cuando ya no pudiera ni pensar, volver con los muebles.

– Me encantaría acompañarte, pero tengo que montar unos muebles – contesté sinceramente –. Me he tomado un descanso, pero tengo que volver a ponerme manos a la obra dentro de un rato.

– Te entiendo perfectamente. Desde que me he mudado, me ha tocado a mí también montar unos cuantos muebles; y la verdad es que no resulta nada fácil entender las instrucciones de IKEA.

– Exacto – contesté encantada de que alguien me entendiera –. ¿Quién habrá escrito esas instrucciones?

– ¿Monos con máquinas de escribir, quizá? – se rió Mike haciéndome reír a mí también.

Por un momento, creí que se iba a ofrecer a ayudarme con los muebles, pero no fue así.

—Gracias por la margarita.

—De nada —contesté comenzando a recoger mis cosas.

Entonces, me di cuenta de que estaba irritada por que Mike se fuera así sin más. Me dije que eso era porque se había comportado como un maleducado. Todo el mundo sabe que un hombre caballeroso me habría ofrecido su ayuda, ¿no?

Incluso Cullen se habría ofrecido a ayudarme. Eso es lo que los chicos que están tan estupendos sin camiseta hacen, ¿no? Ofrecerse a hacer cualquier tipo de trabajo manual que les dé oportunidad de lucir sus pectorales.

Sin embargo, Mike no debía de tener ninguna gana de fardar de pectorales porque estaba recogiendo sus cosas para irse.

—¿Y cómo es que estás hoy tú sola? Normalmente, te veo con Carla.

—Hoy no ha podido venir. Vamos, que no ha querido venir a ayudarme con los muebles —he contestado dándole otra oportunidad—. No pasa nada, sé que no le gusta romperse las uñas.

—¿En qué apartamento vive ella?

—No vive en esta urbanización —contesté—. Vive en la de al lado, pero viene aquí porque en la suya no hay ni piscina ni lavandería.

—Ésa es una razón más de por qué he acertado eligiendo esta urbanización —me dijo sonriendo.

Lo cierto era que, aunque no fuera muy caballerosa, podía resultar de lo más amable.

—Hasta luego —se despidió.

—Sí, hasta luego —me despedí diciéndole adiós con la mano.

A continuación, me quedé mirándolo mientras subía las escaleras y yo terminaba de recoger mis cosas. Fue entonces cuando me di cuenta de que se había llevado mi vaso y eso me hizo sentir un chispazo de una emoción que no era precisamente irritación.

No, más bien anticipación porque el hecho de que se hubiera llevado mi vaso quería decir que lo iba a tener que volver a ver y la idea no me disgustaba en absoluto.

Aunque no fuera un caballero, era un encanto y tener un amigo más en el edificio no le hacía mal a nadie.

Capítulo 3

—Qué chica tan mona —dijo Stephanie en cuanto Mike abrió la puerta.

—No es tu tipo —sonrió Mike—. Le encantamos los del cromosoma Y.

—Qué pena. A dos velas otra vez.

Aquello hizo reír a Mike, que sacudió la cabeza y se sentó en una de las sillas de la cocina. Stephanie y él eran mejores amigos desde la guardería e incluso habían salido juntos durante una semana en octavo curso, lo que había dado al traste con su amistad hasta dos años después, cuando Steph había ido a verlo llorando desesperada porque estaba completamente enamorada de una chica que había llegado nueva al colegio.

Entonces, Mike le había secado las lágrimas y la había escuchado y habían retomado su amistad todavía con más fuerza. Ahora, además, podían hablar de sus respectivas novias.

—¿Es tu nueva amiga especial? —le preguntó Steph en tono de broma mientras abría una botella de vino.

—Desde luego, es una mujer amigable y especial, pero de ahí a que sea mi amiga especial... —contestó Mike encogiéndose hombros—. Ya me gustaría a mí. Eso es lo que estoy intentando.

—¿Ah, sí? Cuéntamelo todo o no te doy vino.

—Me he tomado una margarita, así que no iba a tomar vino de todas maneras.

Stephanie señaló el vaso azul que Mike llevaba en la mano.

—¿Es suyo?

—Sí —contestó Mike orgulloso.

—El zapato de la Cenicienta.

—Exacto. Me he llevado el vaso para tener una razón para volver a verla.

Lo cierto era que Mike ya tenía esa razón porque Mattie le había lanzado un par de indirectas muy directas sobre los muebles. Podría haberse ofrecido fácilmente a ayudarla, pero esa opción, que por supuesto la habría impresionado, no habría sido suficiente para que su plan se cumpliera.

Si un hombre hace caso a una mujer cuando ella se lo pide, se convierte en un tipo muy atento y amable, pero, si va una hora o dos después, cuando la mujer está completamente desbordada y frustrada, se convierte de repente en un héroe.

—Háblame de ella —le dijo su amiga.

—La conocí el día en que me mudé aquí —contestó Mike empezando por el principio.

A continuación, le contó a Stephanie el resto de la historia, desde el deseo que sentía cada vez que la miraba al plan secreto que había oído que Mattie le contaba a Carla en la lavandería.

Stephanie lo escuchó sin interrumpirlo. Mike era consciente de que su amiga entendía la profundidad de su emoción porque sabía que creía en el amor a primera vista. Sus padres se habían conocido en el primer año de universidad en el vestíbulo de clase, se habían enamorado y seguían juntos desde entonces.

Su familia era una gran piña y, a diferencia de tantas familias actuales, para ellos la palabra «familia» incluía todas las extensiones y, por supuesto y especialmente, sus abuelos.

Grandma Jo y Grandpa Fred se habían ido a vivir enfrente de ellos cuando Mike tenía ocho años, así que había crecido teniéndolos muy cerca, algo que le había dado una fuerza especial.

Al igual que la historia de amor de sus padres, la historia de amor de sus abuelos también había sido muy profunda y, por eso, Mike estaba como loco por conocer el amor duradero.

A lo mejor era una tontería basar sus sueños sentimentales según la vida sentimental de los demás miembros de su familia, pero Mike había crecido viendo lo felices que eran sus padres y sus abuelos y él quería lo mismo.

Le había contado aquello a Stephanie hacía muchos años y su amiga sabía mejor que nadie que Mike no había encontrado todavía a la mujer de sus sueños. Por eso, que se sintiera tan irreversiblemente atraído por Mattie era tan importante.

— Interesante — comentó Stephanie cuando Mike le hubo contado su plan.

— ¿Eso es todo? ¿Te cuento que la única mujer que me ha interesado durante todo este año quiere darle un empujón a su vida sexual y tú lo único que dices es que te parece interesante? Podrías decirme «vaya, menuda oportunidad te ha puesto la vida delante o chico, menuda suerte tienes».

— ¿Y qué te parece si te digo que en menudo lío te has metido? — contestó Stephanie mirándolo muy seria.

— ¿Por qué me dices eso?

Su amiga puso los ojos en blanco.

— Mike, ¿cuáles son tus intenciones con esa chica?

— Mis intenciones con esa chica, por supuesto, son completamente decentes.

— Ahí está el quid de la cuestión. Ella lo que busca es una aventura salvaje. La oíste decir que su ex era un aburrido, ¿no? Eso quiere decir que lo que busca es pasárselo pipa en la cama, que no está buscando un compromiso.

Mike frunció el ceño. Stephanie tenía razón.

— ¿Ha ido ella a buscarte la piscina?

Mike negó con la cabeza.

— ¿Lo ves?

Mike levantó las manos, como diciéndole que no entendía nada.

—Desde luego, los hombres heterosexuales sois bastante torpes. Obviamente, esa chica ya tenía a alguien en mente para pasárselo bien — le explicó Stephanie.

—Ah, eso quiere decir que no se siente atraída por mí.

—No, no es eso —contestó Stephanie sinceramente—. Tú eres irresistible. No, la única razón por la que nuestra amiguita no ha ligado contigo es porque se reserva para otro hombre, así que tu misión, amigo mío, va a ser convencerla de que se ha fijado en el tipo equivocado.

—Ya —comentó Mike preguntándose si no habría hecho mejor en mantener la boca cerrada—. ¿Y cómo hago eso? ¿Le regalo bombones? ¿Rosas? ¿O mejor la emborracho?

—No es mala idea —contestó Stephanie—, pero yo creo que lo mejor que puedes hacer es colarte disimuladamente en su vida. Tienes que averiguar detrás de quién va y, entonces, estar preparado para acudir en su ayuda si su plan no sale bien.

—¿Y por qué no le va a salir bien?

—¿Quién sabe? A veces, esas cosas van mal. En cualquier caso, ella ya está decidida a entregarse a la seducción y tú quieres entrar en su vida, así que, si las cosas no le salen bien con el otro, ¿no sería de lo más natural que se fijara en ti?

—Eres una diablesa. ¿Lo sabías?

—Claro que sí.

Steph tenía razón. Hacerse amigo de Mattie y estar preparado para saltar a su cama en cualquier momento era un buen plan.

—Voy a por ella.

No podía soportar el aglomerado, esa madera de mentira con barniz llena de polvo que pesaba una tonelada.

Hasta el momento, había conseguido cargarme un par de esquinas, hacer un agujero en una pieza donde no era y casi mutilarme el dedo gordo del pie.

Y todo por un armario del despacho que no quería y por un trabajo que no me interesaba.

¡De verdad!

Obviamente, necesitaba ayuda.

Al instante, mi cabeza se llenó de pensamientos e imágenes de Mike. Mike, el simpático. Mike, el mono. Mike, el del cuerpazo espectacular. «No, Mattie, no, no puede ser», me dije.

Aun así, tenía mi vaso, así que podía ir a su casa a pedírselo y comentarle, si me lo preguntaba, que lo estaba pasando fatal para montar los muebles y, a lo mejor, se ofrecía a ayudarme... Entonces... ¿quién era yo para negarme?

Habiendo justificado que tenía razones para volver a verlo, me puse en pie y fui hacia la puerta y ¿con quién me encontré al abrirla?

— ¡Mike! ¡Iba a ir a tu casa!

— ¿Desesperada por que te lo devolviera? — me dijo entregándome el vaso.

— No, claro que no — contesté a pesar de que era mi excusa —. En realidad, iba a tu casa para que... para ver si podías echarme una mano — añadí dejándolo entrar.

Al ver el lío que había en mi salón, se volvió hacia mí.

— No te lo tomes a mal, pero ¿qué ha pasado aquí?

— ¿Me ayudarías si te invito a otra margarita? — le dije arrebatándole el vaso y dirigiéndome a la cocina.

— Si te pones así, es imposible decirte que no — sonrió Mike.

Por si acaso se le ocurría cambiar de opinión, me apresuré a plantarle una llave allen en la mano y le señalé las instrucciones, que habían ido a parar, hechas una pelota, debajo de la televisión, donde yo misma las había mandado hacía un rato en un ataque de ira.

Mientras yo preparaba las margaritas en la cocina, Mike se quedó trabajando en el salón. Llegados a este punto, hay que señalar que mi casa es bastante pequeña y que, en realidad, la cocina y el salón no están separados por paredes porque es un apartamento-estudio en el que todo está junto.

En cualquier caso, estar en la cocina preparando las margaritas mientras él trabajaba en el salón se me antojó de lo más acogedor y casero.

Como hacer margaritas consiste básicamente en poner hielo y alcohol en una batidora y en darle al botón, no tardé mucho en volver al salón, pero, a pesar de que había tardado bastante poco, en ese tiempo le había dado tiempo de montar la base entera del armario.

— Vaya, veo que estas cosas se te dan bien — comenté entregándole el vaso y sentándome a continuación a su lado en el suelo.

— Debe de ser que estas cosas son de hombres — sonrió Mike.

Realmente, me gusta su sonrisa.

— ¿Qué puedo hacer para ayudarte? — le pregunté.

— Tú ocúpate de las margaritas y déjame el armario a mí.

— ¿Seguro que no te importa?

— No, no me importa — contestó.

Así fue como él siguió trabajando mientras yo lo observaba, lo observaba y preparaba margaritas y nos las bebimos y terminamos los dos con una pequeña borrachera.

En menos de una hora, muchísimo menos tiempo del que me hubiera llevado a mí, Mike terminó de montar el armario y estaba apoyado en él con una margarita en la mano.

En teoría, apenas nos conocíamos, pero en realidad llevábamos una ahora charlando y en ese tiempo me había dado la sensación de que lo conocía hacía mucho tiempo. Era una sensación agradable, una sensación que hacía muchos años que no sentía.

En ese tiempo, por supuesto, hablamos del trabajo y yo le conté que, aunque económicamente no me podía quejar, no me gustaba en absoluto.

—Es un buen trabajo si lo miras desde el punto de vista económico, pero me estoy quedando encefalograma plano —le expliqué—. Estoy perdiendo la creatividad por completo —añadí dándole otro trago a la margarita—. Me da miedo, pero estar sin trabajo me da más miedo todavía, sobre todo si me he criado en una familia en la que el sueldo es el rey, el poder es el emperador y el prestigio social es Dios directamente.

Mientras le contaba todo aquello, Mike no me quitaba ojo de encima, pero eso no me hizo sentirme incómoda sino que me hizo tener la sensación de que todo lo que le estaba contando le parecía importante.

—Sé perfectamente por lo que estás pasando —me dijo cuando terminé—. A mí no me resultó fácil dejar mi trabajo por cuenta ajena para hacerme autónomo. Es una de las cosas más difíciles que he hecho en la vida.

—Pero te ha compensado, ¿no?

—Por completo.

Antes me había contado que se dedicaba a diseñar videojuegos y a escribir el guión de los mismos, lo que hizo que no me pareciera tan pringado. Al fin y al cabo, escribir guiones es lo que yo quiero hacer, ¿no?

—¿Te parece que soy una cobarde? —le pregunté.

Lo cierto era que no estaba muy segura de si quería saber su opinión.

Menos mal que no me criticó.

—Todos tenemos un camino diferente. Siempre y cuando veas el camino y siempre cuando no dejes que se muera la chispa creativa, vas en la dirección correcta, pero debes mantener los ojos bien abiertos para ver las curvas que hay en el camino. De lo contrario, podrías dejar pasar la salida que te llevará al trabajo que realmente quieres.

—Me gusta la analogía de la autopista —bromeé muy contenta de que no me hubiera tachado de idiota, ingenua y cobarde.

Lo cierto era que llevaba años sin ver el camino, años trabajando única y exclusivamente por el dinero. Era cierto que el deseo de vender un guión seguía vivo en mí, pero estaba completamente bloqueada, una situación que me aterrorizaba, pero que no sabía cómo cambiar.

Por supuesto, no le conté todo aquello a Mike por miedo a que se llevara una mala impresión de mí. Por razones que no quise analizar, quería que aquel hombre tuviera una buena imagen de mí, así que hice lo que siempre hago cuando quiero evitar un tema espinoso: cambiar de tema.

– Bueno – dije –, te has ganado las margaritas montando el armario, pero, si quieres ganarte la comida, vas a tener que hacer un poco de ejercicio físico.

– ¿Ah, sí? – contestó Mike sonriendo.

– Lo cierto es que el armario está muy bonito, pero no hace nada en mitad del salón y, como yo soy una pobre y frágil mujer, no puedo moverlo.

Por supuesto, Mike se apresuró a asegurarme que yo de pobre y frágil no tenía nada, lo que le hizo ganar varios puntos más.

– Es cierto no soy ni pobre ni frágil, pero sí estoy un poco piripi y soy muy vaga. ¿El código de caballería dice que un caballero tiene que acudir en auxilio de una damisela si ésta se encuentra borracha?

– Por supuesto – contestó Mike –. Sobre todo, si el caballero se encuentra tan borracho como ella.

– Entonces, creo que eres el caballero perfecto para el trabajo.

– Muy bien – dijo Mike terminándose la margarita.

– Estupendo – dije yo carraspeando y luchando contra la sensación de bienestar que invadía todo mi cuerpo.

Al instante, me dije que era producto del alcohol y que no tenía nada que ver con el hombre que tenía ante mis ojos. Me recordé que era el hombre ideal para tenerlo como amigo, pero no como novio. No, para nada como novio porque se parecía demasiado a Dex y yo no tenía ninguna intención de volver a tener un novio como él.

– Muy bien, ponlo allí – le dije señalando un espacio situado junto a mi mesa de trabajo.

En pocos minutos, Mike levantó y trasladó el armario.

– Vaya, desde luego, es una suerte tenerte cerca – le dije sinceramente.

– Sí, es una suerte que viva en el mismo pasillo – contestó él.

En ese momento, nos quedamos mirando y se produjo un momento típico de las novelas de amor. Por desgracia, yo no quería aquel tipo de momentos con él porque aquel hombre era un amigo y no un amante en potencia, así que carraspeé y desvié la mirada y él hizo lo mismo y, de repente, salimos del plano de la novela de amor y volvimos al plano de la realidad.

En aquel momento, Mike estaba señalando una pila de correo que había sobre mi mesa.

– ¿Qué es eso?

Al girarme, comprobé que era el correo de Cullen. Inmediatamente, me sonrojé, una estupidez por mi parte porque era imposible que Mike supiera que me parecía mono y también era imposible que supiera que Cullen me parecía que estaba para chuparse los dedos y que quería llevármelo a la cama.

– Es el correo de un vecino que está fuera de viaje.

—Sí, el chico que vive al otro lado, ¿no? — me dijo pensativo señalando una de las paredes de mi casa—. Es modelo, ¿verdad?

—Sí — contesté encogiéndome de hombros, intentando parecer indiferente.

Intenté desviar también la mirada, pero nada me salía bien. De repente, me sentí increíblemente ridícula, como si la idea de intentar cazar a Cullen fuera una estupidez y todavía me sentí peor, completamente avergonzada, porque Mike me había pillado.

Lo cierto era que aquel hombre me estaba rompiendo los esquemas y estaba dando al traste con mi confianza en mí misma y con mi autocontrol.

Si iba a ser mi amigo, algo que yo realmente quería que sucediera, iba a tener que aprender a estar tranquila en su presencia. Por lo menos, iba a tener que evitar beber en su compañía porque, obviamente, me estaba comportando como una imbécil por las margaritas.

¿Por qué iba a ser si no?

En cualquier caso, me había puesto realmente nerviosa, así que comencé a recoger las herramientas y los papeles que había por el suelo.

—Quería pedirte que me ayudaras mañana a montar unas cosas en mi casa — me dijo Mike de repente.

—¿Estás de broma? ¿Has visto lo mal que se me dan estas cosas?

—No, lo digo en serio. Tengo que colgar un par de estanterías, pero sólo tengo dos manos y yo solo no puedo. Lo único que tendrás que hacer es estar de pie sujetando la estantería. Seguro que eres capaz de hacerlo.

—Gracias por tu voto de confianza.

—De nada —sonrió Mike—. Por cierto, soy el mago de pedir pizzas por teléfono, así que no te preocupes porque te daré de cenar y, si te parece bien, te puedes quedar a ver una peli — me propuso fijándose en el cartel de William Powell y Myrna Loy en *El hombre delgado*—. Veo que te gustan las películas clásicas.

—Sí, ya no se hacen películas buenas — contesté.

—No, la verdad es que no — contestó él algo distraído—. ¿Quieres que veamos esa película?

—¿Cuál? ¿*El hombre delgado*? Me encantaría. Creo que, por fin, la venden en DVD. ¿A ti te gusta? ¿Tienes una copia?

—Sí, por supuesto — contestó Mike mirando el cartel en lugar de mirarme a mí—. Es una película maravillosa. Yo no podría vivir sin tener una copia en casa. Si quieres, podríamos descansar después de nuestras semanas de trabajo viendo la película. ¿Qué dices? ¿Te apetece?

Miré a Mike, que en aquellos momentos era un vecino normal y corriente que simplemente me estaba pidiendo que lo ayudara a colgar unas estanterías, no que me acostara con él.

En cualquier caso, yo era consciente de que debería haber dicho que no porque ya tenía suficiente estrés con el trabajo y con la tarea de dilucidar cómo iba a seducir a mi vecino, pero, cuando pensé precisamente en el estrés, decidí que sería maravilloso comer una pizza en compañía de Mike y ver cómo Nick, Nora y Asta resolvían un misterio, así que acepté.

Y, en cuanto lo hice, me di cuenta de que era lo correcto y, para ser francos, me dio un poquito de miedo.

Capítulo 4

Ring, ring.

Yo: Hola. *Traducción: hola.*

Mi madre: *¿Mattie? Espero no haberte despertado, cariño, pero ya ha amanecido hace un rato.*

Yo: Hola, mamá. *¿Qué pasa? ¿Por qué diablos me llamas a estas horas un domingo por la mañana?*

Mi madre: *Espero no haberte pillado ocupada. Tendrías que estar levantada desde las seis de la mañana y trabajando. ¡Que sea fin de semana no es excusa para holgazanear!*

Yo: No, no estaba haciendo nada. *¡Estaba ejerciendo mi derecho a la rebelión adolescente!*

Mi madre: *Te llamaba porque se nos ha ido una persona y tenemos una baja en el departamento inmobiliario. Si quieres, podría mover unos cuantos hilos. No pienso dejar pasar si la más mínima oportunidad para recordarte que me has decepcionado dándole la espalda a una profesión tan noble como ésta.*

Yo: *Te agradezco mucho la oferta, mamá. Preferiría que me arrancaran las uñas una a una. Pero me va fenomenal tal y como estoy... ¡Mentirosa, mentirosa! Y no quiero tirar la toalla. Y, aunque la tirara, preferiría trabajar en Starbucks que compartir despacho con mi madre.*

Mi madre: *Te estás haciendo mayor. ¡Te quedan tres años para cumplir los treinta! ¿Por qué no eres ya la dueña del mundo?*

Yo: Ya lo sé, mamá. *¿Por qué no cambiamos de tema, por favor?*

Mi madre: *¿Qué tal tu novio? Se llama Rex, ¿no? Un chico muy majete, pero no es tampoco nada del otro mundo porque hasta se me olvida su nombre.*

Yo: Lo dejamos hace meses. *¿Por qué no escuchas de vez en cuando a tu hija cuando te habla?*

Mi madre: *Vaya, lo siento. ¿Cómo he podido olvidarme de un dato así? ¡Qué no se me olvide tomarme el ginkgo biloba!*

Yo: Te tengo que dejar. *¡Déjame en paz!*

Mi madre: *Cuídate, ¿eh? No vayas a contagiarte de esos guarros de Hollywood que no se lavan.*

Yo: Así lo haré. *Vaya, tengo que comprar condones.*

Condomes.

Carla estuvo a punto de escupir el café, pero se recuperó rápidamente.

—¿Cómo dices?

—Dex y yo sabíamos que ninguno de los dos teníamos nada porque nos habíamos hecho pruebas. Por eso, yo tomaba la píldora anticonceptiva, pero hace

años que no me acuesto con nadie con un preservativo. Llevo horas pensando en ello. Lo cierto es que el tema está comenzando a obsesionarme y tengo otras cosas más importantes en las que pensar. Por ejemplo, ¿cómo demonios voy a hacer para seducir a Cullen Slater?

—No te preocupes, acostarte con un tío con condón es como montar en bicicleta, nunca se olvida —me tranquilizó mi amiga.

En aquel momento, un camarero alto y bronceado me trajo mi café y los bollos que habíamos pedido, así que esperé a que se fuera para volver a hablar del tema de los condones.

—La cosa es que... lo cierto es que nunca pasé de la fase inicial —admití intentando no darle importancia para que mi amiga no se diera cuenta de mi horror.

No funcionó.

—Explícate, por favor.

—Ya sabes, nunca se me dio muy bien... ya sabes...

Carla puso los ojos en blanco.

—Si no puedes ni siquiera decirlo, es obvio que no se te da bien.

—Bueno, supongo que eso explica que haya sacado un patético dieciocho por ciento en el test. ¿Contenta?

Yo, desde luego, no lo estaba.

—No tanto como tú estarás cuando tengas a Cullen Slater en tu cama —contestó Carla—. Claro que, por otra parte no sé si Cullen es de la clase de hombres que lo hacen en la cama. Por supuesto, eso tampoco sería un problema...

Al oír aquello, puse cara de profesional e intenté serenarme.

—Para empezar, tarde o temprano, terminaremos en la cama y, además, tú estás con un tío estupendo y no necesitas ir por ahí babeando cada vez que ves a Cullen Slater.

—Cierto. Por cierto, ¿te he comentado que he sacado un setenta y cinco por ciento en el test? A Mitch y a mí nos va de vicio.

¿Setenta y cinco por ciento? ¿Y yo un patético dieciocho? ¿Cómo podía ser? Yo había salido con más chicos en el colegio y en la universidad. Era verdad que jamás había hecho mucho, pero no creía que Carla estuviera por ahí haciendo el amor a diestro y siniestro mientras yo estudiaba para el examen final de Cálculo.

No, Carla me había ganado en el test porque había pasado tres años saliendo con Mitch el semental y yo había perdido años con Dex, el dulce y aburrido.

Pagué mi frustración dándole un fuerte mordisco a la napolitana de queso y, cuando conseguí tragármela, volví a hablar.

—Nos estamos desviando del tema. Necesito un poco de ayuda. ¿A que no adivinas quién es la elegida?

—¿Para qué? —contestó Carla.

Llegados a aquel punto, saqué el cuaderno en el que había anotado los aspectos en las que tenía que mejorar para no quedar mal. Al fin y al cabo, vivía en el apartamento de al lado y, si estaba mal en la cama, no podría volver a mirarlo a la cara todos los días.

– Besar no se me da mal... – comenté entregándole el cuaderno a mi amiga.

– No pienso probar para poder opinar – contestó Carla.

Puse los ojos en blanco.

– Nunca he recibido quejas, pero... bueno... no sé si mi repertorio es muy amplio.

– Comprendo muy bien el problema – dijo mi amiga –. Y puedo ayudarte – añadió en tono experto.

No sabía si mi amiga estaba hablando en serio o se estaba mostrando irónica conmigo, pero decidí que daba igual.

– ¿Me puedes ayudar ahora?

– Por supuesto que sí. Tengo muy claro por dónde empezar – contestó Carla dándole un trago a su café y sonriendo como un angelito –. Juguetes.

– ¿Cómo?

– Necesitas variedad. Necesitas juguetes y necesitas algo... eh... anatómicamente adecuado para practicar lo de los condones – me dijo sonriendo como si fuera mi hermana mayor cuando solamente me sacaba dos meses –. Haz una lista, bonita, porque tú y yo vamos a ir de compras.

Tengo que comprar:

Coca-Cola light

Pan

Condomes normales, con texturas y de colores

Mantequilla de cacahuete con trozos de cacahuete y de la normal

Vino tinto

Vino blanco

Velas

Leche

Huevos

Braguitas. ¿Tanga o de encaje?

Salsa picante

Vibrador. ¿De qué tamaño? ¿Los vibradores van por tallas?

Patatas

Café

Cervezas

Mike llevaba toda la mañana hablando por teléfono y ya sabía que la mayoría de los videoclubs no abrían hasta las once los domingos, así que decidió mirar en Internet e hizo una lista de todas las tiendas del barrio que vendían DVDs.

A continuación, puso la televisión para ver las noticias e intentó concentrarse mientras hacía las tostadas para desayunar, pero no le salió bien.

¿Por qué le había dicho a Mattie que tenía aquella película? Por lo menos, podría haberse dado un par de días para conseguirla. ¿Qué le iba a decir aquella noche cuando llegara para ayudarlo con las estanterías? ¿Que la había perdido? ¿Que habían entrado a robar en su casa y se habían llevado su colección de cine clásico? ¿Que le costaba pensar con claridad cuando la tenía cerca? ¿O tal vez, para ser realmente sincero, que estaba muerto de celos ahora que sabía que Mattie iba detrás de Cullen Slater?

No estaba completamente seguro, pero, a juzgar por cómo se había sonrojado ella cuando habían hablado del correo de Cullen, Mike estaba casi seguro de que el modelo era el blanco en el que Mattie había puesto el ojo.

Aquello hacía que Mike odiara a Cullen.

Por supuesto, sabía que era una estupidez porque seguramente Cullen no supiera nada de todo aquello, pero Mike no estaba acostumbrado a diseccionar sus emociones.

No, él era un tipo que tiraba más hacia lo científico y metódico. Si Mattie quería emparejarse con Cullen y si a él no le hacía gracia esa situación, tenían que alterar la ecuación.

Claro que no era tan sencillo. Para empezar, lo único en lo que estaba interesado era en colocarse él en lugar de Cullen, lo que era estupendo en teoría, pero mucho más difícil en la práctica, tal y como evidenciaba el hecho de que se hubiera metido en un atolladero al decir que tenía la maldita película.

Y, para su desgracia, no se había quedado ahí. No, acto seguido no se le había ocurrido ni más ni menos que decirle que aquella película clásica le encantaba cuando, en realidad, ni siquiera la había visto.

Ahora, iba a tener que hacer un curso acelerado. Tenía hasta las siete de la tarde para conseguir una copia de la película, verla por lo menos una vez a saber de qué iba y quiénes eran los actores y comprar las estanterías que Mattie lo iba ayudar a colocar.

Así que Mike salió de casa y se montó en el coche con la idea de ir a varios videoclubs hasta que encontrara la película.

Iba avanzando tranquilamente por Ventura Boulevard cuando se dio cuenta de que en el coche de al lado viajaban Carla y Mattie. Las chicas iban tan concentradas en su conversación que no repararon en su presencia.

En el cruce, Mike tendría que haber torcido a la izquierda para ir al primer videoclub de la lista, pero el diablillo que últimamente vivía con él lo hizo girar a la derecha siguiendo el coche de Carla.

Al cabo de un rato, vio cómo las chicas aparcaban y se metían en El Templo del Placer, una conocida tienda de juguetes sexuales.

La idea de Mattie mirando objetos de cuero, geles y aceites de todo tipo de aromas le hizo sentir un repentino deseo.

Por supuesto, todo aquello tenía que formar parte del plan de Mattie para conquistar a Cullen.

Mike lo sabía y se sentía molesto, pero, por otra parte, la idea de Mattie en aquella tienda, comprando artículos para disfrutar sexualmente con ellos... Bueno, aquello lo intrigaba sobremanera.

Mike era consciente de que saber era poder. Aquella visión interna del plan de Mattie a lo mejor le daba la ventaja que necesitaba para conseguir que aquella mujer terminara entre sus sábanas y no entre las de Cullen.

Por supuesto, la cuestión era cómo.

—¿El Templo del Placer? —exclamé tras leer el cartel rosa fluorescente que había en la puerta—. ¿Qué es esto? —le pregunté a Carla.

Carla se limitó a mirarme de reojo. Muy bien, no necesitaba una respuesta. Realmente, dejé de necesitarla en cuanto franqueé el umbral de dicho templo. Con una sola mirada, obtuve toda la información que necesitaba y me sonrojé de pies a cabeza.

El templo estaba en Van Nuys, lo que supongo que tenía sentido porque Van Nuys había sido el corazón de la industria pornográfica. Incluso puede que siguiera siéndolo. No lo sabía y esperaba no tener que averiguarlo.

Yo lo único que quería era comprarme todas las herramientas necesarias y correr a mi seguro salón para dilucidar qué hacer con mis nuevos juguetes.

El único problema era que todavía no me había comprado nada. En realidad, me había quedado mirando el escaparate, intentando reunir valor para enfrentarme al personal de la tienda y a los demás clientes.

Claro que, si no hubiera estado en el escaparate, no habría visto a Mike. De repente, lo vi bajarse del coche e ir al videoclub.

—No sé si te has dado cuenta de lo que te has quedado mirando, pero parece que estás muy interesada en comprar caramelos de menta con forma de pene —comentó Carla.

En aquel momento, vi realmente lo que estaba mirando sin prestar atención y me di cuenta de que estaba ante la estantería de novedades.

—Mike —me limité a contestar señalando a la calle.

—¿Y? —me dijo mi amiga.

— ¿Cómo que «y»? Mike.

— Y yo te vuelvo a preguntar ¿Y? ¿Qué pasa? ¿Crees que te ha visto entrar? ¿Y? Llegados a aquel punto, me pasé los dedos por el pelo.

— No, no creo que me haya visto entrar, pero, si me hubiera visto, ¿qué pensaría?

— ¿Tal vez que estás comprando juguetes eróticos?

— Sí, pero eso no es propio de mí.

Carla suspiró exasperada.

— Vaya, yo creía que, precisamente, querías cambiar porque no te gustaba cómo eres sexualmente hablando.

— Sí — contesté frunciendo el ceño —. Bueno, no completamente. Es que, no lo sé... — añadí sintiéndome perdida —. Creo que me siento un poco como una idiota, ¿sabes? — concluí en voz baja —. Esto de seducir a Cullen Slater porque he sacado mala puntuación en un estúpido test de Internet... no sé... es demasiado...

— ¿Exagerado? — me ayudó Carla.

— Sí, exacto. Me parece que me he pasado.

— Y a mí me parece que esto es exactamente lo que te apetece — contestó Carla con un brillo especial en los ojos —. Yo creo que ser un poco exagerada es exactamente lo que te hace falta. Cuando eres exagerada, los hombres se fijan en ti. Tienes que conseguir que se fijan en ti y que hablen de ti.

— Gracias, pero no quiero convertirme en el cotilleo de la oficina.

— ¿Y que te parecería convertirte en la protagonista del programa de los lunes por la noche?

Me quedé mirando a mi amiga, completamente perdida. Ella, sin embargo, no parecía perdida en absoluto. Sonreía encantada, sonreía tanto que sus dientes brillantes competían en luminosidad con los fluorescentes que iluminaban la estantería de consoladores que había al otro lado del pasillo.

— Carla, ¿de qué estás hablando?

— De ti — contestó mi amiga —. Vas a salir en la televisión — añadió lanzándose a hablar sin parar —. Resulta que ayer, después de hablar contigo, me llamó Timothy para hablar de uno de sus nuevos proyectos y terminamos hablando de ti...

— ¿Le has contado mi vida sexual a tu jefe? — me indigné.

— Sí, pero por una buena razón.

— Me parece que no hay ninguna buena razón que justifique lo que has hecho.

— ¿Ni siquiera la compra de un guión?

— Explícate, por favor.

Carla me miró emocionada.

—Ya sabes que a Timothy se le suelen ocurrir ideas geniales, ¿verdad? Bueno, pues lo último que se le ha ocurrido es hacer una serie de dramas ligeramente basados en la vida real. Cada programa durará una hora y, después de la emisión, habrá una entrevista de media hora con el escritor de la historia. Será como una especie de nuevo giro en la televisión de los programas de testimonios.

Desde luego, la idea era brillante.

¡Mucho más interesante que la porquería que se le ocurría a mi jefe!

—El caso es que vi la oportunidad de contarle tu situación y lo hice como si fuera una idea para el programa. Por supuesto, al principio no le dije que se trataba de ti, pero, cuando resultó que la idea le maravilló, le dije que era tuya. Le he hablado de ti en otras ocasiones y sabe que escribes muy bien.

Noté que me daba vueltas la cabeza y no acerté a pronunciar palabra.

—¡Mattie! —gritó Carla—. ¿No te has enterado? ¡A mi jefe le ha encantado la idea! Sobre todo, porque Cullen es conocidillo y podría atraer audiencia. ¡Quiere que escribas la historia y vas a ser la entrevistada del primer programa! ¡Y lo mejor es que, si le gusta el guión para televisión que le des, leerá cualquier guión de película que le entregues! mi jefe tiene muchos contactos y, si quiere, puede moverlos para producir una película.

—Madre mía —contesté lentamente—. ¡Madre! ¡Mía! ¡Madre mía! —grité yo también a continuación abrazando a mi amiga.

¡Aquello era increíble! Carla tenía razón. Aquello era exactamente lo que necesitaba. Excepto que...

—¿De verdad quiero que todo el mundo se entere de mis trapos sucios? —le pregunté imaginándome a mi hermana Angie disfrutando en su salón de Beverly Hills de cómo yo aireaba mi vida sexual para, a continuación, autoproclamarse la única hija normal de la familia.

Aquello no me hizo ninguna gracia.

—Eso es lo mejor de todo —rió Carla—. Nadie se creerá que es de verdad y, aunque lo crean, ¿qué pasa? Es un programa de televisión. Todo el mundo te conocerá y hablará de ti. Por eso te acabo de decir que si es una exageración, mejor.

Asentí, comprendiendo.

A continuación, me pregunté si sería capaz de hacerlo. En cuanto a airear mi falta de atrevimiento sexual a nivel nacional en la televisión, sí, era capaz de hacerlo. Teniendo en cuenta lo mal que me iba profesionalmente, estaba dispuesta a hacer lo que fuera para intentar dar un giro a mi carrera.

—Vaya —comenté pensando en todo ello—. Vaya.

—¿Y bien? —me pregunto Carla.

—Sí, lo voy a hacer.

—Genial —sonrió mi amiga—. Entonces —añadió mirando hacia el videoclub donde había entrado Mike—, deja de preocuparte por lo que van a decir tu madre, tu hermana y los vecinos y vamos de compras. Tenemos un plan que poner en marcha.

—Exacto —dije.

Aunque admito que eché una última ojeada al videoclub y que no pude evitar pensar en Mike. Claro que eso fue hasta que me di la vuelta y me encontré con un amplio surtido de vibradores y consoladores.

Al instante, me quedé mirando la estantería con los ojos como platos y oí que Carla se reía.

—Te lo estás pasando fenomenal, ¿eh? —le dije.

—¿Viéndote pasarlo mal a ti? Sí, la verdad es que me lo estoy pasando en grande —admitió la muy caradura.

Fruncí el ceño y me puse las gafas de sol para que nadie me reconociera. Al instante, me dije que tenían que sobreponerme a todo aquello si quería hacerme famosa, pero me dije que todavía había tiempo y que, de momento, podía seguir siendo tímida.

Al fin y al cabo, primero Timothy tenía que comprar mí historia y, luego, suponía que tendríamos meses hasta que se grabara la entrevista.

Mientras tanto, tenía derecho a ponerme las gafas de sol aunque no creía que me fuera a encontrar con nadie conocido y, por otra parte, iba a pagar las compras con tarjeta de crédito, así que mi anonimato iba a quedar pronto al descubierto, pero me daba igual.

Me puse bien las gafas, tomé aire y di un paso frente.

—Estoy preparada.

Lo cierto era que aquel lugar no tenía nada que ver con lo que yo esperaba. Creía que iban a salir hombres con gabardinas en plan exhibicionista, que iba a haber estancias en penumbra y que iba a oler a cuero y a sudor, pero no fue así.

Las habitaciones estaban muy bien iluminadas y los artículos bien expuestos y organizados. Allí había de todo. Aceites para masaje, condones y unos anillos de plástico que yo no sabía para qué servían junto a la puerta.

Me acerqué a verlos llevada por la curiosidad. Se trataba de círculos de plástico. Me metí uno en el dedo anular. Demasiado grande para ser un anillo y demasiado pequeño para que un hombre pudiera ponérselo en... bueno, ya sabéis.

—Eso es para los hombres —me aclaró Carla—. Se lo ponen en... bueno ya sabes.

—¡Anda ya! Pero si es enano. ¿Qué tipo de hombres compran esto?

—Te lo digo en serio. Se pone antes de... y luego...

—¡Ah! —exclamé dejando el anillo de plástico en su sitio y limpiándome las manos en los vaqueros.

— ¿No quieres uno? — bromeó Carla—. Los bultitos que tiene van para fuera y se supone que es para que la mujer disfrute.

— ¿Se supone, dices? ¿Eso quiere decir que no lo has probado?

Carla negó con la cabeza.

— En ese caso, no lo necesito para sacar un setenta y cinco por ciento — contesté—. Sigamos adelante — añadí señalando los demás pasillos.

— Muy bien — dijo mi amiga muy seria girando hacia la izquierda en dirección al mostrador principal.

Yo la seguí, con la cabeza baja, rezando para que nadie me dirigiera la palabra.

El mostrador principal consistía en una vitrina de cristal con tres estanterías. De soslayo, me fijé en los vibradores rosas, violetas y de otros vivos colores que estaban alineados en las estanterías como si se tratara de barras de pan en una panadería, todos con sus precios y listos para que los compraran.

Las mujeres de Los Ángeles iban siempre bien vestidas y no iban a descuidar sus vibradores, por supuesto.

Toda aquella situación me estaba haciendo sentirme rara. Por supuesto, era una adulta y debía comportarme como tal, pero por dentro me sentía como una niña de doce años leyendo a escondidas un Playgirl.

Intentando disimular mi nerviosismo, aparté una cesta con muestras de lubricantes y me apoyé en el mostrador para ver bien. Craso error. Al instante, quedé a pocos milímetros de un vibrador fucsia que parecía vivo.

No pude evitar reírme.

— ¿La puedo ayudar en algo? — me preguntó un universitario lleno de pendientes.

— ¿Es un oso? — me reí.

Él chico asintió.

— Es un modelo que tiene mucho éxito — contestó abriendo el cristal, agarrando el objeto y poniéndolo encima del mostrador.

Me acerqué y Carla hizo lo mismo. Se trataba de un vibrador básico de los de toda la vida excepto que aquél tenía el prepucio de color fucsia y un osito dibujado en la punta.

Muerta de curiosidad, lo toqué y comprobé que era un poco viscoso al tacto y que se movía como si fuera gelatina. El osito era un animalillo de aspecto amable que llevaba algo en la boca.

— Se está comiendo un pez — comenté como una estúpida, dándome cuenta de que se trataba de un salmón, típico alimento de los osos.

¡Tenía que darle las gracias al canal Discovery por los documentales sobre animales que me habían dado aquellos conocimientos!

– Se trata del modelo de lujo – me aclaró él vendedor –. La sensación es mayor – añadió sacando la misma versión sin pez –. Éste está más concentrado – concluyó señalando el hocico del oso.

– Ah – comenté sin saber qué decir porque no tenía ni idea de lo que estaba hablando aquel chico.

– ¿Te importaría encenderlo? – le preguntó Carla, que nunca compra nada si no ha hecho un verdadero control de calidad antes.

El chico dio a un interruptor que había en la base del vibrador y Carla, con grandes dotes de experta, puso el dedo sobre el pez. A continuación, hizo lo mismo con el modelo que no tenía pez.

– Vayaaaaa – sonrió –. Interesante – comentó girándose hacia mí –. Prueba.

Así lo dice y mi recompensa fue sentir una suave y agradable vibración en la yema del dedo.

– Además, tiene diferentes velocidades – continuó el vendedor haciéndonos una demostración.

– ¿Y exactamente dónde va el pez? – pregunté como una estúpida. Al instante, comprendí exactamente dónde iba.

– No he dicho nada, no he dicho nada – me apresuré a comentar.

Ahora comprendía por qué sólo había sacado un dieciocho por ciento.

– ¿Quieren probarlo? – nos preguntó el vendedor.

Carla tomó el aparato entre las manos y lo sopesó.

– Sólido – comentó con voz experta –. ¿Tiene garantía?

– Sí, de dos semanas – contestó el joven.

En aquel momento, yo me imaginé a un montón de mujeres corriendo hacia sus habitaciones para dar buena cuenta del vibrador antes de que expirara la garantía.

– ¿Sólo dos semanas? – pregunté.

– Transcurrido ese tiempo, entra en vigor la garantía normal que cubre a todo fabricante por ley, que dura un año – añadió el vendedor sin percatarse de mi ironía.

– ¿Es japonés? – preguntó Carla.

El vendedor sonrió encantado, obviamente feliz de estar vendiendo a una experta.

– Sí, es un modelo fabuloso – contestó procediendo a colocar la parte rosa en una posición realmente poco natural –. Este aparato hace cosas increíbles – añadió poniéndolo en marcha de nuevo –. Penetración máxima – concluyó mirándome fijamente.

Tragué saliva, carraspeé levemente y me di cuenta de que me estaba sonrojando de pies a cabeza.

– ¿Qué te parece? – me preguntó Carla.

– No, va a ser que no – contesté arrugando la nariz.

– Venga, Mattie, que hemos venido a comprar.

En aquel momento, me di la vuelta, dándole la espalda al vendedor, y bajé la voz.

– No pienso dejar que un oso con un pez en la boca me toque el...

– Si lo prefiere, tenemos un modelo con un castor – intervino al vendedor.

A regañadientes, me giré hacia él y lo hice partícipe de la conversación.

– Peor – contesté.

– Desde luego, no sabía que fueras tan estrecha. Ahora entiendo por qué has sacado un dieciocho por ciento – comentó Carla.

– ¿Tienes algo más? – le pregunté al chico dirigiéndole a mi amiga una mirada asesina.

– El modelo Conejito de la Suerte es también uno de los que más gustan – contestó el joven sacándomelo.

Al ver aquel modelo con un conejito rosita de largas orejas, tuve que hacer un gran esfuerzo para no estallar en carcajadas, pero lo cierto era que... bueno, aquel animalito me hacía gracia.

La verdad era que era una monada y lo cierto era que me apetecía llevarme uno de esos juguetitos a casa. Al fin y al cabo, lo único que me separaba de Cullen Slater era una pared...

Aquel pensamiento hizo que notara una gran humedad en la entrepierna.

A lo mejor me llevaba cierto tiempo reunir el valor suficiente como para hablar con Slater, pero, mientras tanto, podría ir pasándomelo en grande con el conejito, ¿no?

¡Por supuesto que sí!

– Madre mía, esto sí que es una pasada – exclamó Carla sacándome de mi fantasía con Cullen.

Mi amiga estaba mirando algo que realmente le debía de haber llamado la atención porque estaba abanicándose con uno de los folletos de la tienda.

Sabiendo que me iba a arrepentir, fui hacia ella para ver qué era lo estaba mirando con tanto interés. Al ver de lo que se trataba, decidí que, desde luego, era una pasada.

– A lo mejor, deberías comprarte un consolador – comentó mi amiga.

– Es imposible que uno de éstos te entre en el cuerpo – contesté.

Sin embargo, el vendedor nos aseguró que eran anatómicamente perfectos. Según nos contó, los penes increíblemente grandes que había en aquella vitrina eran réplicas exactas de los aparatos reproductores de ciertas estrellas del porno de las que yo nunca había oído hablar.

– ¿Réplicas exactas? – preguntó Carla.

– Completamente exactas – le aseguró el joven.

En aquel momento, me imaginé una habitación llena de hombres con un molde de plástico en el pene, sacrificando su dignidad para dar placer a todas las mujeres y los hombres homosexuales del planeta.

– ¿Nos los llevamos? – me preguntó Carla tomando un paquete de preservativos –. Tienes que practicar. A lo mejor, Cullen lo tiene así...

Aquella posibilidad me dio escalofríos de placer y de miedo.

– No, prefiero el conejito – contesté.

– Buena elección – me animó el vendedor.

Carla se encogió de hombros.

– Como quieras – comentó yendo hacia la parte de atrás de la tienda –. ¿No vienes? – me dijo al ver que no la seguía.

– ¿No hemos terminado? – me sorprendí.

– No digas tonterías. No hemos hecho más que empezar. Eso de ahí – contestó señalando el vibrador –, es como si hubiéramos comprado el vestido negro, pero todavía nos quedan los accesorios.

Aquello me hizo mirara hacia la puerta. A continuación, volví a mirar a mi amiga. Supuse que, ya que estaba allí, tenía que aprovechar. Si quería tener experiencias maravillosas, y desde luego que lo quería, iba a tener que comprar unos cuantos juguetes eróticos más, más o menos el equivalente al collar de perlas, el bolso de lentejuelas y las sandalias de tacón. De cuero, por supuesto.

Capítulo 5

EL TEMPLO DEL PLACER

Gracias por confiar en nosotros

Conejito de la Suerte (modelo A) -95,99\$
Lubricante Venus (frambuesa) - 8,95\$
Surtido de condones Eros (4 docenas) -30,00\$
Máscara de piel - 14,95\$
Látigo de cuero - 59,95\$
Braguitas Ven aquí que te muerdo - 15,50\$
Macarrones Pene (2) - 20,50\$
Cubitera azul conforma de pene - 8,95\$
Velas Sensualidad (paquete de 2) - 17,75\$
Braguita y top Doncella Juguetona - 59,95\$
Ornamentos de penes iluminados - 19,95\$
Velas Qué bueno estás (paquete de 2) - 10,50\$
Esposas Atada a ti - 19,95\$
Subtotal - 382,89\$
Impuestos - 31,95\$
Total - 414,48\$
Pagado con tarjeta de crédito - 414,48\$
Devolución - 00,00\$

¡Si no queda satisfecha, le devolvemos su dinero!

Tres horas y más de cuatrocientos dólares después, Carla y yo nos fuimos a mi casa cargadas de bolsas llenas de todo lo que una chica atrevida pudiera soñar. Además, también habíamos comprado unas cuantas cosas para una fiesta que a Carla se le había ocurrido que íbamos a organizar porque había supuesto que, si yo tenía tal desconocimiento sexual a la hora de colocar condones, a muchas de mis amigas les pasaría lo mismo.

Para cuando aparcé frente a mi edificio, yo había hablado con dos amigas que me habían confirmado su presencia la noche siguiente en mi casa, así como también Greg Martins.

—Podríamos hacer ensalada de pasta con los macarrones en forma de pene, ¿verdad? — me preguntó Carla mientras subíamos las escaleras.

Nada más oír la pregunta, tuve que hacer un verdadero esfuerzo para no estallar en carcajadas. ¿Iba a poder comerme una ensalada de pasta de macarrones con forma de pene sin atragantarme?

–Y serviremos bebidas con hombres tan sugerentes como Sexo en la Playa y Orgasmos Múltiples –continuó Carla–. Va a ser genial.

A mí me estaba empezando a doler la tripa de aguantarme la risa.

–Y cuando todo el mundo se haya tomado unos cuantos orgasmos, sacamos al Conejito de la Suerte –propuse.

–Efectivamente –dijo Carla parando ante la puerta de mi casa.

Mientras yo rebuscaba en el bolso en busca de las llaves, se abrió la puerta de al lado y apareció Cullen Slater tan guapo y maravilloso como siempre.

Tragué saliva e hice un gran esfuerzo para no poner los ojos en la parte de su anatomía en la que mi cerebro ya estaba pensando, pero, cuando su mirada y la mía se encontraron, todas mis buenas intenciones se fueron al garete. No pude evitarlo. Bajé la mirada, tragué saliva y la volví a subir.

Estaba segura de que Cullen sabía exactamente dónde lo había mirado, pero, a juzgar por cómo sonreía, no parecía importarle lo más mínimo.

–Hola, Mattie –me saludó con voz sensual–. ¿Te importa que pase a tu casa corriendo a recoger mi correo?

–Sí... claro... pasa –contesté pensando que aquel semental tenía permiso para entrar en mi casa para hacer todo lo que le apeteciera.

En aquel momento, se abrió otra puerta del pasillo y, al girarme, vi a Mike que salía de su casa. Me miró, miró a Cullen y me volvió a mirar. A continuación, sonrió y no fue una sonrisa cualquiera sino una sonrisa que decía claramente que sabía lo que estaba tramando.

Nerviosa, y preguntándome si no serían todo imaginaciones mías, di un paso al frente, perdí el equilibrio y tiré las dos bolsas que llevaba en los brazos al suelo. Al instante, el contenido quedó a la vista de todo el mundo.

Los condones salieron volando e incluso alguno de ellos, los que el vendedor nos había entregado como muestras por lo buena cliente que había sido, cayeron a la piscina que había en el centro de la urbanización.

Genial.

Un preservativo talla extra grande de color fucsia pasó volando junto a Cullen y fue a parar a los pies de un bellezón rubio que salía en ese momento de su casa, aterrizando justamente junto a sus sandalias de Emanuel Húngaro. La rubia me miró, lo apartó y agarró a Cullen del brazo.

Carla ya no pudo más, se apoyó contra la puerta de mi casa y estalló en carcajadas. Me pareció oír que Mike también se reía, pero no tuve valor para mirarlo.

Me hubiera gustado morir en aquel mismo instante, pero, por lo visto, no me había llegado todavía la hora.

En lugar de morirme, me puse a cuatro patas y comencé a recogerlo todo a toda velocidad. Uno de los paquetes de macarrones se había roto y el pasillo estaba lleno de pequeños penes de pasta.

Cullen se agachó, recogió el vibrador con forma de conejo de detrás de una planta y se quedó mirándolo.

–Esto debe de ser tuyo –comentó al entregármelo–.Ya me pasaré a por el correo en otro momento –añadió incorporándose.

Me limité a asentir, muda, agarré la caja del vibrador y pensé que era imposible sentirse tan avergonzada como yo me sentía en aquellos momentos, pero lo único que pude hacer fue empezar a reírme y no parar hasta que se me saltaron las lágrimas.

La guapísima acompañante de Cullen pasó a mi lado con mucho cuidado, como si no quisiera tocarme, no fuera a ser que mi enfermedad fuera contagiosa. Cullen la siguió y, cuando lo miré, me pareció que me miraba divertido.

Lo que no fue tan divertido fue que en aquel momento apareció, nada más y nada menos, que mi hermana.

Aquello sí que me extrañó porque se suponía que Angie tenía que estar en aquellos momentos hasta el cuello de trabajo o tomando el sol en su piscina de Beverly Hills. Mi hermana jamás bajaba a Los Ángeles, siempre tenía que ir yo a verla, pero precisamente había elegido aquel día para hacer una excepción.

Genial.

Mi hermana había elegido aquel día para ser testigo de mi humillación, pero, en realidad, Angie era lo de menos porque, mirara donde mirara, había testigos de mi humillación.

Cullen, Mike, Angie, la rubia.

Aquello era demasiado.

Y yo lo único que pude hacer fue sentarme en el suelo mirando en dirección a donde Cullen había desaparecido y rezar para no haber dado al traste con cualquier oportunidad que pudiera tener con él.

«O con Mike», dijo una vocecilla al fondo de mi mente.

Cuando Cullen y la rubia se hubieron ido, Mike se acercó para ayudarnos a Angie, a Carla y a mí a recoger. No comentó nada sobre el contenido de las bolsas y que he admitir que aquello me produjo admiración.

Cuando todo hubo estado recogido, volvió a su casa, se paró en la puerta y me miró.

–Nos vemos a las siete – me dijo.

Yo me limité a asentir, segura de que estaba roja como la grana. A continuación, me metí en mi casa con mi hermana y mi mejor amiga detrás de mí.

—¿A las siete? —me preguntó Carla en cuanto se cerró la puerta—. ¿Qué pasa a las siete?

Yo hice un movimiento con la mano en el aire, indicando que no tenía importancia.

—Nada. Mike me ayudó a montar esa cosa —contesté señalando el armario—, y hoy hemos quedado para que yo le devuelva el favor ayudándolo a colgar unas estanterías.

—Ya —comentó mi hermana.

—No intentes engañarnos, Mattie —comentó Carla—. Vas a su casa porque está muy bueno.

En aquel momento, enarqué las cejas procurando parecer indignada.

—¡Claro que no! Por si no te acuerdas, hemos hecho un repaso de mi vida amorosa al completo y Mike Peterson no formaba parte de ella.

—No forma parte de tu vida sexual —aclaró Carla—. Te recuerdo que no hemos hablado de tu vida amorosa en absoluto.

—Bueno, si me voy a ligar a Cullen, obviamente no voy a tener una relación amorosa con Mike.

—¿Lo ves? —me increpó Carla triunfante—. Ya estás pensando en él en términos de amor.

—No, de eso, nada —me defendí de manera rebelde—. En cualquier caso, ¿qué te pasa? Has sido tú precisamente la que me ha dicho que, si me acostaba con Cullen, a lo mejor hacía saltar por los aires las audiencias televisivas y me daban un premio.

—¡Un momento! —exclamó mi hermana, que nos había estado observando como si se tratara de un partido de tenis—. ¿Estás enamorada de Mike pero te vas a acostar con Cullen en televisión?

—No, en televisión, no —contesté.

Mi hermana me miró de manera inequívoca.

—Dejando a un lado la semántica, quiero saber exactamente qué te traes entre manos —me dijo.

Miré a Carla, que se encogió de hombros y, como sé que a mi hermana es imposible engañarla, le conté todo, que había sacado un porcentaje patético en un test de sexo, que había decidido liarme con mi vecino para darle un poco de vidilla a mi cama, que luego me había parecido un plan de locos y que, por fin, Carla me había convencido hablándome de la posibilidad de convertirlo en un programa de televisión de máxima audiencia.

—Pero, en realidad, ¿no estás interesado en ese tipo? —me preguntó mi hermana.

Yo negué con la cabeza.

—No es mi tipo en absoluto.

– Pero para una aventura, es perfecto – intervino Carla.

Aquello hizo sonreír a Angie.

– La verdad es que está muy bueno – comentó –. ¿Y Mike no es perfecto para una aventura? ¿Por qué no?

– Mike no haría estallar la audiencia – contestó Carla.

– Eso habría que verlo – intervino yo –, pero, en cualquier caso, no he elegido a Mike porque es el típico hombre adorable y de esos ya he tenido unos cuantos. Por ejemplo, Dex. Aquello fue una pesadilla, una pesadilla que no quiero volver a repetir. Necesito... – me encogí de hombros.

– Una aventura – dijo mi hermana –. Sexo salvaje. Sí, lo entiendo.

– ¿De verdad? – me sorprendí.

– Por supuesto – sonrió Angie –. Entiendo perfectamente que necesites esa experiencia. Yo, sin embargo, no la necesito porque he sacado un ochenta y cinco por ciento en ese test del que hablas.

– ¿De verdad? – dijo Carla impresionada.

Mi hermana se limitó a echarse el aliento en las uñas y a limpiárselas en la pecheras de la camisa. Evidentemente, me había vencido.

– Entonces, ¿me entiendes? – le dije.

– Completamente – contestó ella –. Estás haciendo lo que debes hacer. Vas a utilizar a ese hombre, Cullen, para conseguir lo que quieres, es decir, sexo del bueno y una oportunidad en televisión. Suena muy bien.

Lo cierto era que, dicho así, sonaba frío y calculador, pero intenté no pensar en ello. Preferí pensar que tenía un plan y que era un buen plan. Lo cierto era que sabiendo la atareada vida sexual que tenía Cullen, que se acostaba cada noche con una mujer diferente, sinceramente no creía que fuera a importarle mucho que yo lo utilizara como semental.

– Mira, no he venido a meterme en tu vida privada ni a criticar tus planes – comentó mi hermana.

– No sabes cuánto te lo agradezco – le contesté yo con sequedad –. ¿A qué has venido exactamente?

– Me están pintando la casa y el olor es insoportable, así que he pensado que me voy a mudar contigo una temporada.

– Oh, oh – dije yo.

Como ya he comentado, mi hermana no bajaba jamás a Los Ángeles, así que aquello no me lo tragaba.

– Bueno, en realidad, sólo me voy a quedar en tu casa un par de días. Es que no había sitio en el Four Seasons – confesó.

– ¿Y vas a dormir en el sofá?

¡Aquello era increíble!

—Sólo serán un par de días —contestó pasándome el brazo por los hombros—. Eres mi hermanita pequeña, así que no me puedes decir que no —sonrió como una diablesa.

Yo me reí y le di un codazo en las costillas.

—Sólo me sacas tres meses.

—Cronológicamente, sí, pero estoy a años luz de ti en madurez.

Sabía por experiencia que aquello podía durar horas y no me apetecía en aquellos momentos tener aquella conversación, así que accedí.

—Está bien, puedes quedarte —le dije pensando en que mi intimidad se acababa de ir al garete.

—No hace falta que me ayudes, sólo he traído una maleta —me dijo yendo en dirección a la puerta.

Una vez allí, se paró y me miró, pero yo, como me había dicho que no hacía falta que la ayudara, no fui a ayudarla. Además, quería hablar con Carla.

—Me lo va a fastidiar todo —le dije a mi amiga en cuanto mi hermana hubo cerrado la puerta.

—No, hombre no —me tranquilizó Carla—. Angie es como es, pero no pasa nada. Es perfectamente comprensible después de haber vivido tantos años con tus padres. En fin, mírate a ti misma.

Preferí ignorar aquel comentario y concentrarme en mi verdadera preocupación.

—Conozco muy bien a mi hermana y sé que, si yo voy detrás del modelo que está bueno, ella va a hacer lo mismo.

—No digas tonterías. Angie jamás haría algo así... espera un momento, estamos hablando de Angie. Sí, definitivamente, tienes razón.

—Definitivamente —asentí.

Quiero mucho a mi hermana, pero es muy competitiva, lo que no tiene que ser necesariamente malo. Estoy convencida de que, en parte, yo siempre fui muy buena estudiante porque competía con ella. Si Angie hubiera sido una estudiante de aprobado raspado, no habría sido difícil superarla, pero es una mujer inteligente y competitiva a la que le gustaba ganar tanto como a mí.

Desgraciadamente, ella siempre había sacado mejores notas que yo. Eso en cuanto a las calificaciones del colegio, algo que, más o menos, había superado. Lo peor era que en el terreno del ligoteo, también me ganaba y por goleada.

Si a mi hermana se le ocurría dar al traste con mi plan con Cullen, sería difícil impedirselo. Carla, por supuesto, lo sabía porque yo había llorado muchas veces sobre su hombro en el colegio. Aun así, volví a recordárselo.

– Bueno, aunque a tu hermana le diera por quitarte a Cullen, tampoco sería un desastre – comentó mi amiga.

– ¿Cómo que no?

– Piensa en la audiencia – contestó Carla –. A los telespectadores les encantan las peleas y una pelea entre hermanas...

No hizo falta que Carla terminara la frase. Al fin y al cabo, yo también trabajaba en un programa de testimonios y sabía que las peleas y la rivalidad entre hermanos y las familias extrañas con disfunciones hacía subir la audiencia por las nubes.

Carla tenía razón. Si se producía una lucha entre Angie y yo por los afectos, a falta de una palabra mejor, de Cullen, el resultado sería que mi guión tendría más posibilidades.

Durante aproximadamente tres segundos, me sentí profundamente avergonzada de haber elegido aquella profesión. A continuación, recordé que escribir aquel guión no era la profesión que yo había elegido sino solamente un escalón y que, siempre y cuando subiera con cuidado, no tenía por qué ocurrir nada desagradable.

Además, no estaba dispuesta a tirar la toalla ahora que tenía el éxito al alcance de la mano. Quería ser guionista y lo iba a conseguir, me costara lo que me costara.

Lo necesitaba.

La necesidad de escribir era algo que me atravesaba las entrañas y que no tenía nada que ver con la necesidad de competir con mi hermana ni con cualquier otra persona, era algo mío y sólo mío y, tuviera que hacer lo que tuviera que hacer, trabajar en una productora espantosa o seducir a vecinos guapos, sabía que algún día conseguiría ser guionista.

Afortunadamente, este proceso de pensamiento no me llevó demasiado tiempo, así que mi plan estaba de nuevo en movimiento a pesar de la repentina aparición de mi hermana para cuando dicha hermana apareció de nuevo con su maleta.

– Qué os lo paséis bien – se despidió Carla abandonándome ante el peligro.

– Bueno – comenté cerrando la puerta cuando mi amiga se hubo ido –. Deja tus cosas en cualquier sitio – le indiqué a mi hermana.

Angie dejó la maleta junto al sofá y, aunque sólo eran las tres de la tarde, abrimos una botella de vino tinto y nos pusimos a hablar.

Estaba abriendo la tercera botella de vino cuando se me ocurrió mirar el reloj.

– ¡Porras! – exclamé poniéndome en pie bruscamente.

Al hacerlo, estuve a punto de tirar la copa de vino y el cuenco de patatas que había colocado entre nosotras en el sofá.

– ¿Qué ocurre?

– Me había olvidado de que le había dicho a Mike que no me importaba ayudarlo a colgar unas estanterías esta tarde. ¡Ya llego cinco minutos tarde!

– Pues vámonos – contestó mi hermana poniéndose en pie.

– ¿Te vienes?

– Sí, claro. ¿Pasa algo?

– Sí... no... bueno...

No sabía qué decir. ¿Qué iba a decir, que quería estar a solas con Mike? Completamente ridículo. Solamente era un chico amable que vivía en el mismo edificio que yo.

En aquel momento, me fijé en que mi hermana estaba sonriendo como si me hubiera leído el pensamiento.

– No es una cita, ¿no? No creo que os moleste mi presencia, ¿verdad?

– No, claro que no, pero...

– Además, cuando uno tiene que colgar estanterías, cualquier mano extra es bienvenida – decidió Angie yendo hacia la puerta –. Venga, vamos.

Como no tenía ninguna excusa razonable ni racional para negarme, la seguí. Dos horas atrás, toda mi preocupación era que mi hermana pudiera interferir en mi plan de seducir Cullen y estropearme el programa que le interesaba al jefe de Carla.

Era comprensible mi preocupación porque mis intereses profesionales estaban en juego, pero no había nada personal. Hasta ahí, nada nuevo. Mi hermana y yo nos habíamos pasado la vida compitiendo y estaba acostumbrada.

Sin embargo, con Mike era diferente. Eso de que mi hermana quisiera ir a su casa a ayudarlo a colgar unas estanterías después de haber dicho que era muy mono... No sé... Angie no había dicho que le interesara lo más mínimo, pero yo me olía que Mike podía ser motivo de competición y, de repente, aquello se me antojó increíblemente personal.

Fue, precisamente, darme cuenta de eso lo que me paralizó de terror. No debería importarme que a mi hermana le gustara Mike porque solamente era un amigo o eso me decía yo una y otra vez...

Mike se dio cuenta de que se había metido en un lío. Un buen lío. Deseaba a Mattie Brown con todo su cuerpo.

Por supuesto, se había dado cuenta nada más conocerla, su deseo había aumentado cuando la había oído hablar con su amiga sobre su plan para darle un empujón a su vida sexual y lo había tenido muy claro cuando se había dado cuenta de que iba detrás de Cullen Slater.

Mike jamás se había cuestionado su físico, nunca se había sentido incómodo con otros hombres, pero debía admitir que Cullen, el supermodelo que salía con supermodelos, era un competidor duro de roer.

La idea de que Mattie se liara con él hacía que la sangre le hirviera en las venas. Lo cierto era que le había costado mucho no decir nada cuando a Mattie se le habían caído las bolsas de El Templo del Placer en el pasillo.

Además de las palabras, había tenido que hacer un gran esfuerzo para controlarse en otros aspectos porque su instinto le decía que la tomara entre sus brazos y cubriera su rostro de besos para borrar la mortificación que había visto en él.

Desde luego, estaba completamente colado. A Mattie le hubiera bastado con decirle «salta» para que él le hubiera preguntado «¿hasta dónde?».

¿Conclusión? Mike era consciente de que estaba metido en un buen lío, pero no se había dado cuenta de hasta qué punto hasta que Mattie se había presentado en su casa con su hermana. Aquello había sido como un puñetazo en la boca del estómago.

Lo cierto era que a Mike le hubiera gustado tenerla para él solito y, al principio, le había costado mucho controlarse y ser amable con Angie.

Pronto se recuperó del golpe y se mostró educado y amable con la hermana de Mattie, que resultó ser una chica encantadora. Incluso parecía que sabía que le gustaba su hermana. Por supuesto, no porque se lo hubiera dicho sino por cómo se comportaba, por los pequeños detalles, por cómo lo observaba mientras él observaba a Mattie, por cómo se apartaba para dejarlo al lado de Mattie mientras medían las estanterías, por cómo se había sentado en una butaca apartada para dejarlos a ellos en el sofá para ver la película.

Teniendo todo aquello cuenta, aquella mujer le caía de maravilla. A lo mejor, podía convertirse en su aliada y lo ayudaba a posicionarse por encima de Cullen en la jerarquía de Mattie.

Lo cierto era que la posibilidad de que hubiera sexo entre Mattie y Cullen lo tenía tan absorbido que no se estaba enterando de la película. Ni de la película, ni de nada. Sólo cuando se dio cuenta de que el salón se había quedado completamente en silencio y de que la pantalla estaba en negro, bajó de su nube.

—¿Te importa que pase al baño? —le pregunto Mattie.

—Por supuesto que no —contestó Mike poniéndose en pie.

Al parecerle su comportamiento demasiado caballeroso, disimuló yendo hacia la cocina. Angie lo siguió.

—Gracias por haberme hecho sentir bien —le dijo—. Sé que esperabas que solamente viniera mi hermana.

—Oh, no pasa nada —contestó Mike agarrando el corcho de una botella para tener algo entre las manos—. ¿No me crees? —añadió al ver que Angie enarcaba una ceja.

—No, no te creo.

No lo había dicho en tono acusador, así que Mike se relajó.

—¿Por?

—Porque no —rió Angie—. En cualquier caso, me parece que mi hermana y tú formaríais una pareja muy mona.

— ¿De verdad? — dijo Mike concentrándose por completo en la botella de vino que había sobre la encimera — . Me parece muy interesante que digas eso teniendo en cuenta que no llevas aquí más que unas cuantas horas.

— Ya, pero unas pocas horas bastan para darse cuenta de muchas cosas.

— Te habrás dado cuenta entonces de que a tu hermana le gusta su vecino de al lado.

— Tú eres su vecino.

— Sí, pero el de enfrente, que no es lo mismo.

— Ya — comentó Angie cruzando la cocina hacia la nevera, abriendo la puerta del electrodoméstico y agarrando un refresco.

En aquel momento, si no quería comportarse como un maleducado, Mike no tenía más remedio que girarse hacia ella para no darle la espalda.

— Entre tú y yo — sonrió Angie — . Todo eso que mi hermana se trae entre manos con Cullen no es nada. Puro espectáculo — le explicó poniendo los ojos en blanco — . Literalmente, espectáculo.

A Mike le hubiera gustado preguntarle a qué se refería, pero no tuvo opción de hacerlo porque, en aquel momento, oyó la puerta del baño que se abría y los pasos de Mattie que iba hacia la cocina. Unos segundos más tarde, allí estaba.

— ¿Qué hacéis? ¿Habéis hecho un descanso para tomar algo?

— No, me estaba despidiendo de Mike — contestó Angie — . Por Nick y por Nora y porque os guste el resto de la película — añadió alzando su copa.

— Pero... — protestó Mattie.

— No — la interrumpió su hermana — . Llevo todo el día trabajando y me está empezando a doler la cabeza.

— Ah — dijo Mattie mirando a Mike — . ¿Quieres que me vaya a casa contigo?

— No, no hace falta — le aseguró su hermana — . Pásatelo bien.

— De acuerdo, gracias — contestó Mattie aceptando la copa de vino que Mike le acababa de servir — . Luego te veo. Que descanses — añadió volviendo al salón.

— Buena suerte — se despidió Angie de Mike en voz baja.

Y, dicho aquello, se dirigió a la puerta y se fue, dejándolo allí de pie, como un idiota, en la cocina, preguntándose qué hacer a continuación, preguntándose qué habría querido decir la hermana de Mattie cuando le había comentado que lo de Cullen era puro espectáculo y, sobre todo, preguntándose qué iba a hacer con la mujer que estaba tomándose una copa de vino en aquel momento en su sofá.

Los diversos diplomas que colgaban de las paredes de su salón ponían de relieve que Mike no era un hombre estúpido, así que no tardó mucho en tomar una decisión.

Decisión: había llegado el momento de intentar algo con Mattie. La pregunta era cómo. Con aquella pregunta en mente, volvió al salón. Al verlo, Mattie sonrió.

– ¿Terminamos de ver la película?

– Claro – contestó Mike sentándose a su lado.

Adrede, se había sentado un poquito más cerca de lo que habría sido normal y, para su sorpresa, Mattie no sólo no se apartó sino que cruzó el brazo por encima de su pecho para alcanzar una servilleta de papel que había sobre la mesa.

Por supuesto, Mike no consiguió concentrarse en el resto de la película y tenía la sensación de que Mattie no estaba tampoco concentrada al cien por cien porque, cada vez que la miraba, la pillaba mirándolo.

Toda aquella situación se le antojaba propia de adolescentes, le estaban sudando las manos y el corazón le latía aceleradamente, pero le daba igual, le estaba encantando. Era como la primera cita, aquella atracción increíble, aquel saber que tú también le gustas a la chica, pero no estás muy seguro de qué hacer a continuación.

Por fortuna, Mike ya no era un adolescente y sabía perfectamente cómo pasar del glorioso momento de la atracción al maravilloso momento del dormitorio.

Solamente le quedaba hacerlo.

– Cómo me gusta esta película – suspiró Mattie cuando terminó el film.

– A mí, también – contestó Mike mirando la pantalla.

– ¿Qué personaje es el que más te gusta?

– Eh... pues... el perro – contestó Mike.

– ¿Asta? A mí también es el que más me gusta. Durante muchos años, quise tener un perro exactamente igual que él. Una pena que me den alergia.

– Yo de pequeño tenía un labrador – contestó Mike intentando que Mattie dejara de hablar de la película –. Ya sabes, tener perro cuando eres un crío. Lo típico. La típica infancia.

– La mía no fue típica en absoluto – comentó Mattie –. Yo lo único que hice fue estudiar, ver películas y escuchar bandas sonoras. Era completamente antisocial – le explicó poniéndose en pie y tomando la caja de la película –. De verdad que esta serie me encanta. No sé por qué no me la he comprado todavía. Supongo que no las tendrás todas.

– Eh, no – contestó Mike.

– Qué pena. Me encanta Jimmy Stewart.

– William Powell – la corrigió Mike intentando quedar bien.

Nada más decirlo, por cómo lo miró Mattie, se dio cuenta de que acababa de meter la pata hasta el fondo.

– William Powell es Nick Charles. El hombre delgado es el cadáver que encuentran. Uno de los primeros papeles de Jimmy Stewart fue precisamente en *Después del hombre delgado*.

– Ya, ya lo sé – mintió Mike.

Mattie se cruzó de brazos y lo miró. Mike se dio cuenta de que no parecía irritada sino, más bien, confusa y divertida.

–Creía que te encantaban estas películas.

–En teoría, así es –contestó Mike.

Aquello hizo reír a Mattie.

–Ya. ¿Y cómo de teórica es tu pasión?

–Digamos que completa porque, en realidad, no he visto ni una.

Mattie se encontró riéndose a carcajadas.

–Tal vez, debería estar enfadada contigo. No tengo ni idea de por qué me estoy riendo. Debe de ser el vino.

–Seguro que es el vino –contestó Mike–. Formaba parte de mi plan. Aun a riesgo de que te vayas, ¿te importaría explicarme por qué toda la serie de películas se llaman *El hombre delgado* si el pobre hombre está muerto?

Aquello hizo que Mattie comenzara a reírse a carcajadas y se tirara en el sofá. Mike se sentó a su lado.

–No, no te lo puedo explicar porque es uno de los grandes misterios de Hollywood –contestó Mattie poniéndole la mano en la rodilla.

–Vaya, y yo que creía que había dado con toda una experta –comentó Mike sintiendo que el corazón le latía aceleradamente.

–¿Y por qué me dijiste que te encantaba esta película? ¿Y cómo es que la tienes? –le preguntó Mattie–. Vaya, espera momento. La has comprado hoy –recapacitó–. ¿Por qué?

–Culpable –contestó Mike mirándola a los ojos–. ¿De verdad necesitas preguntarlo?

–Sí –contestó Mattie.

–La historia de siempre –contestó Mike sin apartar la mirada de sus ojos–. Eres la primera persona que conocí cuando me vine a vivir aquí, así que quería que fuéramos amigos.

–Amigos, ya.

Mike sintió que el corazón se le desbocaba porque, aunque Mattie había hablado con calma, sus ojos y sus manos demostraban que estaba algo decepcionada y, en ese mismo instante, supo que su hermana tenía razón, que entre ellos había una conexión especial, una conexión que Mike tenía intención de reforzar.

En ese mismo instante.

–Bueno, ¿y qué te ha parecido la película? –le preguntó Mattie tras carraspear.

–La verdad es que no puedo decir que la haya visto.

–Pero si llevamos dos horas sentados en el sofá viéndola.

- Yo, no – contestó Mike apartándole un mechón de pelo de la cara.
- ¿Cómo que no?
- No, yo te estaba mirando a ti.

Capítulo 6

— ¿A mí? — me oí exclamar.

No reconocía mi voz, lo que iba perfectamente con la situación porque tampoco me reconocía a mí misma. Más exactamente, me sentía como si estuviera en un sueño.

— ¿Y por qué me has estado mirando?

Le hice la pregunta solamente por decir algo, porque sabía que, si no decía nada, me iba a besar y, aunque quería que me besara, quería desesperadamente que me besara, la verdad, ¿qué pasaría si no lo hiciera?

Madre mía, por eso era tan patética con los hombres. Aquel pensamiento me puso todavía más nerviosa y, por supuesto, compensé la desagradable sensación hablando todavía más.

— Mike, ¿por qué me estabas mirando?

En aquel momento, Mike me acarició el labio inferior con la yema del dedo. Fue un movimiento atrevido y, a la vez, cauteloso. Sin embargo, mi reacción no tuvo nada de cautelosa. Sentí un escalofrío por todo el cuerpo, chispas que convergían en todos los puntos calientes de mi organismo, es decir, en los pezones y entre las piernas.

Creo que incluso gemí levemente y, gracias a Dios, eso le bastó a Mike, que se inclinó sobre mí, me rozó los labios con su boca e hizo que mi alma se sintiera arrebatada en una espiral de pasión.

Una pequeña parte de mi cerebro gritó que debía parar, que no era eso lo que yo quería porque, al fin y al cabo, tenía un plan, pero el resto de mi mente ignoró aquella vocecilla molesta e insidiosa.

Lo cierto era que lo que más deseaba yo en aquel momento era perderme en las maravillosas sensaciones que aquel hombre me estaba haciendo tener, perderme en sus labios y en sus caricias, pero, de repente, perdí la calidez de sus labios. Al abrir los ojos, lo miré de manera acusatoria.

— ¿Qué pasa?

Me silenció poniéndome un dedo sobre los labios.

— Mattie, te deseo, pero si te quieres ir...

Lo había dicho de tal manera que había dejado la cuestión completamente sobre mis hombros. La decisión era mía y sólo mía.

Por supuesto, yo sabía que lo que tenía que hacer era irme porque no era Mike el hombre que a mí me interesaba, pero, por alguna extraña razón, no me moví del sitio. Es más, alargué el brazo, le acaricié el pelo y lo besé.

A Mike le entraron ganas de pellizcarse porque sospechaba que aquello no podía estar sucediendo en realidad. Debía de estar soñando. Debía de estar inmerso

en uno de aquellos sueños que tenía todas las noches desde que había conocido a Mattie. Por ejemplo, aquel sueño en el que lo abrazaba y lo besaba y le rogaba que le hiciera el amor.

Sin embargo, aquello no era un sueño y no hacía falta que se pellizcara. Aquello estaba sucediendo de verdad. Los labios que estaba besando eran los de Mattie. Su aroma, de jabón y fresas, imbuía sus sentidos.

Lo que más le apetecía hacer en aquellos momentos era subirse sobre el sofá y golpearse el pecho a lo Tarzán para que quedara claro que había vencido, que era el rey de la selva.

– Mattie – suspiró.

– No hables – le dijo ella – . No quiero pensar.

Le hubiera gustado poder decirle que no hacía falta que ella pensara, que ya pensaría él por los dos, pero, por lo visto, eso no iba a poder ser porque todo pensamiento había desaparecido de su mente y había sido reemplazado por imágenes primarias.

Los labios de Mattie, el cuello de Mattie, los pechos de Mattie.

Así que Mike no dudó en seguir aquellas imágenes y, así, se concentró primero en su boca mientras con las manos exploraba el resto de su cuerpo, deslizándolas por sus curvas y adentrándose bajo su ropa.

Mike le acarició la espalda y Mattie suspiró profundamente, cada vez de manera más intensa, sobre todo a medida que Mike fue subiendo las manos hacia sus omoplatos, con los dedos extendidos de manera que los pulgares casi acariciaban sus pechos.

Mattie tenía las manos abiertas sobre el torso de Mike. Lo único que los separaba era la camiseta que llevaba puesta. Mike sentía el calor que irradiaban sus manos, lo que lo excitaba todavía más. Sin embargo, no le interesaba dar rienda suelta a su erección en aquellos momentos, sino acariciar a Mattie, ocuparse de darle placer hasta haberla saciado por completo.

Lo que quería era conseguir que tuviera un orgasmo. Se moría por verla tener un orgasmo.

Mattie se movió de manera que la mano de Mike quedó situada sobre su pecho. Tenía el pezón duro y Mike no pudo evitar desear tomarlo entre sus labios, así que se inclinó y se lo metió en la boca.

– Quítame la blusa – le indicó Mattie.

Mike así lo intentó, pero no atinaba con los botones. Mattie se estaba empezando a impacientarse.

– Rómpela – le dijo.

– ¿Estás segura?

– Mike...

Al detectar la desesperación de su tono de voz, Mike no dudó en obedecer. En un abrir y cerrar de ojos, los botones saltaron por los aires y la blusa quedó abierta, momento que Mike aprovechó para deslizarse por los hombros de Mattie, dejando sus brazos atrapados en los laterales.

Mattie no llevaba sujetador y Mike tuvo la sensación de que era un ciego que recuperaba la vista de repente, lo que no le impidió reaccionar rápidamente, acercarse a su piel y volver a capturar uno de sus pezones entre los labios.

A continuación, jugueteó con él, deleitando a Mattie con su lengua, llevándola hasta límites de placer y deseo maravillosos. Sin pensarlo dos veces, deslizó una mano hacia su tripa, jugueteando con la hebilla de su cinturón, que soltó lentamente. Tras desabrocharle el botón de los vaqueros y bajarle la cremallera, sus dedos se acercaron al paraíso.

Mattie llevaba unas braguitas de seda, suaves y cálidas, y Mike dejó que sus dedos se deslizaron por la tela de manera sensual, lo que hizo jadear a Mattie, que echó la pelvis hacia delante para animarlo.

Era obvio que estaba completamente excitada, lo que hizo que Mike se excitara todavía más. Cuando Mattie volvió a echar las caderas hacia delante, Mike aprovechó la oportunidad para deslizarse la mano dentro de su ropa interior y encontrar un tesoro de humedad y calor.

Aquel encuentro hizo jadear a Mike, que sentía el cuerpo en llamas. Mientras introducía un dedo en el interior del cuerpo de Mattie, comenzó a besarla por toda su anatomía y, por fin, se encontró con sus labios.

Mattie lo besó con pasión, como si hubiera estado aguantando la respiración durante toda su exploración, como si hubiera estado esperando a que sus labios se encontraran para consumirlo.

Los besos se hicieron cada vez más profundos, las embestidas de sus lenguas se producían al mismo ritmo que las embestidas del dedo de Mike hasta que Mattie arqueó las caderas y le rogó, mientras le bajaba la cremallera.

Mike comprendió que había llegado el momento.

— Ya era hora — comentó Mattie al ver que se quitaba la camiseta.

— Las cosas buenas se hacen esperar — contestó Mike.

— Ya veo — comentó Mattie acariciándole la erección—. Esto está muy bien.

— No está muy bien, es mercancía de primera, pero espera a probarla para opinar.

— ¿Me vas a hacer una demostración? — le pregunto Mattie quitándose los vaqueros y tumbándose en el suelo sobre una manta.

— No lo dudes — contestó Mike siguiéndola.

A continuación, la agarró de las caderas, se inclinó sobre ella y comenzó a lamerle los pechos, dejando una estela de fuego por toda su tripa y bajando hasta que encontró su dulce centro.

En aquel momento, Mattie echó la cabeza hacia atrás y comenzó moverse al mismo ritmo que Mike, emitiendo un ruidito que lo excitaba cada vez más. Mike se estaba preguntando cómo había podido vivir hasta aquel momento sin aquellos sonidos, sin acariciar a Mattie, sin besarla, así que se esmeró para llevarla hasta el límite, la hizo sudar, la besó, pero Mattie quería más.

– No pares – le indicó.

Mike no tenía ninguna intención de quedar mal, así que paró única y exclusivamente para colocarse un preservativo y, a continuación, se adentró en su cuerpo acariciándole el clítoris mientras se movía en su interior, dejándose llevar por el ritmo, acercándola cada vez más al orgasmo hasta que, finalmente, la expresión de Mattie lo arrastró a él también.

Entonces, sintió cómo su cuerpo se zarandeaba y, cuando estaba pensando que iba a morir de placer, cayó exhausto al lado de Mattie, que suspiró feliz.

– ¿Ya está? – bromeó ella.

– Dame un segundo para que me reponga.

– Uno y dos. Ya está.

Mike le mordió el hombro, haciéndola reír.

– Qué a gusto estoy aquí – comentó Mattie.

– Yo, también – contestó Mike acariciándole el pelo.

Lo cierto era que estaba sintiendo un montón de emociones. No eran ahora emociones de urgencia o de deseo, como hacía unos minutos, sino de ternura y afecto.

«Satisfacción», pensó.

Aquello era lo que llevaba días queriendo, así que aquella noche se había arriesgado y le había salido bien.

Mattie se había dejado ir entre sus brazos sin pensárselo dos veces, había respondido como si estuvieran hechos el uno para el otro. El corazón de Mike... bueno, su corazón, había encontrado una compañera.

Mientras intentaba dilucidar qué tendría aquella mujer en el corazón, acarició su cuerpo y observó cómo su piel reaccionaba ante sus caricias.

¿Acaso Mattie se habría enamorado también o solamente sería para ella uno más en su lista?

Aquel pensamiento lo llenó de angustia. Había encontrado su paraíso personal en los brazos de aquella mujer y no quería perderlo. No quería que bajo ningún concepto Mattie se fuera con Cullen Slater.

Ni con Cullen ni con nadie.

Guau.

O sea, guau.

—Guau —le dijo Mattie a Mike en voz alta.

—¿Tanto te ha gustado? —sonrió él—. Pues ya verás porque esto no ha sido más que el aperitivo.

—¿Ah, sí? —murmuré—. Pues deja que te diga que el aperitivo me ha encantado y que quiero probar todos los platos.

—Nuestro chef está encantado de oír eso y se pregunta si cinco platos le parecen suficientes al refinado paladar de una señorita como usted.

Aquello me hizo reír.

—Sí, creo que cinco platos está bien —contesté.

Lo cierto era que, en aquellos momentos, me hubiera conformado con cualquier cosa porque, aunque era cierto que el sexo que acabábamos de compartir no había sido atrevido propiamente dicho, le había sentado de maravilla a mi ego.

En aquellos momentos, me sentía guapa, admirada y saciada, una combinación genial. Sin embargo, una parte de mí sabía que aquella situación estaba abocada al desastre y que debería irme, olvidarme de lo que había pasado y concentrarme en mi carrera. Pero a mi carrera no le iba a pasar nada en las siguientes horas, ¿no?

El futuro llegaría en breve y tendría que abandonar a Mike. Mientras tanto, quería que me abrazara y, bueno, que me hiciera el amor de nuevo. Por lo menos, cuatro veces más...

Así que, entre risas, me senté sobre él a horcajadas y besé sus deliciosos labios. Inmediatamente, sentí la respuesta de su cuerpo, lo que hizo que me sintiera la mujer más poderosa del mundo. Cuando vi un brillo inequívoco en sus ojos, me incliné levemente y comencé a mordisquearle los labios.

La respuesta de Mike tampoco se hizo esperar. Deslizó la mano entre mis piernas y comenzó a acariciarme y, de repente, se acabaron los jueguecitos porque me di cuenta de que quería caricias de verdad y de que las quería inmediatamente.

—Quiero probar el próximo plato —murmuré con voz ronca.

—Ya creía que no me lo digas a pedir nunca —contestó Mike.

En cuando me desperté, tuve la certeza de que me tendría que haber ido horas antes. Eran más de las siete y ya entraban los primeros rayos de sol por la ventana. Me sentía como una idiota, pero una idiota increíblemente satisfecha.

En algún momento durante la noche, nos habíamos trasladado a su cama, de la que me levanté ahora con cuidado para no tropezarme con los cables de los seis ordenadores que Mike tenía en su casa y me metí en el baño.

Una vez a solas, cerré la puerta y me sonrojé de pies a cabeza. Jamás me había acostado con un hombre en la primera cita, lo que probablemente me daría muchos puntos en el test, y no tenía excusa porque sabía perfectamente que no quería una relación duradera con él.

Además, tenía los ojos puestos en otro hombre.

Por supuesto, ésa era la razón por la que me sentía como una idiota, por Cullen y por todo el plan tan sórdido que se me había ocurrido, que ahora se me antojaba más sórdido que nunca.

Aquel plan se me había ocurrido para elevar el dieciocho por ciento que había sacado en el test, pero eso ya lo había hecho con Mike porque, aunque no nos hubiéramos colgado del techo ni hubiera bolas chinas por la habitación, vuelvo a repetir que había quedado realmente satisfecha.

¿De verdad necesitaba conocer y experimentar aquellos trucos de chica atrevida? Por supuesto que no. ¿O tal vez sí?

Lo que no debía dejar que me sucediera bajo ningún concepto era comenzar una relación con un hombre porque el sexo hubiera sido bueno. Había hecho aquello con Dex y lo único que habíamos conseguido había sido pasar de pasárnoslo bastante entre las sábanas a «bumbum y buenas noches».

Desde luego, no quería repetir aquello. Sobre todo, porque la relación se había ido deteriorando a nivel sexual, pero también personal. Había sido un proceso lento y doloroso y no quería volver a pasar por ello.

En otras palabras, la noche que acababa de pasar con Mike había sido maravillosa, pero no creía que mi corazón pudiera soportar tener nada serio con él.

Me miré al espejo y mi instinto de supervivencia me dijo que me fuera de allí cuanto antes porque una conoce sus límites y yo era perfectamente consciente de que mi corazón no podría soportar de nuevo un fiasco tipo Dexter.

Muy bien.

Además, tenía que pensar en el programa de televisión con Cullen, en el guión, una razón mucho más noble para seducirlo que querer convertirme en una chica atrevida en la cama.

– Eres patética – me dije mirándome al espejo.

Sí, tal vez fuera patética, pero la idea de escribir aquel maravilloso guión y de darle un buen empujón a mi carrera me parecía de lo más tentadora. Seguro que incluso a Mike le parecería una buena idea. No en vano había sido el que me había hablado la noche anterior de que tenía que arriesgarme.

Claro que, aunque me acostara con Cullen y escribiera un guión brillante, eso no me aseguraba que Timothy me lo fuera a comprar y a hacer el programa.

Entonces, ¿para qué me iba a poner a intentar seducir a Cullen? No había motivo y no estaba segura de querer correr el riesgo.

Cerré los ojos y tomé aire. Desde luego, no era el mejor momento para analizar la situación cuando mi cuerpo todavía olía a Mike y me parecía sentirlo en mi interior.

«Tranquilízate, Mattie, y vete a trabajar», me dije a mí misma.

Buen consejo.

Así que salí del baño y me puse los vaqueros. Mientras lo hacía, comprobé que Mike seguía dormido. Sabía que debería despedirme, pero no me apetecía, así que le dejé una nota.

«Me lo he pasado muy bien. Llego tarde al trabajo. No quería despertarte».

A continuación, salí de casa de Mike y me fui a la mía. En cuanto entré, me di cuenta de que había sido un error porque me había olvidado por completo de mi hermana, que estaba sentada en el sofá con el ordenador portátil en el regazo.

– Buenos días – me dijo –. Supongo que habrás pasado buena noche.

– Lo cierto es que sí – contesté entrando en mi dormitorio –. Llego muy tarde, así que me voy a duchar y me voy corriendo.

– Muy bien – contestó Angie poniéndose en pie y siguiéndome al baño –. Bueno, supongo que ahora no seguirás adelante con la tontería ésa de seducir a Cullen, ¿no?

– Angie...

Lo cierto era que yo ya había pensado parar aquel plan, pero no me gustaba que mi hermana creyera que me había dado ella la idea.

– Te has acostado con Mike – continuó Angie –. Es un chico encantador y tú le gustas y...

– ¡Basta! – exclamé mojándome el pelo –. No es por Mike – le expliqué –. Es cierto que es un chico encantador y, además, me gusta – añadí sinceramente –, pero lo que ha habido entre nosotros no tiene nada que ver con el amor. A lo mejor, ni siquiera quiere volver a verme.

– ¡Desde luego, no creo que quiera volver a verte si tú sigues adelante con esa estupidez de ligar con Cullen!

Aquel comentario me puso de mal humor. Para empezar, porque probablemente era cierto y, para continuar, porque me molestó. Si tenía muy claro que no quería nada duradero con Mike, ¿por qué la mera idea de que no quisiera volver a verme me dolía tanto?

No tuve tiempo de seguir pensando en ello porque en aquel momento sonó el teléfono, interrumpiendo nuestra conversación. Cuando contesté y comprobé de quién se trataba, casi me da un ataque al corazón.

– ¡Mattie, muñeca! Cuánto me alegro de hablar contigo.

– ¿Timothy? – exclamé temblando de pies a cabeza –. ¿Timothy Pierpont?

– Efectivamente, cielo.

Por supuesto, yo conocía al jefe de Carla porque había ido varias veces a la fiesta de Navidad de su empresa e incluso había hablado con él una vez.

– ¿Sigues ahí? – dijo Timothy ante mi silencio.

– Sí, estoy aquí – contesté –. Es que estoy un poco sorprendida.

– ¡Yo sí que estoy sorprendido! ¡Esto que has escrito es genial, nena!

– Vaya... ¡Gracias! – contesté sin saber sobre cuál de mis proyectos me estaba hablando, pero suponiendo que Carla le había entregado uno de mis guiones.

– Ahora mismo no puedo venderlo, pero quiero que me escribas el episodio piloto de *Al descubierto* y, si es tan agudo como esto que tengo entre las manos, empezáramos a hablar. ¿Me entiendes?

– Sí, por supuesto que te entiendo.

– Muy bien, Carla me ha hablado maravillas de ti y dice que puedes hacerlo.

– Por supuesto que puedo. Lo haré lo mejor que...

Pero Timothy Pierpont era un hombre muy atareado y ya había colocado el teléfono, dando por terminada la conversación.

– ¿Has oído eso? – le dije a mi hermana.

– No he oído la conversación entera, pero me hago una idea y sé lo que significa.

– ¿Qué significa?

– Que me va a resultar imposible convencerte para que no sigas adelante con el ridículo plan de Cullen.

– Exacto – contesté.

De repente, todo estaba claro. La llamada del jefe de Carla me había dejado el cerebro lúcido. Ahora veía brillar la verdad con claridad y, honestamente, no sabía si me gustaba mucho lo que estaba viendo.

Había dejado el Derecho, dando un disgusto de muerte a mi madre, para hacer realidad mi sueño de Hollywood, había dado al traste con años de estudio y de adoctrinamiento familiar para hacer lo que el corazón me pedía, pero no era eso lo que estaba haciendo en aquellos momentos.

Durante los primeros años, me había arriesgado de verdad, pero últimamente me había vuelto cómoda, tanto en lo profesional como en lo personal, y aquello no podía ser.

Cullen era la respuesta perfecta a mi situación.

– Ésta podría ser la oportunidad de mi vida y no pienso dejarla escapar – le dije a Angie.

Mike se incorporó en cuanto oyó que se cerraba la puerta. Nada más sentir que el ritmo respiratorio de Mattie había cambiado, indicándole que se había despertado, había querido abrazarla, pero no lo había hecho porque algo en su forma de moverse le había indicado que era mejor que se quedara quieto.

Una vocecilla le había dicho que no era el momento de presionar y Mike le había hecho caso con la esperanza de que fuera la vocecilla del angelito y no la del diablillo, porque en aquellos momentos se estaba dejando llevar por la fe.

Así que había dejado que se fuera aunque estaba seguro casi al cien por cien de que Mattie se estaba arrepintiendo de lo que había sucedido. Si Mattie se dejaba arrastrar por aquel arrepentimiento y destruía cualquier posibilidad que hubiera de que la intensa atracción existente entre ellos llegara a algo más, tendría que aceptarlo.

Con un prolongado suspiro, acarició las sábanas en las que había dormido Mattie, acurrucada junto a él, abrazándolo de manera posesiva. Mike recordó cómo había intentando levantarse para beber agua, pero, al detectar su movimiento, Mattie, que estaba dormida, lo había agarrado con fuerza y Mike había decidido ignorar la sed y quedarse a su lado.

Tampoco era que hubieran dormido mucho porque se había pasado toda la noche haciendo el amor.

Desde que se habían besado por primera vez, Mike había sentido que jamás tendría la necesidad de dormir ni de comer. ¿Para qué si aquella mujer lo llenaba por completo y lo rejuvenecía? Aquella mujer lo incendiaba por dentro y lo hacía resurgir de sus cenizas jubiloso como el ave fénix.

Mike se puso en pie, se estiró y sonrió ante sus propios pensamientos literarios. No lo podía evitar. Incluso antes de tocarla ya sabía que entre Mattie Brown y él había algo especial.

No era solamente cómo le quedaban de bien los vaqueros ni cómo se le marcaban los pezones a través de la tela desgastada del bañador. No, era algo más, algo más profundo.

Si quería ponerse en plan cursi de nuevo, diría que sus almas habían conectado. Definitivamente, algo dentro de ellos había conectado porque Mike jamás se había sentido tan bien como haciendo el amor con ella.

Incluso ahora, que ya no estaba con él, recordaba la tersura de su piel y su satisfacción tras hacer el amor, cuando Mike la había tomado entre sus brazos y se había quedado mirándola hasta quedarse dormido.

El placer con el que se había entregado al sueño, había desaparecido sin embargo por la mañana. Mattie se había ido sin hacer ruido, sin decir nada, parecía como si se sintiera culpable y ahora Mike no tenía más remedio que enfrentarse a la verdad: aceptar que lo que había sucedido entre ellos la noche anterior había significado más para él que para ella.

No.

No, eso era imposible. Mike estaba seguro de que su encuentro había significado algo para Mattie. No sabía cómo lo sabía, pero lo sabía. Lo había visto en sus ojos. Había una conexión entre ellos. Una atracción. La necesidad.

Había algo en el interior de Mattie que le había hablado con más fuerza y certeza que sus acciones. Aquella noche habían empezado algo y aunque, a lo mejor, se había evaporado con la salida del sol, Mike sabía que estaba allí.

Lo único que tenía que hacer era encontrarlo de nuevo, algo que, desde luego, merecía la pena intentar.

Es muy triste tener que admitirse a una misma que se es una débil mental, pero fue exactamente lo que tuve que hacer el lunes por la mañana. No una vez sino varias. Y no eran más que las diez de la mañana. A ver lo que me deparaba el día.

Lo primero que hice propio de una débil mental fue irme de casa de Mike sin despedirme, sin decirle que nuestra noche juntos no se iba a volver a repetir o después de haber discutido con él incluso.

En cualquier caso, aquello ya no tenía solución, así que decidí dejarlo pasar. Fue entonces cuando llegó el segundo momento de débil mental, el que realmente me tenía irritada conmigo misma.

Allí estaba yo, completamente encantada con la idea de escribir aquel guión de televisión, aquel guión que el propio director del programa me había pedido, ¿y qué hago?

Absolutamente nada.

Por supuesto, lo había intentado, me había vestido, había salido corriendo de casa y había ido a casa de Cullen, pero ¿había llamado a la puerta y le había dicho «hola, bestia sexual, poséeme aquí mismo»?

No, no había hecho nada parecido, ni siquiera lo había invitado a tomar una copa aquella noche o un café por la tarde. Tampoco me había inventado que tenía el coche estropeado para ver si me llevaba a trabajar en su Harley.

¿Y por qué no lo había hecho? Porque soy una débil mental. A pesar de toda esa charla de que hay que hacer lo que uno quiere hacer de verdad y hay que arriesgarse para tener el trabajo que a uno realmente le gusta, en realidad soy una débil mental.

Tal vez por eso, nunca había tenido agallas para decirle a John que dejaba aquel trabajo, pero no estaba con ánimo para pensar en ello.

De repente, se me ocurrió que estaba en una situación maravillosa. Por una parte, tenía un sueldo alucinante asegurado y, por la otra, estaba en la antesala de los guionistas famosos.

Lo único que tenía que hacer era dar un paso adelante.

Eso era lo que quería, ¿no? Ante mí tenía lo que siempre había querido. Entonces, ¿por qué no me movía?

En un arrebato de determinación, saqué la guía telefónica, busqué el número de Cullen y descolgué el teléfono. En cuanto sonó el primer timbre, me llené de dudas. ¿Y si me contestaba la rubia despampanante?

Estaba a punto de colgar, cuando me contestó una voz grave y somnolienta.

— ¿Diga?

— ¿Cullen?

– Sí, ¿quién es?

Ya no tenía tanta voz de dormido. Tuve que hacer un gran esfuerzo para que no se me hiciera la boca agua al imaginarme aquel cuerpo desnudo bajo las sábanas.

Pero no era el cuerpo de Cullen sino el de Mike el que yo me imaginaba.

Maldita imaginación.

– ¿Hola? – me dijo Cullen un poco irritado.

Por fin, logré apartar la imagen de Mike de mi cabeza.

– Hola, soy Mattie, tu vecina, ya sabes.

– Ah, ¿qué tal?

– Muy bien... Verás... Te llamo porque...

– ¿Vas a estar en casa esta noche?

– ¿Cómo? – me sobresalté.

– Tengo una sesión de fotos y voy a llegar tarde, sobre las diez, y te preguntaba si vas a estar en casa.

– Ah – contesté incorporándome en la silla.

Aquello iba bien. Había tomado la iniciativa y estaba recogiendo mi recompensa. Parecía que, al fin y al cabo, no le iba a tener que pedir salir sino que me lo iba a pedir él a mí.

– Sí, voy a estar en casa – contesté.

Aquella noche, era la cena de chicas que Carla y yo habíamos organizado, pero la reunión empezaba a las siete, así que seguro que se habrían ido para las diez y, si no era así, seguro que entenderían que abandonara los juguetitos sensuales para irme con él de verdad.

– Estupendo. Entonces, me paso sobre las diez a recoger el correo.

Aquello hizo que me deshinchara por completo.

– El correo. Claro. Estupendo. Te espero a las diez.

– Genial – contestó Cullen –. ¿Para qué me llamabas?

– ¿Yo? Eh... bueno, te llamaba por lo de tu correo, claro. Se me está ocurriendo que podríamos salir a tomar algo y te llevo el correo.

– Tomar algo – recapacité mi vecino.

Sentía que me había ruborizado por completo. Las mejillas me quemaban tanto que estaba segura de que iba a saltar el sistema anti incendios.

– Sí, me han dicho que en el bar de la esquina hacen unos martinis de chocolate buenísimos y como llevamos tanto tiempo siendo vecinos...

– Lo siento mucho, nena, pero es estoy supero ocupado. Lo que podemos hacer es que, si algún día nos encontramos, podemos hacer algo sobre la marcha, ¿de acuerdo?

—Sí, claro de acuerdo —contesté.

Sentía algo extraño que me hervía en las venas. ¿Rechazo? ¿Fracaso? Jamás en mi vida había fracasado en nada que me hubiera propuesto y no me estaba sentando bien.

—Te entiendo perfectamente —me despedí con frialdad.

Por supuesto que lo entendía perfectamente. Yo no tenía aquellos pechos de silicona, aquellos abdominales fuertes y duros como una tabla de lavar y aquellos muslos perfectamente proporcionados que tenían sus amiguitas modelos.

Sin embargo, aquel tipo se iba a enterar. De alguna manera iba a conseguir salir con él y entonces le iba a demostrar lo bien que se lo podía pasar con una mujer más humana.

—¿Mattie? ¿Sigues ahí? —me preguntó en tono inocente.

Evidentemente, no se había dado cuenta de que yo me había enfadado y yo decidí aprovechar la oportunidad y disimular.

—Sí, aquí estoy —contesté con dulzura—. Entonces, nos vemos esta noche cuando vengas a por el correo.

—Gracias, eres un encanto. Hasta luego.

—Hasta luego —me despedí yo colgando el auricular—. Maldita sea.

—¿Mattie?

Al levantar la cabeza, me encontré con mi ayudante, Jenny.

—¿Qué? —le espeté.

—Eso mismo te iba a preguntar yo a ti.

—Me estaba preguntando qué me voy a poner esta noche —contesté con sinceridad.

Al fin y al cabo, Cullen iba a pasar por casa. Eso quería decir que tenía que aprovechar la oportunidad y recibirlo con algo más provocativo que unos vaqueros y una camiseta de algodón.

—¿Necesitas que te traiga algo? ¿Vino? ¿Refrescos?

Aparte de ser mi ayudante, Jenny era mi amiga y aquella noche estaba invitada a la fiesta de chicas. Acababa de cumplir veintiún años y es muy inocente. Claro que, ¿quién soy yo para juzgarla después de haber sacado un patético dieciocho por ciento? Además, me interesaba que hubiera alguien más en la fiesta con poca experiencia aparte de mí.

Le dije que tenía todo controlado y me lancé a buscar en Internet algo de ropa que pudiera ir a comprar a la hora de comer, algo completamente raro en mí porque normalmente tengo tanto trabajo pero que no tiempo de mirar Internet para nada que no sean correos electrónicos de negocios.

—¿Algo más? —le pregunté al ver que no se iba.

– Sí, he venido a decirte que el interfono no funciona y que tienes una llamada.

– Muy bien, pásamela – contesté –. A no ser que sea Amanda Baker.

– No, no es Amanda. Es un tal Mike. Le he dicho que estabas hablando por teléfono y que me dejara a mí el recado, pero ha insistido en esperar.

– ¿Mike?

Antes de que me diera tiempo a controlar mi reacción, sentí que el corazón me latía aceleradamente. Me dije que debía tranquilizarme e intenté controlar mis pensamientos para no imaginármelo desnudo de nuevo.

– Sí, Mike. ¿Le digo que estás?

– Sí, pásamelo – contesté.

– Por la dos.

No sabía qué hacer. ¿Por qué me llamaría? ¿Para volver a vernos o porque me hubiera ido de su casa aquella mañana sin decir nada?

– ¿Mike? – suspiré tras tomar aire –. Perdona por haberte hecho esperar.

– Ya empezaba a temer que no quisieras hablar conmigo.

Vaya, evidentemente le había dolido que me fuera de su casa sin decir nada.

– Perdona por haberme ido de tu casa sin despedirme esta mañana, pero estabas durmiendo y no quería...

– No pasa nada – me interrumpió.

– ¿De verdad?

– Sí, de verdad. Te entiendo perfectamente.

Lo dudaba sinceramente, pero no era el momento de ponerse a discutir, así que decidí cambiar de tema.

– ¿Qué tal estás? – le pregunté.

Jenny se había apoyado en la puerta y estaba escuchando, así que le hizo un gesto con la mano para que me dejara sola, lo que hizo que pusiera los ojos en blanco porque sabía perfectamente que dentro de diez minutos le iba a contar todo con pelos y señales mientras nos tomábamos un café.

De repente, me di cuenta de que Mike estaba hablando y de que yo no me estaba enterando de nada.

– Perdona, no te he oído.

– Te estaba preguntando si querías que comiéramos juntos – repitió.

– Ah – contesté sintiendo un escalofrío por la espalda.

Me dije que tenía que mantener la concentración en mi objetivo y mi objetivo era Cullen.

– Me encantaría, pero tengo otros planes – contesté sinceramente pensando en que tenía que ir de compras.

– Vaya, qué pena. ¿Y nos podríamos ver después del trabajo?

– Mike...

– Venga, Mattie, que la última vez que te vi estabas desnuda en mi cama. Seguro que tienes un ratito para tomarte algo conmigo. Lo de la ropa es opcional, claro.

Aquello me hizo reír. Aquel hombre tenía algo que me ponía de buen humor.

– ¿Eso es un «sí»? – insistió.

– Lo siento, pero no puedo. He quedado con unas amigas que van a venir a cenar a casa esta noche.

– Bueno, si esta noche no puedes, ¿qué tal otro día de esta semana?

– Eh...

– Me encantaría cenar contigo. ¿Qué te parece si viéramos otra película de *El hombre delgado*?

– Vaya, eso sí que me gustaría. Está bien, podríamos quedar el sábado – contesté a pesar de que sabía que debería haber dicho que no.

– Estupendo. Me apetece un montón – contestó Mike.

– A mí, también – contesté sinceramente, lo que me dejó aliviada y confusa.

Era cierto que me apetecía verlo.

Tras terminar la conversación con Mike, me quedé mirando la pantalla del ordenador. Era perfectamente consciente de que tenía que haber declinado educadamente su invitación, haberme pasado cualquier día por su casa y haberle dejado claro que entre nosotros no podía haber nada.

En lugar de hacer todo aquello, le había dado pie a seguir adelante.

Me mordí el labio inferior, molesta conmigo misma. Estuve a punto de descolgar el teléfono de nuevo, de llamarlo y de cancelarlo todo, pero no lo hice.

Capítulo 7

Ensalada de macarrones conforma de pene

Una lata de atún o pollo cortado en cuadraditos

Un par de cucharadas soperas de mahonesa

Una taza de apio picado

Ocho onzas de macarrones con forma de pene, hervidos y escurridos

Media taza de cebolla picada

Media taza de eneldo

Mezclar todos los ingredientes y dejar en el frigorífico durante una hora.

Llegué a casa alrededor de las seis y cuarto de la tarde, lo que era increíblemente pronto para mí un día laborable, con una bolsa en la mano y me encontré con algo que no me apetecía nada: mi hermana, con un precioso biquini, hablando con Mike junto a la piscina.

La saludé con la mano desde el pasillo de casa y Mike se giró y me miró encantado. Angie me saludó con la mano. No parecía sentirse culpable en absoluto, lo que, por otra parte, tenía toda la lógica del mundo porque no estaba haciendo nada de lo que sentirse culpable. Simplemente estaba hablando con Mike. El problema era mío, que me había puesto celosa.

En cuanto aquel pensamiento cruzó mi mente, me dije que no, que era imposible, que yo no estaba celosa en absoluto. Simplemente estaba...

Decidí que había llegado el momento de dejar de pensar y, como no quería quedarme mirándolos con cara de boba, me apresuré a entrar en casa.

Carla ya me estaba esperando, hirviendo el agua para hacer la pasta y poniendo la mesa. En cuanto me vio, se puso a decirme que su jefe estaba encantado conmigo y deseando leer mi guión y que ella se alegraba mucho de que las cosas me estuvieran saliendo, por fin, bien.

Aquello me hizo sentirme como si el guión ya estuviera escrito y el contrato estuviera firmado. Me quedé allí un segundo, disfrutando de la brillante vida que iba a tener y felicitándome a mí misma por haber elegido aquel camino aunque Cullen todavía no estuviera al tanto de mi plan.

También sentí una pequeña punzada de pena, pero me apresuré a apartarla. Pena por Mike, por supuesto, pero me apresuré a recordarme que tenía que concentrarme en el plan y ser diligente.

—¿Mattie?

Levanté la mirada, me giré hacia Carla y me di cuenta de que no la estaba escuchando.

– Perdona, estaba pensando en mis cosas.

– Bueno, pues piensa en la cena porque la gente va a empezar a llegar de un momento a otro.

– Sí, ahora vengo. Me voy a cambiar de ropa. Cullen se va a pasar un momento por casa y quiero estar radiante –le contesté mostrándole la bolsa con lo que me había comprado.

Aquello hizo que Carla se emocionara, pero yo me apresuré a explicarle que no tenía una cita con Cullen aunque iba a aprovechar la oportunidad de que pasara por mi casa para estar despampanante y, así, poner toda la carne en el asador para una futura cita.

Cuando volví unos minutos después, era consciente de que estaba guapísima. Me había puesto una camiseta con mucho escote y unos pantalones estilo Capri negros. Aunque no me gusta mucho mi pelo, porque es demasiado liso y demasiado castaño, me había puesto gel y había conseguido rizarmelo un poco, recogérmelo y dejarme de un par de mechones enmarcándome el rostro.

También me había puesto máscara en las pestañas, lápiz de ojos, pintalabios color coral y un toque de Obsession.

Lo cierto es que estaba realmente satisfecha.

Carla también parecía estarlo porque me recibió con un silbido de admiración y me sirvió un cóctel llamado Orgasmos Múltiples. Desde luego, la mejor manera de empezar una fiesta.

Mientras ella terminaba de preparar la ensalada de pasta, yo me tomé el cóctel y le conté todo lo que me había pasado. Se lo conté todo, desde el fracaso inicial con Cullen hasta mi decisión de pasar de Mike.

– Interesante – comentó.

– No quiero hablar de ello –le contesté—. Tu jefe quiere a Cullen, Cullen el Modelo es el elemento que me puede dar el éxito.

– Yo sólo he dicho que la situación me parecía interesante y no podrás negar que lo es.

Efectivamente, no podía negar que lo era. Aunque no habría sido interesante la palabra que yo hubiera elegido para describir lo que estaba viviendo. Bueno, tal vez, sí.

Para cuando llegaron las demás, yo ya me había tomado dos Orgasmos Múltiples y me encontraba mirando con fascinación la ensalada de macarrones con forma de pene que Carla había preparado.

Lo cierto era que la ensalada de macarrones con forma de pene era muy parecida a la ensalada de pasta normal y me pregunté si sabría igual. Por supuesto, después de haberme bebido dos cócteles, tampoco me importaba mucho.

Lo que sí me importaba en aquel momento era que la cabeza me estaba dando vueltas y tenía un agujero en el estómago, lo que quería decir que, obscena o no,

necesitaba comida, así que me metí un par de penes con atún y mayonesa en la boca y me sentí cómo Gloria Steinem.

La ensalada estaba buenísima.

Carla había pensado que si yo me sentía torpe con un preservativo, seguro que a otras chicas les ocurría lo mismo, así que había decidido que la fiesta se llamaría «Fiesta del pene» y, a juzgar por la cantidad de objetos con forma de pene que había por toda mi casa, se lo había tomado muy en serio.

Las servilletas y los platos de papel tenían penes dibujados, había dos velas con forma de pene que olían a canela sobre la mesa y, como si fuera confeti, unos cuantos preservativos aquí y allá.

Cuando Carla se propone algo, se lo toma muy en serio.

Las invitadas llegaron todas juntas y, tras ellas, entró mi hermana, con un pareo a la cintura y los pechos recogidos en un biquini minúsculo.

Por supuesto, me habría encantado preguntarle de qué había estado hablando con Mike, pero no tuve tiempo. La fiesta ya había empezado y me dije que tenía que olvidarme de Mike.

Éramos pocas, pero decididas. La primera en llegar había sido Jenny, lo que no me sorprendió porque era la única mujer que conozco que ha sacado menos puntuación que yo en el test de mujeres atrevidas. Al igual que yo, tenía la esperanza de salir de aquella fiesta con algunas buenas ideas.

Susan Lowell había sacado buena puntuación en el test, pero nunca se perdía una fiesta. Greg Martins había ido para darnos el punto de vista de un hombre en todo aquel asunto. Carla, por supuesto, tenía que estar allí y Angie... mi hermana, bueno... yo creo que todo aquello le hacía gracia.

El objeto de nuestros desvelos ocupaba un lugar de honor sobre la mesa, mostrándose al mundo en todo su esplendor fálico y rosado, esperando a que un grupo de mujeres neuróticas practicara con él el refinado arte de colocar preservativos.

—El vodka se ha terminado —dijo Greg desde la cocina—. ¿Qué te había dicho?

—Lo siento —contesté.

Era cierto que Greg me había dicho que comprara más, pero se me había olvidado. Tras haberse bebido cuatro cócteles, Jenny, que se tambaleaba un poco, sacó un preservativo de su envoltorio y miró al Conejito de la Suerte.

—No creo que pueda hacerlo sin tomarme otra copa.

—Estoy completamente de acuerdo —le contestó Susan sentándose en la butaca de cuero y cruzándose de piernas—. Si me tengo que poner a estas alturas a beber refrescos, me voy.

—A ver, chicas, no pasa nada —intervino Greg en tono paternal—. Ahora mismo voy a la tienda a comprar algo.

Yo asentí medio borracha.

Lo bueno de vivir cerca de una calle principal es que Greg podía bajar a la tienda a comprar alcohol y volver en tiempo récord.

–Tú, tú y tú, sentaos ahí –nos indicó señalando el sofá.

Nosotras obedecimos y nos sentamos sobre la alfombra. A continuación, se giró hacia Carla.

–Tú siéntate ahí –le indicó.

Carla se sentó con las piernas cruzadas apoyándose en la puerta, frente al semicírculo que formábamos Jenny, Susan y yo. A continuación, Greg le pasó a Carla el conejito y ella se lo colocó sobre los tobillos.

En aquel momento, me pareció una antigua diosa de la fertilidad. En cuanto Greg hubo salido por la puerta, Carla pasó a la acción.

–Muy bien, chicas, ¿quién va a ser la primera? –nos dijo.

–Son estas dos las que necesitan practicar –contestó Susan señalándonos—. Yo he venido solamente por los Orgasmos.

–Yo no puedo –contestó Jenny—. De verdad, no puedo. No se me da bien tocar... bueno, ya sabéis... esas cosas –añadió haciendo una mueca de tremendo disgusto, como si se tuviera que tomar un medicamento repulsivo.

En aquel momento, me sentí muy orgullosa de mi dieciocho por ciento. Obviamente, era mucho más que el seis que había sacado Jenny.

Carla se echó hacia delante y acarició el conejito.

–Jen, tienes que aprender a tocarlo. El sexo es un deporte de contacto.

–No, con la mano no –insistió Jenny terminándose el quinto cóctel—. En fin, he venido para esto, ¿no?... para aprender... sí, eso es... es que yo nunca... bueno... siempre se lo tiene que poner él..

Susan tomó el vibrador.

–Mira, no pasa nada. Yo te enseño –le dijo a Jenny.

A continuación, abrió el preservativo y lo colocó con la boca sobre el vibrador con una destreza que nos dejó a todas con la boca abierta.

–Yo no sé hacer eso –comentó Jenny con los ojos como platos.

–¿Y sabes anudar globos con la boca? –le pregunté.

–Yo sé hacer de todo con la boca –contestó Susan muy ufana.

–Yo no sé hacer eso –repitió Jenny—. ¿Y si no me sale? ¿Y si lo muerdo en sus partes?

Eso mismo había pensado yo.

–Yo sé ponerlo con los pies –intervino Carla.

–¿Con los pies? ¿Y para qué quieres saber ponerlos con los pies? –le pregunté.

–A algunos hombres les gusta que se lo pongas con los pies.

—¿Con los pies? Esto ya es lo último —gritó Jenny histérica—. No puedo, no puedo.

—A ver, Jenny, si yo puedo hacerlo con la boca y Carla puede hacerlo con los pies, seguro que tú puedes hacerlo con las manos —le dijo Susan pasándole el vibrador—. Inténtalo.

Jenny se colocó el Conejito de Suerte entre los pies, abrió un preservativo de color lima y lo colocó. Desde luego, no la iban a contratar como estrella del porno, pero lo había conseguido.

— ¡Lo he hecho! ¡Lo he conseguido! —exclamó mirándome.

Ahora, solamente quedaba en aquella habitación una incompetente que no sabía colocar condones.

Yo.

—Te toca —me dijo Carla.

Jenny me pasó el vibrador y yo lo agarré por la base y me lo coloqué entre los pies. Aquello no podía ser muy difícil, ¿no?

En aquellos momentos, seguro que había miles de chicos y chicas haciendo exactamente lo que yo iba a hacer, pero no con un vibrador, por supuesto.

Podía hacerlo perfectamente. Sin problema. Hacía cosas más difíciles todos los días. No en vano tenía la llave mágica de unas de las productoras más famosas de Hollywood, una cuenta bancaria bien saneada, desayunaba todos los días negociando cláusulas de famosos y, además, hacía una tarta de chocolate fantástica.

Por supuesto que iba a ser capaz de colocar un condón.

Siguiendo las indicaciones de Susan, agarré el conejito con una mano y con la otra intenté abrir el paquete del preservativo. No tuve suerte. Con ayuda de los dientes, lo conseguí por fin.

Estaba poniendo el preservativo sobre el prepucio del vibrador y me dije que aquello era pan comido cuando sin querer le di a un botón y aquello se puso en movimiento de repente.

Y no fue un movimiento suave y lento sino la quinta marcha, el turbo, máxima velocidad.

Sorprendida y asustada, lo solté y el artilugio cayó al suelo, donde siguió moviéndose. Carla, Susan, Jenny y yo nos quedamos mirando el aparato color rosa pastel, tocado con un preservativo a modo de sombrero que no dejaba de moverse sobre la alfombra. Aquello parecía una película entre pornográfica y terrorífica. Todas nosotras, excepto mi hermana, que nos miraba divertida y horrorizada, teníamos los ojos como platos.

En aquel momento, se abrió la puerta y entró Greg cargado con una caja de botellas.

—He comprado unas cuantas cosas —anunció—. Consideradlo mi contribución a la causa —añadió mirándome.

A continuación, me dijo en voz baja «tienes visita». En un primer momento, no lo comprendí, pero, en cuanto vi una camiseta blanca y un brazo bronceado detrás de mi amigo, sentí que el estómago se me caía al suelo.

Porras.

—La sesión de fotografía ha terminado antes de lo previsto —anunció Cullen a espaldas de Greg—, así que vengo a por mi correo.

Yo miré a mi alrededor. Mi casa estaba llena de penes por todas partes. No tenía tiempo de dudar, así que con un movimiento fluido me tiré en plancha sobre el vibrador justo en el momento en el que Cullen atravesaba el umbral de mi hogar.

Para que lo sepáis, es imposible mostrarse tranquila y sofisticada cuando se está tumbada sobre un vibrador en movimiento.

Imposible.

¡Aun así, lo intenté con todas mis fuerzas! De verdad. Incluso conseguí no sonrojarme de pies a cabeza cuando Cullen entró en mi casa, miró a su alrededor y sonrió.

Fue una sonrisa sensual y divertida.

Una mujer alta, delgada y ataviada con unos pantalones de talle abajo y una camiseta de escote, apareció detrás de él. Ella también miró a su alrededor, enarcó una ceja y, a continuación, me miró.

Debía de estar pensando que yo era una pringada.

Menos mal que Cullen no dijo nada. Decidí concentrarme en él, ignorando a la especie de diosa que lo acompañaba, así que me puse en pie con mucha dignidad, apagué el vibrador, me acerqué a mi mesa y le entregué su correo con una dulce sonrisa.

—Gracias —me contestó él.

Al agarrar el correo, nuestros dedos se tocaron y Cullen me miró a los ojos. Un guionista habría dicho en aquellos momentos que me había mirado con deseo, pero yo no dije nada.

—Gracias —repitió Cullen.

Yo me limité a asentir.

A continuación, Cullen se dirigió hacia la puerta, agarró a Barbie de la cintura y salió de mi casa... en el mismo instante en el que entraba Mike.

—Vaya, me gusta mucho la nueva decoración —comentó divertido fijándose en unas lucecitas en forma de pene y, luego, mirándome—. No tenía ni idea de que te gustara el estilo de decoración neofálico.

Lo había dicho completamente serio y aquello me hizo estallar en carcajadas. Aquel hombre realmente me hacía reír.

—En realidad, es más bien estilo pornográfico puro —bromeé yo.

Mike sonrió, pero no dijo nada. Dio un paso hacia mí y, luego, otro... hasta que estuvo tan cerca de mi nariz que percibía el aroma de su champú. A continuación, me puso una mano del hombro.

No había nada de posesividad en su gesto, pero, aun así, yo me sentí poseída, excitada y confundida.

– Lo del sábado sigue en pie, ¿verdad? – me preguntó.

Yo asentí.

Mike volvió a mirar a su alrededor, sonrió y se despidió de mis amigas. Yo me quedé mirándolo mientras lo veía salir por la puerta y, cuando se hubo ido, me sentí un poco triste, lo que me pareció completamente absurdo.

¿Qué razones tenía yo para estar triste si mi plan iba viento en popa y a toda vela? Con un poco de suerte, dentro de unos cuantos meses iba a estar completamente enfrascada en mi nueva carrera como guionista.

Por supuesto, para conseguir eso tenía que conseguir primero que Cullen me mirara como me miraba Mike. Bueno, eso no era del todo cierto porque Mike me miraba con una mezcla de ternura y deseo y con Cullen sólo necesitaba la parte del deseo.

Bueno, en realidad lo único que necesitaba de Cullen era sexo.

Ahora sólo me quedaba rezar para no haber estropeado mis posibilidades con él por haber aterrizado sobre un vibrador en movimiento.

Me llevó unos días recuperarme de aquella situación. Durante aquel tiempo, no quise salir de casa cuando existía la más mínima posibilidad de encontrarme con Cullen.

Aunque pueda parecer una locura, estaba tan avergonzada que no tenía valor para volver a verlo.

Él, por su parte, parecía tan contento como siempre. Cuando miraba por la ventana y lo veía, siempre lo veía del brazo de una mujer diferente y todas ellas siempre ataviadas con vaqueros más pequeños que los míos.

Entre esas mujeres se incluía mi hermana, a la que vi en compañía de Cullen en un par de ocasiones en la piscina. Si yo no hubiera estado tan preocupada por lo del fiasco del vibrador, incluso me habría preguntado qué se proponía mi hipercompetitiva hermana.

Yo lo único que esperaba era que no le hubiera dicho a Cullen que se alejara de mí porque lo único que estaba buscando en él era un juguete sexual.

Con Mike las cosas eran completamente diferentes. No me había visto tumbada sobre un vibrador en movimiento, pero había visto mi casa decorada con penes y le había parecido divertido. Con él no sentía ninguna vergüenza.

Llevaba varios días trabajando sin parar, pero siempre tenía un ratito para verlo. Me lo encontraba por las mañanas cuando iba hacia el coche o en el Starbucks

tomando un café antes de entrar a trabajar, momento que aprovechábamos para charlar un poco, lo que me hacía empezar el día con una gran sonrisa.

También solía encontrármelo recogiendo el correo por las noches. El miércoles por la noche incluso me invitó a tomar un brownie. Por lo visto, se había comprado uno en la panadería y sentía la necesidad de compartirlo con alguien.

Teniendo en cuenta que yo para compartir un brownie tengo que estar borracha, su pequeño acto de filantropía me llegó al corazón, así que terminamos tomándonos el brownie allí mismo.

Ahora intento recordar de qué hablamos y no me acuerdo, pero recuerdo que nos reímos mucho y que me lo pasé bien, que me sentí cómoda en su compañía.

Ahora, espero encontrarme con él todas las noches al recoger el correo y, de momento, así está siendo.

Por desgracia, Cullen no me hacía reír sino que me ponía nerviosa y, desde luego, no podía hablar con él como hablaba con Mike.

En cualquier caso, tenía que conseguir como fuera que mi vecino Cullen se fijara en mí porque de él dependía que yo me hiciera famosa trabajando en lo que me gustaba trabajar.

Llevaba ya un tiempo esforzándome para que se fijara en mí y no había conseguido nada. Me había comprado un montón de cosas y aquel hombre no parecía reparar en mí.

Para él, era la mujer invisible y aquello no me hacía ninguna gracia.

Una vocecilla me dijo que era absurdo, que no me tenía que importar lo que Cullen pensara de mí. A él le pagaban para ser perfecto, al igual que a sus amigos, pero ellos eran de mentira.

Yo era de verdad y, al final cabo, Mike me había visto en bañador y desnuda y no había salido corriendo por el tamaño de mis muslos.

Sí, todo aquello era verdad pero no me hacía sentirme mejor.

Cullen había sido el que había herido mi ego y eso quería decir que él y solamente él podía repararlo. No era sólo cuestión de mi ego sino que, si quería ser famosa, y lo quería de verdad, tenía que conseguir que Cullen se fijara en mí.

Para ello, tenía que idear un plan, un plan drástico.

Las braguitas de papel me pillaron completamente por sorpresa.

Allí estaba yo, en ropa interior esperando a que el doctor Roger Dodd entrara a examinarme y me dijera si me podía hacer una liposucción.

Por supuesto, no me la iba a hacer solamente para cazar a Cullen. No, lo cierto era que aquella posibilidad hacía tiempo que me rondaba la cabeza, pero el desdén de mi vecino me había obligado a tomar una decisión y esa decisión había sido ir a ver al cirujano plástico más famoso y caro de Beverly Hills.

La enfermera lo llamó para indicarle que yo ya estaba lista y el doctor, eficiente y delgado, entró, me miró, frunció el ceño y comenzó a anotar cosas en su cuadernillo.

Yo sentí que el estómago me daba un vuelco y me pregunté qué tipo de prueba acababa de suspender.

—Muy bien, así que está usted interesada en que le hagamos un trabajillo — comentó como si estuviera hablando de un coche.

—Eh, sí — contesté yo.

—¿Pecho? — me preguntó.

—No, muslos — contesté yo negando con la cabeza.

El doctor se fijó en mis piernas y comenzó a caminar en círculos a mi alrededor, golpeando con el bolígrafo sobre el cuadernillo mientras andaba. Yo, mientras, me sentía ridícula. Cuando creía que ya no iba a ser capaz de soportarlo más, se colocó delante de mí, me miró a los ojos y sonrió.

—Eres perfecta — me dijo.

—¿Perdón?

Yo era consciente de que no era perfecta ni mucho menos. Por eso, precisamente, había ido a su consulta. Si aquel médico no era capaz de verlo, no sé si era el médico indicado para llevar a cabo el proceso que me daría unas piernas nuevas.

—Eres la candidata perfecta para hacerte una liposucción.

—Ah — comenté sintiéndome mejor, pero confusa —. ¿Y eso?

A continuación, el doctor Dodd se puso a explicarme que yo tenía la grasa distribuida en las caderas y en los muslos y que eso era bueno porque había mujeres que tenían una capa de grasa por todo el cuerpo, lo que dificultaba tremendamente el proceso de liposucción.

En mi caso, iba a ser una intervención muy fácil que sólo iba a requerir de un par de incisiones, encender la máquina que sacaba la grasa y listo... ¡muslos nuevos!

Para cuando hubo terminado su explicación, tenía el estómago revuelto, pero el corazón dándome botes de alegría. Aunque no fuera una chica atrevida, tenía una grasa maravillosa.

Visiones de biquinis y pantalones cortos bailaban en mi cabeza, por no hablar de los hombres.

Hoy, Cullen Slater. Mañana, el mundo.

—¿Y ahora qué hago? — le pregunté.

Fantaseé con la posibilidad de tumbarme en una mesa de quirófano, tomarme una pastilla y despertarme convertida en una modelo de muslos perfectos. Cuando saliera de la consulta, me iría directamente de compras para cambiar mi armario por

completo porque habría adelgazado tanto que necesitaría ropa tres tallas más pequeña.

De repente, me interesaría por el baile, aprendería a bailar, me haría famosa y la gente hablaría de mí por lo sensual que sería.

El doctor Dodd, mi guía privado por Fantasyland, me sacó de mis pensamientos haciéndome pasar a su despacho y enseñándome diez álbumes de fotos con el antes y el después de las intervenciones.

A continuación, una enfermera que debía de haberse hecho todas las operaciones de estética habidas y por haber me explicó que el proceso no era infalible y me habló del inevitable coste.

Cuando me dijo el precio, estuve a punto de atragantarme.

—Por supuesto, el precio total incluye todas las consultas de postoperatorios, los medicamentos y la faja.

¿Faja? ¿Faja usaba mi abuela! ¿Me iban a cobrar aquella millonada por ponerme una faja?

—Sólo tendrás que llevarla durante un mes y medio — me explicó el médico al ver mi cara—. Es para ayudar a tu piel a que se acostumbre a tu nuevo cuerpo.

En otras palabras, se acabó cualquier posibilidad de irme a la cama con Cullen. ¿Cómo me iba a acostar con él si iba a parecer una momia? De repente, me encontré preguntándome si todo aquello merecía la pena.

Era cierto que nunca me habían invitado a la mansión de Playboy, pero la gente no se tapaba los ojos ni huía de mí cuando bajaba a la playa en bañador.

—¿De verdad cree que los resultados van a merecer la pena? — le pregunté.

Si iba a invertir todo el dinero que tenía ahorrado en aquello, quería que la gente corriera hacia mí en la playa, quería que a los hombres se les hiciera la boca agua al verme y que las mujeres se murieran de envidia.

Quería que Cullen Slater me deseara.

—Eres la candidata perfecta — me recordó el doctor mirando el reloj de reojo—. Bueno, entonces, ¿tienes tiempo de pasarte por aquí esta tarde para hacerte las pruebas de anestesia?

¡Qué diablos! ¿Qué tenía que perder aparte de todos mis ahorros y de mis células de grasa? Abrí la boca para contestar que sí.

—Estoy pensando que, ya que te vamos a operar, nos da igual hacerte también las orejas y no te las cobro — comentó el doctor.

¿Las orejas? ¿Qué les pasaba a mis orejas? Al instante, me sonrojé, sentí que se me formaba un nudo en la garganta y que unas cuantas lágrimas pugnaban por salir de mis ojos, así que bajé la vista hacia la alfombra hasta que conseguí recuperar la compostura.

Cuando me encontré bien de nuevo, casi, murmuré algo que no me comprometía en absoluto y recé para que aquel médico no se diera cuenta de que me acababa de machacar la autoestima. Las orejas.

¿Quién iba a pensar que me iba a ver reducida a un manojito de inseguridades por mis orejas? Por los muslos, desde luego. Por los pechos, bueno, también. ¿Pero por las orejas?

De repente, pasaron ante mis ojos un montón de imágenes de mi vida. Ya no era una adolescente de muslos regordetes sino una chica con orejas de Dumbo.

Aquello no me gustó en absoluto y la verdad es que me hizo plantearme si merecía la pena vaciar mi cuenta bancaria a cambio de deshacerme de mis células de grasa.

Lo cierto era que a mí me gustaban mis orejas. El que estaba empezando a no gustarme nada era el doctor Dodd.

¿Sabéis qué? Incluso me gustaban mis muslos porque, al fin y al cabo, la grasa que había dentro estaba perfectamente distribuida.

No hay nada que una buena cura de ir de compras no pueda sanar, así que obligué a Carla a acompañarme al centro comercial después del trabajo.

—¿Tú crees que estos zapatos me hacen las piernas más delgadas? —le pregunté eligiendo unos preciosos zapatos azul turquesa.

—No, no creo —contestó—. Tampoco creo que te ayuden a tener las orejas más pequeñas, pero te van bien con el pelo —sonrió.

Tenían los muslos rellenitos y las orejas un poco salidas, pero tenía un pelo maravilloso, un pelo que en aquellos momentos cumplía la necesaria tarea de ocultar mis orejas.

Según todas las encuestas, los hombres las prefieren rubias, ¿no? Pues muy bien, ahora yo era rubia. Tras la terrible consulta con el doctor Dodd, había llamado a la oficina para decir que no me encontraba bien y me había ido directamente a Frederic Frekkai.

Me había costado una fortuna la sesión de peluquería, pero había merecido la pena. Tras gastarme el producto nacional bruto de un país en vías de desarrollo, ahora lucía una preciosa melena con un ligero moldeado y unos cuantos reflejos. Estaba fabulosa.

Y mi intención era estar todavía mejor. Ésa era precisamente la razón por la que mi amiga y yo estábamos recorriendo todo el centro comercial en busca de ropa especial.

Según la revista Cosmo, la ropa de la temporada de primavera de aquel año era la más sexy del mundo, así que ¿qué importaba que no estuviéramos de rebajas?

Con un par de zapatos de Manolo Blahnik y el perfecto vestidito negro, podía reinventarme por completo.

Dos horas, tres alas del centro comercial y dos cafés después, las tiendas estaban cerrando y nuestra sesión de compras estaba tocando a su fin.

Lo único que me quedaba por decidir en aquellos momentos era si prefería los pantalones plateados, que eran increíbles pero nada prácticos o el traje de Chanel.

Por supuesto, al final, me quedé con las dos cosas.

Al diablo, me salía más barato que la liposucción.

Los daños

Pantalones pitillo de Liz Claiborne y chaqueta a juego

Increíbles pantalones plateados

Botas negras por el tobillo

Blusa de Chanel con chaqueta y falda a juego

Cinturón dorado de Chanel divino

Falda negra para morir

Vestido de Moschino

Cazadora vaquera

Sandalias de lentejuelas

Zapatos turquesas

Zapatos de Manolo Blahnik

Tres paquetes de camisetas blancas

Kit básico de Clinique

Polvos blancos de Estée Lauder

Máscara de ojos de Estée Lauder

Pintalabios de Lancome

Bolso de noche de tela de cebra de Fendi

Bolso de cuero de Kenneth sCole

¿Veredicto? Tal vez, me habría gastado menos en la liposucción.

Capítulo 8

Aunque mi urbanización no es exactamente *Melrose Place*, de vez en cuando, también tiene su dosis de drama.

Por ejemplo, el sábado por la mañana me desperté ante los gritos procedentes de la casa de al lado. Dado que es la casa de Cullen, pegué la oreja a la pared para ver qué estaba ocurriendo.

Lo único que oí fueron muchos gritos femeninos seguidos por la voz de Cullen, más pausada, pero no conseguí escuchar qué estaban diciendo exactamente.

En cualquier caso, era mucho más interesante que la serie de televisión que estaba viendo. Al cabo de un rato, oí que la puerta de casa de Cullen se cerraba de un portazo, el repiquetear de unos tacones en el pasillo y, a continuación, nada. Silencio. Me puse la bata y me fui a la cocina a preparar café y a despertar a mi hermana.

Suponiendo que la discusión de Cullen y su novia de turno no la hubiera despertado ya. Pero Angie no estaba por ninguna parte, así que supuse que se habría hartado de estar en mi casa y se habría ido al hotel Four Seasons.

Entonces, recordé que tampoco la había visto la noche anterior, pero tampoco le di importancia porque mi hermana es una mujer hecha y derecha.

Estuve a punto de llamar a Carla para contarle lo que estaba pasando en la casa de lado, pero entonces recordé que Mitch y ella se habían ido a Ojai aquella misma mañana porque tenía contratada una semana entera en un balneario.

Ahora comprendéis porque me da tanta envidia la vida de mi amiga, ¿no?

Estuve un rato paseando por casa, leyendo el periódico, tomándome un café, intentando convencerme de que tenía que ir a trabajar porque tenía un montón de papeleo acumulado, pero la idea no me entusiasmaba en absoluto.

Tampoco me entusiasmaba en absoluto el plan de Cullen, pero tenía que concentrarme en él, dilucidar cómo iba a hacer que aquel hombre se fijara en mí. Obviamente, me iba a poner uno de los modelitos que me había comprado el día anterior, pero ¿y qué más? ¿Debía fingir que nos encontrábamos por casualidad?

No tenía ni idea de cómo actuar, pero no debía olvidar que tenía una cita con Mike aquella noche y, aunque era una cita de amigos, quería estar radiante, relajada, bañada e hidratada.

Carla estaba en un balneario, pero eso no quería decir que yo no pudiera mimarme y cuidarme en casa y eso era exactamente lo que iba a hacer.

Así que me puse en marcha, me dirigí al baño con la idea de buscar aquella mascarilla de barro que me compré en aquella adorable tienda que descubrí en Santa Bárbara. Sin embargo, no me dio tiempo porque en aquel momento alguien llamó a la puerta.

Al abrir, y para mi sorpresa, me encontré con Cullen.

–Hola – me saludó –. ¿Qué hay de nuevo?

— Nada — contesté yo —. Bueno, Cullen, ¿qué quieres?

Sí, ya sé que no era lo mejor si quería seducir a aquel hombre, pero me acababa de despertar.

— Nada, lo siento.

— He oído un portazo en tu casa hace un rato — comenté —. ¿Has discutido con su novia?

— Algo así.

— Bueno, luego nos vemos — me despedí.

Una no se puede poner a hacerse la sofisticada en pijama y con aliento de dragón. Sin embargo, no parecía que Cullen se quisiera ir.

— ¿Qué planes tienes para esta noche? — me preguntó.

— ¿Esta noche? — me sorprendí.

— Sí, podríamos ir a tomar algo.

— ¿Me estás invitando a salir?

— Podríamos ir a tomarnos una copa aquí al lado, sin mayores pretensiones — contestó encogiéndose de hombros.

Me habría gustado preguntarle por qué me invitaba a salir un sábado por la noche. ¿Querría decir eso que no tenía nada mejor que hacer? Lo cierto era que no me gusta ser segundo plato de nadie, pero mantuve la boca cerrada y me dije que aquella era la oportunidad que había estado esperando.

Iba a tener que cancelar mi cita con Mike, pero aquella cita no era una cita de verdad y la cita con Cullen era muy importante, así que, a pesar de mi curiosidad y de que tenía otros planes, asentí y accedí.

— La música es buenísima, ¿verdad? — dijo Cullen inclinándose sobre mí y gritando para hacerse oír porque había un grupo tocando tan fuerte que en aquel local no había otra manera de entenderse.

Yo asentí, deseando tener un mando a distancia para poder bajar el volumen, e intenté sonreír fingiendo que me lo estaba pasando bien.

On the Boulevard es un local que está muy de moda y que está justamente al lado de nuestra urbanización. Yo no había estado nunca antes y ahora sé por qué. Prefiero el local tranquilo y relajado de tapas que hay enfrente.

Lo cierto era que a mí nunca me han gustado los locales atestados de gente y con mucho ruido. Sin embargo, por lo visto, a Cullen aquello le debía de parecer el paraíso.

Supuse que yo debía de ser la rarita, pero no me importó porque lo cierto era que lo que no quería era quedarme sorda.

—¿Te parece que nos sentemos a una mesa? Creo que hay unas cuantas libres en la parte de atrás —le propuse pensando que las mesas estarían alejadas de los altavoces.

Durante un momento, creía que iba a decir que no, pero asintió.

—Sí, lo que tú quieras —contestó haciéndole una señal al camarero.

A continuación, me tomó de la mano y se dirigió hacia la parte de atrás del bar. Tardamos un rato en llegar porque tuvo que hablar con todas las chicas guapas del local y saludar a un par de chicos.

Obviamente, aquella noche había conseguido salir con el capitán del equipo de fútbol y una parte de mí estaba que se derretía porque me sentía como la reina del baile.

Por fin, conseguimos llegar a la parte de atrás, encontramos una mesa y yo intenté entablar conversación, pero aquello no iba bien.

Yo hablaba y él gruñía, yo le preguntaba por cosas de la vida cotidiana y él se dedicaba a pasear la vista por el local.

Cuando mencioné a nuestro casero, pronunció una frase entera a modo de contestación. Me dije que, por fin, había encontrado un tema de conversación común, pero me había equivocado porque Cullen volvió a mirar a su alrededor y a los gruñidos distraídos.

Maldición.

Entonces, recordé lo que todos los manuales recomendaban: hablar de él. A la gente le encanta hablar de sí misma.

Así que intenté eso. Le pregunté por su carrera de modelo, de dónde era y qué quería hacer con su vida. Efectivamente, había dado en el blanco y, aunque no puedo decir que la conversación me interesara mucho, por lo menos había conseguido entablarla.

Aquel hombre era realmente guapo y ahora que estábamos hablando me dije que también era simpático.

Más que guapo, era espectacular, tal y como demostraba que todas las mujeres que pasaban a nuestro lado se quedaron mirándolo. Cuando me miraban a mí, se debían de preguntar qué demonios hacía yo con un pedazo de hombre como aquél.

Buena pregunta.

Se suponía que estaba allí con él para seducirlo o para dejar que me sedujera, pero ¿lo estaba haciendo? No, me estaba tomando un vodka con tónica, charlando sobre sus anécdotas como modelo y recriminándome no ser tan guapas como las mujeres que se paseaban a su alrededor.

Evidentemente, yo no estaba hecha para aquello.

¡Pero debía intentarlo! ¡Mi carrera como guionista dependía de aquel hombre! Así que le acaricié la mano. Cullen me miró. No fue una mirada de deseo ni de interés, pero me había mirado.

– Eh, gracias – le dije.

– ¿Por qué? – me preguntó él.

– Por traerme aquí – contesté –. Este sitio está genial.

– ¿Genial? – dijo enarcando una ceja –. Creía que no te estaba gustando en absoluto.

Vaya, por lo visto no soy tan buena actriz como yo creía.

– No, lo que pasa es que no estoy acostumbrada a estar sentada si hay música – mentí.

– Entonces, vamos a bailar – me contestó poniéndose en pie.

Por supuesto, no tuve más remedio que aceptar su mano y seguirlo a la pista de baile. Una vez allí, Cullen me tomó entre sus brazos, me apretó contra su cuerpo y me sonrió.

En aquel instante, vi en sus ojos que mi plan estaba saliendo bien o que podía salir bien, pero había una pregunta a la que yo no sabía cómo contestar.

Así que la ignoré, me dejé llevar por la música y por el baile. Cullen no bailaba mal y pronto nuestros cuerpos estuvieron unidos al mismo ritmo.

Yo esperaba ponerme pronto muy caliente, dejarme llevar por la necesidad sensual y entregarme al placer, pero no sucedió nada de eso.

Era cierto que quería que me tocaran, sí, pero no Cullen. De repente, deseé estar sola en mi casa con el Conejito de la Suerte.

Aquel pensamiento me sorprendió sobremanera. Me había dejado el vodka en la mesa y pensé que darle un buen trago me habría venido bien en aquellos momentos para desinhibirme.

Me moría por desinhibirme, me moría por sentir deseo, quería desear a aquel hombre, así que me apreté contra él diciéndome que, tarde o temprano, lo conseguiría.

Primero tenía que dejarle claro a Cullen que quería algo con él y, en cuanto él hubiera captado la idea y se hubiera puesto a seducirme, ya me calentaría yo.

Cullen me tomó de la cintura y me apretó contra su cuerpo un poco más. Al instante, sentí una oleada de victoria y, aunque hice todo lo que pude para convertirla en una oleada de necesidad sensual, no lo conseguí.

Me dije que daba igual, que Cullen estaba tan bueno que, en cuanto estuviera en la cama con él, todo iría bien. Debía de estar más nerviosa de lo que creía.

Apreté mis caderas contra las suyas, cerré los ojos y me dejé llevar por la música, dejé que vibrara a través de mí. Sí, aquello era lo que yo quería, quería sentirme excitada, quería perderme en el momento.

Me estaba esforzando tanto que, por fin, conseguí que mi cuerpo cooperara. Sentí que mis piernas se calentaban y que se me endurecían los pezones. Tenía la entrepierna y las braguitas húmedas.

Había una imagen en mi mente, una imagen nebulosa, una imagen que cuando conseguí ver con claridad me hizo ahogar un grito de sorpresa.

Mike.

El hombre de mis fantasías, el hombre que realmente me excitada era Mike Peterson.

Madre mía, ¿qué había hecho?

— ¿Mattie?

Mire a Cullen, que no estaba ni ofendido ni divertido, sólo curioso. Yo, por supuesto, estaba mortificada.

— Has dejado de bailar de repente — me aclaró.

— Ah — contesté yo —. Estoy un poco cansada. Voy a por agua. Ahora vuelvo.

— ¿Quieres que te acompañe?

Negué con la cabeza y me alejé. No quería que me acompañara y, a juzgar por cómo siguió bailando tan contento, él tampoco parecía muy interesado en hacerlo.

Una vez en la barra, le pedí al camarero un vaso de agua con hielo y, mientras me lo tomaba, me giré hacia la pista de baile y busqué a mi acompañante, pero Cullen no estaba por ninguna parte.

De repente, lo vi bailando con una rubia de larguísimas piernas. En ese momento, apareció una pelirroja por detrás. Cullen la tomó de la cintura y la besó en la mejilla. Era obvio que se conocían, lo que no me sorprendió porque la chica parecía ser modelo. Mientras que a Cullen y a mí nos había costado mucho hablar de algo, la pelirroja y él parecían tener un montón de cosas que decirse.

Suspiré con la certeza de que me iban a asaltar los celos de un momento a otro, pero no fue así. Entonces, paseé mi vista por el local y, de repente, sí que me sentí celosa porque vi a mi hermana hablando con el hombre que últimamente hacía que se me acelerara el pulso y que me sudaran las manos.

Mike.

Me sentía avergonzada porque le había dicho que tenía que trabajar y que no podía salir con él. En teoría, era verdad porque Cullen formaba parte de un plan de trabajo, pero no le podía explicar aquello a Mike.

Me dije que no importaba, que Mike y yo solamente éramos amigos y que seguro que no le importaba mi plan con Cullen.

Estaba yo pensando en aquello cuando el hombre en cuestión se giró hacia mí y me miró a los ojos. Al instante, sentí que el corazón me daba un vuelco y me apresuré a decirme que no tenía importancia porque, al final cabo, yo no quería nada con aquel hombre.

Lo cierto era que tampoco quería nada con Cullen, pero, por lo menos, acostarme con él me serviría para dos cosas: elevar mi porcentaje de atrevimiento y darle un empujón a mi carrera profesional.

Mi cerebro tenía todo aquello muy claro, pero por desgracia mi libido no parecía estar enterada y, cuando Mike se alejó de Angie para venir hacia mí, noté que me temblaban las piernas.

–Hola – me saludó.

–Hola –le contesté yo.

Mike se giró hacia el camarero y le encargó una cerveza y «lo que quiera la señorita». Como la señorita no fue capaz de verbalizar lo que realmente quería, es decir, «tumbate en el suelo, que te voy a violar», pidió un vodka con tónica.

El camarero se fue a preparar nuestras bebidas y Mike me prestó toda su atención.

–Has estado muy bien en la pista de baile.

–Oh – contesté –. ¿Me has visto?

–Sí, te he visto.

–Mike, lo siento. Yo...

–No te preocupes – me interrumpió –. Podemos salir a cenar cualquier otra noche. Mientras tanto, sin embargo, me gustaría hacerte una pregunta.

–Claro. Dispara.

–¿Estás saliendo con él?

–¿Por qué lo quieres saber?

–Creo que, después de lo que pasó entre nosotros la otra noche, tengo derecho a saberlo. En cualquier caso, ese tío está muy fuerte y no quiero que me parta la cara.

–No, tranquilo, no estoy saliendo con él.

–Me alegro.

Yo no contesté. Nos acabábamos de meter en territorio peligroso, pero, al mismo tiempo, su respuesta me había gustado.

–¿Y tú has venido con Angie? –le pregunté sintiendo que los celos se apoderaban de mí.

–Sí.

–Ah – exclamé nerviosa.

«No voy a preguntar, no voy a preguntar», me dije.

–¿Tenéis una cita?

Mike me miró de reojo y durante un momento tuve la impresión de que iba a contestar que sí, pero, a continuación, sonrió.

–No – contestó.

Me dije que la felicidad que aquella simple contestación me había provocado se debía a que mi hermana no tenía por qué venir a ligar a mi urbanización cuando tenía suficientes hombres en su barrio.

¡Eso no se lo creía nadie!

— ¿Y cómo es que has terminado aquí esta noche? — le pregunté.

— Estaba lavando la ropa cuando ha aparecido tu hermana y me ha dicho que no sabía dónde estabas, que estaba sola y que quería venir aquí a tomar una copa y, como yo también estaba solo...

— En otras palabras, es una cita — reí yo.

— No, no es una cita — repitió Mike con firmeza.

Tragué saliva ante su convicción y Mike me agarró de la mano.

— Vamos a bailar.

— No estoy segura de si...

Me interrumpí porque lo cierto era que me apetecía bailar. Mientras estuviéramos bailando, no hablaríamos. A diferencia de hablar con Cullen, hablar con Mike era una experiencia de lo más peliaguda.

Mike llevó a Mattie hasta la pista de baile moviéndose con fluidez entre la gente. Mattie lo había seguido sin protestar y Mike se dijo que tenía que conseguir que se quedara con él sin protestar. Tenía muy claro cómo conseguir acallar sus posibles protestas.

La pista de baile estaba rodeada por enormes altavoces. La música estaba a toda potencia, pero Mike sólo oía la voz de sus propios pensamientos gritándole que tomara a Mattie entre sus brazos, la besara y le acariciara el cuerpo entero empezando por sus pechos.

Mike se dijo que no podía ser, que lo único que podía hacer en aquellos momentos con ella era bailar, que el tiempo de la seducción llegaría más tarde. Si Dios, y Mattie, querían.

La música que él apenas oía debía de ser famosa porque la pista de baile estaba hasta arriba de gente, lo que, por otra parte, estaba muy bien porque, así, Mattie tuvo que apretarse contra él.

Lo estaba observando, pero intentaba disimular. Sabiéndose observado, Mike intentó bailar lo mejor que pudo. Por el rabillo del ojo, vio a Angie y sonrió.

No sabía exactamente qué se traía aquella mujer entre manos, pero había acorralado a Cullen y estaba bailando con él de manera sensual. Pensó en imitar sus movimientos con Mattie, pero la simple idea hizo que su anatomía se endureciera.

Maldición.

Era consciente de que le debía a Angie el poder estar en aquellos momentos con Mattie, así que le volvió a sonreír y ella asintió. No fue un gesto evidente para los demás, sino algo solamente entre ellos dos.

Sí, la hermana de Mattie se había convertido en una amiga maravillosa. Más importante, se había convertido en su arma secreta porque le había revelado los secretos del universo.

Bueno, de su universo, que, últimamente, era igual que decir Mattie. Lo que más le había gustado de todo lo que le había contado Angie era haberse enterado de que realmente el interés de Mattie por Cullen era puro espectáculo.

Lo que Mike no tenía muy claro era por qué Angie quería involucrarse en toda aquella situación. No sabía si era porque quería emparejarlo con su hermana o porque tenían un plan secreto para ella misma, pero, en cualquier caso, a Mike le daba igual.

Él estaba encantado de saber que la fascinación que Mattie sentía por su vecino el modelo se debía única y exclusivamente al deseo de escribir guiones para televisión y al resultado de un test de Internet.

Hasta ahí todo le parecía bien, aunque también un poco raro la verdad, pero lo que lo había llamado poderosamente la atención había sido la sugerencia de Angie de que la fascinación que Mattie sentía por Cullen se debía a su actitud de chico malo.

Angie le había explicado que él, sin embargo, era un buen tipo. Un buen tipo. Un tipo que ayudaba, esa clase de hombres que te devuelven el vaso de la margarita y te montan los muebles, no el tipo de chico que te hace el amor hasta dejarte sin palabras en el asiento de atrás de un Thunderbird.

En resumen, Mike había comprendido que se parecía demasiado a Dex, su ex novio, como para que Mattie lo tomara en serio.

Aquellas palabras lo habían llenado de zozobra y no había sabido qué contestar, pero desde que había hablado con Angie había tenido tiempo para asimilarlo y ahora estaba dispuesto a demostrarle a Mattie que, aunque era cierto que era un poco pringado, no se parecía a Dex en absoluto porque él poseía un repertorio entero de cómo hacer las delicias de una mujer en la cama y sabía por lo menos diez o doce maneras de dar placer a una mujer. En el asiento de atrás de un Thunderbird o en cualquier sitio.

De repente, había cambiado de opinión sobre la música en directo y bailar. Mientras bailaba con Mike, la música no se le antojaba insoportable sino una sucesión de acordes que le llevaban y, además, Mike bailaba muy bien.

Tampoco era que pudiera ver bien sus movimientos porque estábamos en una esquina, junto a unos grandes pedestales de madera sobre los que había gente bailando. Menos mal que no nos habíamos subido a ellos sino que estábamos bailando al lado, lo que no nos dejaba mucho espacio personal.

A mí, la verdad, no me importaba en absoluto.

Aquella esquina estaba oscura y, aunque la música era rápida, Mike me tomó entre sus brazos y nos pusimos a bailar en plan lento. Yo no protesté. Era lo que quería y estaba encantada de poder culpar a la música y al vodka.

De repente, Mike apretó sus caderas contra las mías y sentí la demanda de su erección. A duras penas, ahogué una exclamación porque había sentido como si el mundo se hubiera evaporado bajo mis pies, arrasado por una oleada de deseo.

Ese deseo se había apoderado de mí y quería mucho más, mucho más que un simple baile. No tenía ni idea de cómo Mike había conseguido excitarme tan rápido. Un simple roce de su cuerpo y el ritmo de la música y yo ya estaba completamente húmeda, con las braguitas empapadas y los pezones en punta.

Y, repito, todo eso con un simple roce de nuestros cuerpos, algo que podía haber sucedido por accidente.

«Oh, Dios mío, espero que no haya sido un accidente», supliqué.

Me moría por que aquel hombre me deseara. Mis hormonas están revolucionadas y, aunque el sentido común me decía que volviera corriendo junto a Cullen, mi cuerpo me gritaba que estaría loca si me fuera.

Decidí escuchar a mi cuerpo. Después de todo, con ayuda de Mike, seguro que conseguiría mejorar el resultado en Internet.

Estar con la entrepierna empapada en una pista de baile seguro que tenían que valer, por lo menos, cinco puntos.

Seguro que era capaz de sacar más.

Con aquello en mente, me apreté contra Mike moviéndome al ritmo de la música y restregándome contra él. Lo miré a los ojos y vi que me observaba con deseo. Entonces, supe que el roce de nuestros cuerpos no había sido accidental.

Aquel hombre tenía un plan y yo me moría por conocerlo.

Por suerte, no tuve que esperar mucho. Mike deslizó sus manos por mi espalda, las metió por debajo de la camisa que llevaba y me acarició, causándome un escalofrío por todo el cuerpo.

A continuación, apretó su cuerpo de manera que su cremallera y la mía quedaron juntas, yo sentía el bulto duro de su erección, lo que hacía que me temblaran las piernas.

A partir de ahí, comenzamos a movernos al ritmo de nuestro propio deseo. Mike tomó el control de la situación y nos condujo detrás del pedestal, oficialmente fuera de la pista de baile y lejos de las luces de colores que bañaban los cuerpos mientras bailaban.

Mi cuerpo ya estaba completamente en llamas por su proximidad, pero, cuando me tocó por encima de los vaqueros, creí que me tiraba al suelo. Estaba completamente excitada, húmeda y pegajosa y me apreté contra él como una salvaje, agradeciendo la oscuridad, jadeando levemente mientras me corría entre sus brazos.

Fui recuperando la cordura poco a poco y, cuando la he recuperado por completo, supe que debería sentirme mortificada, pero no era así.

Quería más, mucho más y, cuando miré a Mike a los ojos, vi que me había comprendido perfectamente.

– Ven conmigo – me dijo.

Yo no dudé ni un instante, entrelacé mis dedos con los suyos y lo seguí por el oscuro pasillo hasta el cuarto de baño de mujeres.

– Mike, ¿no irás a...?

Mike, que se había parado ante la puerta del servicio de señoras, abrió la puerta y me empujó dentro. Al encender la luz y vimos que la estancia era pequeña, pero estaba limpia.

Vagamente, pensé en las mujeres que tuvieran necesidad de pasar y no pudieran, pero mi preocupación se desvaneció rápidamente cuando Mike cerró la puerta con llave, se giró hacia mí y me miró muy serio.

«Lo siento mucho por las demás», pensé yo en aquel momento.

Si alguien tenía una urgencia, que fuera corriendo al baño de señoras que había en la puerta principal.

Mike abrió los brazos sin decir nada y yo me perdí entre ellos, besándolo y explorando su cuerpo con las manos, deslizando mis dedos bajo su ropa hasta que estuve tan caliente que creía que iba a explotar, a morirme o a derretirme.

Mike me colocó una de sus manos sobre la bragueta del pantalón y yo creí que me iba a volver loca.

– Mike – murmuré con voz trémula.

Mike no dudó, me levantó y me sentó sobre el lavabo y, en un abrir y cerrar de ojos, estaba desnuda de cintura para abajo.

De repente, Mike desapareció deslizándose por mi cuerpo aunque todavía veía sus manos sobre mis muslos.

Me agarré a sus hombros, pero me tembló todo el cuerpo cuando su lengua encontró mi clítoris, haciéndome alcanzar el cielo. Tras bajar de nuevo a la tierra, me aferré a sus hombros con la necesidad de verlo, de besarlo.

Mike se puso en pie lentamente, mirándome intensamente a los ojos con los labios mojados. Pensé en el lugar el que acababan de estar aquellos labios mientras lo veía hablar. El cuerpo todavía me temblaba al recordar sus íntimos besos. Estaba pronunciando palabras, pero yo estaba tan perdida en el momento que no era capaz de traducir.

– ¿Mattie?

Por fin, al oír mi nombre, salí del mundo de las sensaciones.

– ¿Me has oído?

– No – admití tan contenta.

– Te he preguntado si quieres que volvamos a la pista de baile o si prefieres que nos vayamos a mi casa – me dijo Mike acariciándome entre las piernas –. Si quieres, también nos podemos quedar aquí – añadió con voz profunda mientras se llevaba una mano a la bragueta del pantalón.

Inmediatamente, lo ayudé y separé las piernas.

— Esa opción es la que más me gusta.

Desgraciadamente para nosotros, alguien eligió aquel momento para llamar a la puerta. Miré a Mike y Mike me miró a mí y los dos empezamos a reírnos tapándonos la boca para que no nos oyeran.

— ¡Un momento! — grité mientras Mike me ayudaba a vestirme.

Abrazados y muertos de risa salimos del baño ante la atenta mirada de una rubia algo borracha que estaba esperando para entrar.

— Todo tuyo — le dije.

— ¿Él, también?

— No, él no — contesté —. A mí eso de compartir no se me da bien.

Dicho aquello, salimos por la puerta de atrás agarrados de la mano y fuimos corriendo hasta casa. Nos comportamos como adolescentes, persiguiéndonos, besándonos bajo los árboles y saludando a los coches que pasaban.

Cuando llegamos a la urbanización, nos dirigimos a la lavandería para beber agua. Yo me tomé un litro de golpe y, mientras tomaba aire, sonreí a Mike.

Sin embargo, al ver que me miraba con deseo y que me indicaba que me sentara sobre la lavadora, yo también me puse seria.

— Esto es mejor que el lavabo — comentó Mike —. Se mueve.

A continuación, se sacó una moneda del bolsillo y puso la máquina en marcha.

— Es mejor que esas camas que vibran de los moteles baratos, ¿eh? — me dijo enarcando una ceja.

— Estás loco — contesté encantada.

Lo cierto era que también estaba sorprendida. ¿Quién me iba a mí a decir que el pringado de mi vecino iba a ser el hombre que me ayudaría a subir el resultado del test? ¡Y en una sola noche!

— Sí, estoy loco — dijo Mike —. ¿Eso es bueno o malo?

— Ven aquí — contesté yo —. Ya te lo digo luego.

No tuve que repetírselo. Mike vino hacia mí, lo tomé entre mis brazos y lo besé y, en ese preciso instante, me di cuenta de que mi sórdido plan había empezado en aquella lavandería y ahora ahí estaba besando a Mike.

De repente, me acordé de Cullen. Lo había dejado abandonado en el bar. Me sentí ligeramente culpable, pero pronto me olvidé de él. Me dije que era un hombre hecho y derecho y que seguro que sabía volver solito a casa.

En cualquier caso, en aquellos momentos, no me preocupaba demasiado lo que pudiera pensar de mí.

Mike nunca se había sentido tan perdido... o tan centrado, según cómo se mirara.

Le había hecho el amor a Mattie en la lavandería, la dulce intensidad del proceso había estado a punto de volverlo loco de verdad y ahora tenía a Mattie abrazada a él, le había pasado los brazos por el cuello y respiraba lenta y profundamente.

Mike no quería que aquel momento terminara jamás.

Sin embargo, sabía que tenían que irse porque, aunque era de noche, podía ir cualquier persona a poner una lavadora.

Mike la abrazó durante unos segundos más y, entonces, recordó que aquella misma tarde había dejado su ropa en la secadora.

— Ven conmigo — le dijo a Mattie tras sacar una manta de la máquina.

Así fue como terminaron compartiendo una tumbona junto a la piscina, abrazados y disfrutando de un maravilloso cielo estrellado.

A Mike le había encantado hacer el amor con Mattie, pero aquello era todavía más dulce. Ellos dos solos, abrazados, murmurando y riéndose, hablando de todo y de nada.

Aquella mujer era su amiga y su amante y Mike sabía que no quería perderla. Mattie suspiró y le pasó el brazo por la cintura, Mike se apretó un poquito más contra ella, la besó en el pelo y, con las estrellas como testigos, se quedó dormido.

Me desperté cuando salió el sol, algo que suena precioso en teoría pero que, en la práctica, resulta un poco desconcertante.

Mike y yo estábamos en la piscina, rodeados de veintidós apartamentos, todos ellos con preciosas vistas a nuestro nidito de amor.

No me parecía el mejor momento para encontrarme con Cullen, pero el destino lo quiso así. De repente, lo vi bajar de su casa tan fresco como la noche anterior.

Yo dudaba sinceramente de estar así de bien y, por un momento, tuve la inmensa tentación de volver a meterme debajo de la manta para esconderme.

Sin embargo, no lo hice y, cuando Cullen se giró y me vio, incluso lo saludé con la mano. Al verme, sonrió tranquilamente y enarcó las cejas. No parecía que estuviera enfadado en absoluto porque lo hubiera abandonado por otro tipo.

Al contrario, parecía intrigado.

¡Tuve que hacer un esfuerzo supremo para no gritar de júbilo! ¡A lo mejor, al final, no había estropeado mi oportunidad con Timothy!

Subí a casa a toda velocidad con una idea rondándome la cabeza. Entré sin hacer ruido, pero, cuando me di cuenta de que mi hermana no estaba, me abalancé sobre el teléfono para llamar a Carla.

Se me había ocurrido una idea buenísima y lo único que necesitaba era que mi amiga me diera el visto bueno para utilizar a Mike como protagonista en lugar de a Cullen.

No quería plantearme seriamente que me estaba enamorando de él, pero sí estaba dispuesta a admitir que tenía más potencial sexual del que yo había creído y que ese podía ser un buen tema para el primer episodio: descubrir que un hombre normal y corriente puede resultar ser todo un semental.

Por desgracia, no pude comunicar con Carla, así que le dejé un mensaje en el contestador diciéndole que me llamara cuanto antes. A continuación, me pregunté varias veces qué debía hacer. La idea de cambiar la perspectiva del guión me parecía tan brillante que decidí que era lo que tenía que hacer.

Llegaba tarde al trabajo, así que me desvestí y me metí en la ducha, no sin antes haber encendido el ordenador. Cuando salí, me peiné delante de la pantalla, leyendo el correo electrónico.

De repente, un correo en particular llamó poderosamente mi atención, lo abrí y tragué saliva al leer la nota de Timothy.

Hola, Mattie, muñeca. Carla se ha ido sin dejarme tu número, así que me pongo en contacto contigo a través del correo electrónico. Cariño, desde luego, eres la mejor. He terminado de leer el guión de tu película a las tres de la madrugada y no te vayas a creer que me suelo quedar hasta las tres de la madrugada leyendo los guiones de los demás. Es muy bueno, pero ahora no puedo hacer nada con él. Sin embargo, entrégame un guión alucinante para el programa piloto y empezamos a hablar de negocios. Sé que puedes hacerlo y con Cullen Slater como protagonista seguro que todo sale bien. ¿Has visto el último episodio de Entertainment Weekly? Todavía no es superconocido, pero ese chico vale mucho y, si consigues engancharlo, me apuesto el cuello a que tendremos una audiencia increíble.

Leí el mensaje un par de veces, intentando dilucidar cómo iba a reconciliar aquellas palabras con el nuevo plan que se había formado en mi cabeza.

Por desgracia, no fui capaz de hacerlo.

Así que decidí actuar como una cobarde, aparté la situación de mis pensamientos, me vestí y salí corriendo hacia la oficina.

Necesitaba olvidarme de mis problemas y la vida, los amores y las drogas de los niños prodigio de unos años atrás me pareció la mejor manera de hacerlo.

Capítulo 9

Diez horas y treinta y siete minutos después, me di cuenta de que no me había equivocado.

Estaba en el infierno.

Estaba en un infierno espantoso lleno de demonios que gritaban y corrían de un lado para otro, demonios que se parecían vagamente a seres humanos pero que no podían serlo a juzgar por su sincero y decidido deseo de que los sacaran en un programa de testimonios en la televisión en el que se iban a mostrar todos sus trapos sucios.

Menos mal que era domingo y no tenía que lidiar con aquellos seres en persona sino solamente en papel y por correo electrónico, ocupándome de los contratos y de la correspondencia.

Evidentemente, me tenía que buscar otro trabajo. Y mira tú por dónde la suerte que tenía que había uno esperándome. Sabía que podía hacer perfectamente el trabajo que el jefe de Carla me había propuesto. Era consciente de que podía escribir algo que lo dejara con la boca abierta.

Si conseguía dejar a Timothy con la boca abierta, el estrellato sería mío.

Miré a mí alrededor y suspiré.

Por supuesto que quería ser famosa. Ya lo había querido cuando había aceptado el trabajo que tenía ahora, en el que llevaba varios años perdiendo el tiempo. Ahora tenía la oportunidad perfecta para dejar de perderlo.

Pero eso significaba que tenía que ir detrás de Cullen y no de Mike.

Tenía que concentrarme. Tenía que dilucidar cómo iba a conseguir convertirlo en el protagonista y en el ocupante de mi cama.

Sabía, porque Carla me lo había dicho, que Cullen tenía que ser el protagonista de la serie. El correo electrónico de Timothy lo único que había hecho había sido recordármelo.

Había llegado el momento de ponerme manos a la obra.

Así que me olvidé del trabajo y abrí un documento en blanco en el ordenador. Me quedé unos momentos pensativa y escribí *Fundido en blanco*.

Muy bien, de momento todo iba muy bien.

Tamborileé con los dedos sobre la mesa, esperando la inspiración, pero no llegó, así que metí un espacio y escribí *Interior lavandería*. Día.

Allí era donde había comenzado todo, ¿no? Estaba a punto de empezar a mecanografiar lo que recordaba de mi conversación con Carla cuando sonó el teléfono. Contesté sin pensar y me arrepentí en cuanto oí la voz de la persona que llamaba.

– Hola, guapa.

– ¡Mike! – exclamé.

– Te he echado de menos.

– Sí – contesté – . Yo también.

En cuanto las palabras abandonaron mi boca, me arrepentí de haberlas pronunciado. No porque no fueran ciertas, que lo eran, sino porque aquello no iba a ninguna parte, lo que me entristecía profundamente, pero tenía que concentrarme en mi carrera.

Me había ido a vivir a Los Ángeles con la intención de conquistar el mundo y, de momento, no lo había conseguido. Tenía una misión y en esta ocasión tenía que hacerlo bien.

Además, llevaba días repitiéndome una y otra vez que Mike no era material para una relación duradera y, aun a riesgo de resultar demasiado racional, me lo volví a repetir. Era cierto que era increíble en la cama y que me hacía sentir de maravilla, pero no quería nada duradero con él.

Era cierto que me había equivocado al juzgarlo porque había resultado que Mike tenía más potencial del que parecía a primera vista, pero tener potencial no era lo mismo que tener algo a ciencia cierta y, cuando una se estaba jugando la entrada segura en Hollywood a cambio de una posible relación... bueno, perdón, pero preferí ir a lo seguro.

Será que soy una chica muy pragmática.

– ¿Mattie?

– Sí, perdona, sigo aquí.

– Menos mal. Ya estaba empezando a preocuparme por si te había tragado la silla.

– A veces, me pasa – contesté sonriendo.

Estaba muy cómoda hablando con Mike. Era como hablar con un buen amigo. Era un buen amigo. También era bueno en la cama, lo que hacía que lo considerara un buen pack.

Aun así, había un detallito que se interponía entre nosotros...

– Mira, Mike... – carraspeé.

– ¿Quedamos para cenar? – me dijo él al mismo tiempo.

– ¿Para cenar? – repetí.

Y, entonces, de repente, lo entendí todo.

No podía seguir saliendo con Mike y trabajar en aquel guión para Timothy. Yo no era mujer de estar con dos hombres a la vez y, desde luego, tampoco era mujer de dejar escapar la oportunidad que el jefe de Carla me estaba brindando.

Tenía que romper con Mike. En aquel mismo instante. Así que tomé aire, sentí náuseas y me lancé.

– Eh, no creo que pueda quedar a cenar hoy – contesté – . Tengo mucho trabajo – mentí.

– Ah.

– Sí, bueno, es que John está en Río y esto es de locos. Hay un montón de trabajo atrasado y...

– Lo entiendo, lo entiendo – me interrumpió Mike –. No pasa nada. No te preocupes.

– Ah – dije yo.

Me habría gustado suspirar aliviada, pero lo cierto era que no sentía ningún alivio. Habría preferido que Mike hubiera protestado y opuesto cierta resistencia, que hubiera intentado convencerme, pero no fue así.

– A lo mejor encontramos tiempo para vernos el próximo fin de semana – se limitó a decir.

¡Pero si solamente era domingo! ¡quedaban muchos días para el próximo fin de semana! Me entraron ganas de protestar, pero sabía que no podía hacerlo. No debía hacerlo. Debía mantener la atención en la recompensa.

Y eso significaba mantener mi atención en Cullen.

– Muy bien – contesté –. A ver si nos podemos ver el fin de semana.

A continuación, se produjo un silencio largo y ensordecedor.

– Mattie – dijo Mike por fin con un deje de tristeza –. Lo que ha... – se interrumpió –. Bueno, da igual. Nos vemos el fin de semana.

– Mike, yo...

– Te tengo que dejar, están llamando a la puerta. Adiós.

Y, a continuación, colgó el teléfono y yo me quedé sentada en mi silla, sintiéndome como una idiota, una idiota con una misión muy importante entre manos porque, si iba a apartar de mi vida a un hombre al que evidentemente le gustaba, que me excitaba con una sola mirada y que me hacía reír como nadie en el mundo, iba a tener que merecer la pena.

Eso significaba que iba a conseguir salir con Cullen me costara lo que me costara y que iba a conseguir el contrato con Timothy como que me llamaba Mattie.

Sin pensarlo dos veces, marqué el número de teléfono de Cullen, pero nadie contestaba. Miré la hora que era. Más de las ocho. Seguramente estaría cenando para salir de marcha.

Saltó el contestador automático y la voz melosa y maravillosa de Cullen me dijo que había salido a pasárselo bien, pero que, si le dejaba un mensaje, a lo mejor nos lo podíamos pasar bien juntos. Haciendo un gran esfuerzo para no poner los ojos en blanco, conseguí dejarle un mensaje sin pestañear.

Le estaba dejando mi número de teléfono cuando oí un clic y, a continuación, su voz, pero esta vez era la de verdad, en vivo y en directo.

– Hola, Mattie.

– Hola – saludé.

De repente, me paré, pero recomencé porque tenía que llevar a buen término mi misión. Cerré los ojos, me imaginé un premio Emmy y me lancé.

– Mira, siento mucho que anoche acabáramos cada uno por nuestro lado.

– A mí me pareció que te lo estabas pasando muy bien.

– Sí, me lo pasé fenomenal.

– Me refiero a que te lo pasaste fenomenal con Mike.

– Sí, bueno, sí. Me lo pasé muy bien con él, pero eso ahora no importa...

– Oye, que a mí me da igual. Habíamos quedado para salir a tomar algo y nos tomamos algo. Tú quisiste algo más y ya está. Puedo soportarlo.

Me daba vueltas la cabeza y la que no sabía si iba a poder soportarlo era yo, pero decidí continuar.

– Mira, la cosa es que me gustaría que nos diéramos otra oportunidad porque es cierto que ayer hicimos la parte de salir a tomar algo, pero no hicimos la parte de la cita – añadió.

¡Lo había dicho!

– Me parece bien lo que dices. ¿Nos vemos esta noche?

Me hubiera gustado verlo aquella misma noche para poner todo el proceso en marcha cuanto antes, pero lo que le había dicho a Mike de que tenía un montón de trabajo era cierto y, además, no estaba preparada psicológicamente para liarme con Cullen aquella noche.

– El viernes – contesté con firmeza –. Tengo mucho trabajo.

– El viernes – repitió Mike pensativo –. El viernes es una noche muy difícil...

– Sí, ya lo sé. Me encantaría poder verte antes, pero trabajo en una productora y ahora mismo estamos poniendo en marcha unos cuantos programas nuevos – le expliqué intentando, obviamente, manipularlo.

De repente, a Cullen no le pareció que la noche del viernes fuera una noche difícil y, como mi mentira había funcionado, no me sentí culpable por haberle mentado.

Así que quedamos el viernes a las siete en su casa para luego decidir dónde ir a cenar.

– Te dejo que sigas haciendo buena televisión – se despidió.

La verdad era que, si no hubiera sabido que no podía ser así, hubiera pensado que mi vecino estaba dispuesto a acostarse conmigo para salir en televisión. Supongo que tenía más en común con él de lo que yo creía...

Estaba dándole vueltas a aquella idea tan preocupante cuando vi que había recibido otro correo electrónico. Teniendo en cuenta que no solía recibir muchos correos un domingo por la tarde, supuse que era un mensaje basura, un anuncio de Viagra o un vínculo a una página porno.

Moví el ratón para que se quitara el salvapantallas y vi que, efectivamente, era porno.

¿Llevas bragas? ¿Están húmedas? Quítatelas y métete la mano entre las piernas. Las chicas que se quedan trabajando hasta tarde necesitan un descanso, así que, cuando te metas el dedo, piensa que soy yo el que te toca hasta que... ya sabes.

Madre mía.

Me revolví incómoda en la butaca, frustrada con mi reacción y avergonzada por ella, así que me apresuré a colocar el ratón sobre el icono de borrar mensajes. Sin embargo, me detuve justo a tiempo de ver quién había mandado el mensaje. No reconocí la dirección, pero el nombre de inconfundible: Mike Peterson.

No borré el mensaje de Mike durante días. Durante días estuve mirándolo, leyendo las palabras, pensando en los puntos que había sacado en el test y, sí, cerrando la puerta y haciendo exactamente lo que el mensaje me decía.

Lo que no hice fue contestar.

Me moría por hacerlo porque me sentía increíblemente atraída por aquel hombre, pero inversamente proporcional era la atracción en la otra dirección de mi vida... mi madre, mi ambición y mi oportunidad de oro.

¿Cómo podía arriesgar todo eso?

No podía, no podía.

Aun así, al mismo tiempo, una vocecilla en mi cabeza me hacía una sola pregunta: ¿acostarte con Mike sería arriesgarlo todo o es que acaso estás tan mortificada por lo que vas a hacer que no podrías soportar mirarlo a los ojos?

No, no estaba mortificada. Era una adulta hecha y derecha, quería pasármelo bien con Cullen y escribir para televisión sobre ello. ¿Qué había de malo en ello?

Lo único que tenía que conseguir era olvidarme de Mike y ése era el problema porque Mike colgaba sobre mí como la espada de Damocles, así que sólo tenía una opción: echarle de mi vida para siempre para, así, dejar de pensar en él y en sus maravillosas manos y poder y concentrarme en Cullen.

Con eso claro, escribí su dirección en el ordenador y contesté a su mensaje.

No me toco, no imagino, sólo trabajo. Lo nuestro fue fabuloso, muy divertido, pero tiene que terminar. Por favor, no me escribas.

Desde luego, no era prosa de una calidad literaria increíble, pero seguro que Mike lo entendía. A mí me parecía que aquellas palabras eran más que comprensibles. Quizá revelaban que su autora estaba un poco irritada y nada

excitada, lo que era incomprensible porque tenía las braguitas empapadas de sólo leer una vez más su mensaje.

Piensa que soy yo el que te toca.

Durante unos segundos, me permití desear que pudiera ser así y, a continuación, me obligué a apretar el botón de «enviar».

Y, como suelen decir, eso fue todo.

Capítulo 10

Cuatro días.

Desde el domingo por la noche hasta el jueves por la noche, Mike no obtuvo ninguna respuesta a su correo electrónico. Y, lo que era peor, no había vuelto a ver a Mattie aunque lo había intentado.

Era consciente de que todo había terminado, de que sus esfuerzos por recuperar la conexión con ella habían fracasado. Mattie no le había dirigido ni una sola palabra, pero su silencio hablaba por sí solo.

Se había distanciado de él y Mike no podía evitar preguntarse si era que la había presionado demasiado.

Estaba mirando la pantalla de su ordenador, planteándose si ponerse a cantar canciones de amor cursilonas en su puerta, cuando llegó el correo de Mattie. Lo leyó una vez y una segunda. Era corto, serio y conciso.

Mattie quería que se alejara de ella, que no la tentara, que no bromeara, que no hubiera más sexo entre ellos.

Mike entrelazó los dedos de ambas manos y se arrellanó en su butaca. Interesante. Y, si había leído correctamente entre líneas, alentado porque Mattie no le estaba diciendo que se fuera al garete sino suplicándole que no la tentara, que no intentara demostrarle que merecía la pena, que lo suyo merecía realmente la pena.

Eso quería decir que, si Mike quería ganar aquella batalla, lo que precisamente tenía que hacer era tentar a Mattie.

Tuve tres llamadas de trabajo después de haber mandado el correo a Mike, lo que me retuvo en la oficina hasta bien pasadas las diez revisando papeles, apagando varios incendios y enviando documentos que era imprescindible que estuvieran antes del rodaje de la mañana.

Por una vez, no me importó quedarme trabajando hasta tarde porque, así, tuve la oportunidad de zambullirme por entero en el trabajo y no pensar en Mike.

Además, cuanto más tarde llegara a casa, menos posibilidades tenía de encontrármelo, así que aparcar el coche frente a mi edificio a las once de la noche me pareció genial.

Estaba recogiendo el correo, básicamente catálogos y facturas, cuando oí mi nombre. Me quedé helada en el sitio al reconocer aquella voz que jugaba con mis emociones de una manera que me aterrorizaba y me excitaba a la vez.

De repente, me sentí profundamente furiosa. ¿Acaso no le había quedado claro que tenía que dejarme en paz?

¡Pues allí lo tenía al muy caradura, avanzando hacia mí con el torso descubierto y una toalla atada a la cintura!

Sabía que llevaba un bañador debajo, pero, como no lo veía, mi imaginación empezó a jugarme malas pasadas.

Tragué saliva e intenté mostrarme indignada.

– Hola, Mike, me sorprende verte.

– ¿Ah, sí? – me contestó él realmente sorprendido.

A lo mejor, no había recibido mi correo.

– Sí, eh, sí. Te he mandado un correo electrónico esta tarde.

– Sí, ya lo he leído – contestó dando un paso más hacia mí.

– Bueno, entonces... – contesté yo intentando ordenar mis ideas.

– Sí, ya he visto que no querías que te mandara más correos – continuó acariciándome el cuello.

A continuación, bajó con el dedo hasta mi escote, dejando una estela de fuego sobre mi piel. No estoy segura, pero creo que me estremecí de pies a cabeza y, a pesar de que sabía que tenía que decir algo, no fui capaz.

Lo que, por otra parte, era insignificante porque, por lo visto, Mike tenía muchas cosas que decir.

– En tu correo decías que no querías que nos volviéramos a comunicar por Internet, pero lo que tengo en mente te aseguro que no tiene nada que ver con el ciberespacio – murmuró.

En aquel momento, sentí que el corazón me latía aceleradamente.

– Oh. Yo. Oh – dije tragando saliva y preguntándome qué había pasado con mi resolución.

¿Qué había sido de mi decisión de concentrarme única y exclusivamente en mi vida profesional? Por lo visto, se había ido de vacaciones en cuanto había aparecido Mike. Por supuesto, yo era consciente de que iba a ocurrir algo parecido. Por eso, precisamente, había estado evitándolo.

En un último intento por mantener la cordura, eché los hombros hacia atrás y tomé aire, decidida a mantenerme fuerte a pesar de que me estaba empezando a faltar la fuerza de voluntad.

– Mike, me tengo que ir a casa.

– No.

– ¿Perdón?

– Todavía, no. Te quiero enseñar una cosa.

– ¿A qué te refieres?

– No te preocupes, es algo decente – me prometió.

– ¿De qué se trata?

– Si te lo pudiera contar con palabras, no querría enseñártelo.

Me crucé de brazos y no dije nada.

– Venga, Mattie, ¿acaso no te fías de mí?

– Sí y no – contesté.

Aquello hizo reír a Mike.

– Buena respuesta – me dijo comenzando a andar hacia las escaleras y girándose para ver si lo seguía.

Sí, lo estaba siguiendo.

¿Por qué? ¡Porque me picaba la curiosidad!

Así que, una vez arriba, giramos a la derecha hacia su casa, abrió la puerta y entramos.

– ¿Y ahora? – le dije.

– Date la vuelta.

Lo miré con desconfianza, pero obedecí. Lo cierto era que me sentía intrigada. No debería haber sido así, pero qué le vamos a hacer. Por mucho que me repitiera una y otra vez que no me podía acostar con aquel hombre, lo cierto era que me gustaba muchísimo.

Así que me di la vuelta y, cuando me pidió que cerrara los ojos, los cerré.

Cuando sentí la suave caricia de su pulgar en la mejilla, tragué saliva y me dije que aquello no iba a ninguna parte. No podía permitirlo. Aquel hombre me había dicho unos días atrás que lo único por lo que debería sentirme avergonzada profesionalmente hablando era por no saber elegir la salida adecuada para llegar a la meta que me hubiera fijado.

En aquellos momentos, yo tenía un camino muy claro ante los ojos y me hubiera gustado poder seguirlo con él, pero no era posible. Había elegido y Cullen era el único hombre con el que podía acostarme en aquellos momentos.

Una conversación muy bonita conmigo misma que se evaporó en el mismo instante en el que Mike me colocó algo suave y sedoso sobre los ojos. Yo me tensé, pero él continuó, me besó en el cuello y me chistó para que no dijera nada.

En aquel momento, yo no podía ni hablar y sentía que el corazón me latía aceleradamente. Mike me ató el pañuelo en la parte atrás de la cabeza. Yo no veía nada.

– Mike, nosotros... yo...

Mike no me dejó seguir, me puso un dedo sobre los labios.

– Sé que has estado evitándome y que preferirías que parara. No te voy a preguntar por qué. Lo único que te pido es que me concedas esta noche. Sin promesas y sin expectativas. Solamente tú, yo y lo que pase en esta casa.

– ¿Lo que pase en esta casa no saldrá de esta casa? – le pregunté.

Evidentemente, estaba empezando a ceder, pero ¿cómo no iba a ceder cuando estaba con los ojos tapados y Mike me acariciaba? Lo único que quería en aquellos momentos era desnudarlo y hacerlo mío.

Mike me agarró de la mano y me guió por el pasillo de su casa.

– Mike...

– Si te quieres ir, dílo ahora mismo. De lo contrario, no digas nada.

Abrí la boca y la cerré. Mike se quedó en silencio, pero me pareció que debía de estar sonriendo. Avanzamos unos metros y me indicó que me sentara.

Por supuesto, no hay nada de erótico en sentarse en una silla de madera normal y corriente, pero yo estaba tan excitada que prácticamente jadeaba.

Todo, sus caricias, su olor, la oscuridad, conspiraba contra mí para que me sintiera húmeda, excitada y muy frustrada.

Estaba segura de que Mike lo sabía. En realidad, estaba segura de que su intención era frustrarme muchísimo más a lo largo de aquella noche.

Aunque no veía nada, cerré los ojos y suspiré.

Lo cierto era que me moría por ver lo que me tenía preparado.

Mike se hubiera conformado con simplemente quedarse mirando a la mujer que estaba en su cocina, la mujer que unas cuantas horas antes le había mandado un correo electrónico diciéndole que lo quería fuera de su vida.

En aquellos momentos, estaba frente a él, con los ojos tapados, vulnerable y toda suya. Mike sentía una mezcla de poder y ternura, una combinación embriagadora para perderse en ella.

Sobre todo, quería oír la gritar su nombre.

Paciencia.

Su abuela, Grandma Jo, solía decir que la mejor recompensa se la llevaban aquellos que sabían esperar y, hablando de esperar, eso era precisamente lo que Mike tenía pensado hacerle a Mattie aquella noche.

Sí, la iba a hacer esperar y, finalmente, le iba a hacer tener más de un orgasmo.

– ¿Mike?

– Shh. Ya te he dicho que no puedes hablar o te llevo a tu casa. A menos que sea eso lo que quieras, claro.

Mike se quedó esperando, aguantando la respiración, observó cómo Mattie abría la boca, cómo la cerraba a continuación y negaba con la cabeza.

Mike sintió que el corazón le daba brincos de alegría, pero intentó mantener la calma. No debía cantar victoria todavía. Todo llegaría a su debido momento. Había ideado un plan y ahora había llegado el momento de ponerlo en práctica, así que

Mike se acercó al frigorífico, sacó un hielo, lo derritió un poco entre las palmas de las manos, y volvió al lado de Mattie.

Se lo pasó por los labios, observando cómo Mattie sacaba la lengua para chupar el agüilla que iba quedando. A continuación, lo deslizó por su cuello y por su escote, dejando una estela que él mismo chupó.

También le pasó el hielo por los pechos, haciendo que los pezones de Mattie se endurecieran con el frío a pesar de que todavía llevaba la blusa puesta.

Sin previo aviso, le abrió la blusa de un tirón, haciendo que los botones volaran por los aires. Mattie gritó de sorpresa, pero no protestó, lo que hizo que Mike se excitara sobremanera al comprender que ella estaba tan involucrada en el proceso como él.

Mike siguió bajando por el cuerpo de Mattie con el hielo hasta que se situó sobre su ombligo y sintió cómo Mattie contraía los abdominales en una mezcla de deleite y pasión.

El hielo era cada vez más pequeño, pero Mike no tenía prisa. Le quitó la falda, dejándola en braguitas y zapatos de tacón. A continuación, se arrodilló ante ella como si fuera una diosa, porque realmente lo era, y le pasó el hielo por el tobillo y por la corva.

Se tomó su tiempo, porque quería que Mattie entendiera que todo aquello lo hacía por ella, que la deseaba y que iba a luchar por ella. Además, quería prolongar el placer, quería que los prolegómenos duraran toda la noche para que, cuando sus cuerpos por fin se encontraran, el éxtasis fuera total.

Era la primera vez que hacía el amor con los ojos vendados, así que no estaba muy segura de cómo tenía que sentirme. ¿Nerviosa? ¿Excitada? ¿Expuesta?

Supongo que me sentía todas esas cosas y muchas más, pero, sobre todo, me sentía deseada. Me daban igual las caricias o el hecho de no poder verlo, yo lo único que quería era sentirlo, olerlo y escucharlo.

¡Y aquello que me estaba haciendo con el hielo! ¡Dios mío! Había seguido avanzando con el hielo hasta la parte interna de mis piernas, lo que me hizo estremecerme, sorprendida por el contacto.

Mike me tumbó boca arriba con cuidado, me ató los tobillos con un pañuelo de seda. Sí, a lo mejor, era demasiado, pero confiaba en él y en lo que me estaba haciendo y os aseguro que aquello me excitaba sobremanera.

Me moría por suplicarle que me tocara, que me diera placer con los dedos, con la erección o con la lengua, pero no dije nada. Confiaba en que aquel hombre sabía lo que estaba haciendo y no me defraudó.

El cubito de hielo comenzó a deshacerse por completo al entrar en contacto con mi sexo y, cuando Mike lo frotó contra mi clítoris y lamió el líquido con la lengua, no pude más y grité.

Estuve a punto de desmayarme cuando me metió lo que quedaba del cubito dentro del cuerpo y me lamió hasta que llegué al orgasmo.

Después de aquello, me hizo tener varios orgasmos seguidos. Me sentía más sensible que nunca. Aquello era como si mi cuerpo hubiera crecido y se hubiera conectado con el Universo entero.

Mike me dio a comer fresas, murmuró mi nombre y, a continuación, lamió el jugo de la fruta de mis labios mientras me masturbaba.

En aquella ocasión, ya no pude más, y grité su nombre. Claramente, el mensaje era que quería sentirlo dentro de mi cuerpo, algo que él pareció comprender perfectamente porque me puso en pie.

Yo esperaba que me quitara el pañuelo o que me llevara al dormitorio, pero no hizo ninguna de esas dos cosas. Lo que hizo fue indicarme que volviera a sentarme. Fue entonces cuando me di cuenta de que él estaba sentado en la silla, desnudo. Me separó las piernas, me agarró de las caderas y me sentó sobre su erección.

Grité de satisfacción y de necesidad y me apreté contra él, sintiendo como las lágrimas resbalaban por mis mejillas, mojando el pañuelo. Me lo quite y lo miré a los ojos. Vi en ellos una intensidad y una promesa que me hicieron estremecerme.

De repente, supe que aquel hombre era para mí. Había estado intentando esconderme de la realidad, pero era imposible, no podía escapar a ello.

Mike era el hombre de mi vida y no podía comprometerme con él si me acostaba con otro, aunque se tratara de un modelo encantador, para conseguir un trabajo.

— Te quiero, Mattie — me dijo en un susurro.

Yo asentí sin parar de llorar.

— Lo sé. Lo siento. Yo también te quiero.

Ya estaba. La verdad. La había dicho y me sentía completamente liberada.

Sin embargo, tenía que hacer una cosa antes de poder entregarme por completo, en cuerpo y alma, a él.

Mike se alimentó de aquellas dos palabras durante toda la noche y parte del día siguiente, lo que le resultó fácil porque habían hecho el amor tres veces más y Mattie las había repetido en todas las ocasiones.

Ahora estaba observando cómo se vestía, disfrutando del lujo de poder pasar la mañana del sábado en pijama, saciado de sexo.

Mattie le había dicho que tenía una cita y Mike estaba haciendo un esfuerzo realmente sobrehumano para no agarrarla y meterla en la cama de nuevo, no sin antes haberla zarandeado hasta hacerle confesar con quién había quedado y qué planes tenía para aquella noche.

No le hacía ninguna gracia que fuera a acostarse con Cullen, no le hacía gracia ni siquiera que ligara con él, para conseguir un programa de televisión, pero se

suponía que él no sabía nada de aquello y, además, tenía que dejar que Mattie tomara sus propias decisiones en la vida por mucho que le dolieran.

Sin embargo, no se sintió tan seguro cuando se despidieron. Se quedó observando por la ventana, la vio cruzar a su casa y tirarle un beso desde allí. Al principio, creyó que eso era todo, pero la volvió a ver salir transcurridos unos minutos.

Mike suspiró aliviado al ver que se dirigía al garaje. Se iba a la oficina. Menos mal. Pero no, volvió a subir, en aquella ocasión por las escaleras de atrás.

Se dirigió a casa de Cullen. Mike la observó llamar a la puerta y no pudo evitar que le hirviera la sangre en las venas al ver que Cullen abría y la invitaba a pasar.

—Hola, Mattie — me saludó Cullen cuando entré en su casa—. Estás estupenda.

—Gracias —contesté dejando la puerta un poco abierta por si tenía que escapar—. Eh, mira, Cullen, venía a hablarte de nuestra cita. Yo...

—No voy a poder salir contigo, Mattie — me interrumpió él.

¡Ésa era mi frase!

—Creía que iba a poder hacerlo, creía que iba a poder acostarme contigo, que merecería la pena.

—Vaya, gracias. Me siento halagada —contesté frunciendo el ceño—. Creo.

—No me refiero a ti —sonrió él—. Perdón, ha sonado un poco mal. Quiero decir que estoy seguro de que eres una chica fantástica, pero la única razón por la que me quería acostar contigo era por el programa de televisión, que me venía muy bien profesionalmente.

En aquel momento, di un paso atrás y me quedé mirándolo con los ojos entrecerrados. ¿Cómo demonios sabía lo del programa?

—No merece la pena —continuó Cullen—. Hay alguien especial en mi vida que me interesa de verdad y no puedo hacerlo.

Yo seguí mirándolo y sacudí la cabeza. Aquello era increíble. Me estaba diciendo exactamente lo que yo había ido a decirle a él.

—¿Quién...?

—Espero que no te importe. Sé que te interesaba mucho el programa.

Yo sonreí encantada y lo agarré de la mano.

—No me importa en absoluto —le dije sinceramente—. De hecho, he venido a cancelar nuestra cita porque... bueno, estoy enamorada de otra persona.

—¿De Mike Peterson, por casualidad?

Yo asentí, sintiéndome como en una nube.

—Me alegro por ti — me dijo Cullen envolviéndome en un abrazo fraternal.

Fraternal.

Fue entonces cuando todas las piezas del rompecabezas encajaron. Ahora comprendía cómo Cullen sabía lo del programa de televisión, por qué había pasado tanto tiempo con Angie y quién era esa persona especial que había en su vida.

Cullen se había enamorado de mi hermana que, justamente en ese momento, salió de su dormitorio con aire somnoliento y satisfecho.

Tuve que hacer un gran esfuerzo para no gritar de sorpresa, de horror y de furia. Me hubiera gustado abofetearla, preguntarle qué demonios se traía entre manos, pero no pude articular ni una sola palabra porque no podía creerme que mi hermana hubiera caído tan bajo.

Había engañado a Cullen, lo había incluso seducido, le había contado lo del programa y había conseguido que se fijara en ella. En resumen, se había metido en una situación que no le atañía en absoluto solamente para competir conmigo.

Y el pobre Cullen no se había enterado de nada porque, a juzgar por cómo la miraba, realmente se había enamorado de ella.

Lo abracé, deseando poder contarle la verdad, pero sabiendo que no era el momento adecuado. Lo abracé con fuerza con la esperanza de que el contacto le pareciera genuino y feliz y no triste y compungido.

Lo estaba abrazando cuando la puerta se abrió de repente y entró Mike.

—Maldita sea, Mattie, creía que iba a poder soportarlo, pero no puedo.

Cullen y yo nos separamos y Angie bajó las escaleras. Mike, sin embargo, no reparó en su presencia. Sólo tenía ojos para mí.

—No lo hagas —me dijo—. No tengo ningún derecho a pedirte que no hagas algo que te va a beneficiar profesionalmente, pero te lo voy a pedir de todas formas porque te quiero y no puedo soportar la idea de que te acuestes con otro hombre.

Al principio, sus palabras me halagaron, pero, acto seguido, sentí que la furia se apoderaba de mí. Me gire y miré a mi hermana y a Cullen. Mike hizo lo mismo. A continuación, me miró confuso.

—No me podía acostar con Cullen —le aclaré—. Precisamente, he venido a decírselo. Lo que me parece realmente interesante es que ya sabía lo del programa de televisión —añadí mirando a Angie, que se apresuró a desviar la mirada—. ¿Desde cuándo lo sabes? —le pregunté a Mike—. ¿Qué te ha contado mi hermana exactamente?

—Se lo he contado todo —contestó Angie—. Lo sabe desde la primera vez, desde la noche en la que os quedasteis viendo la película.

—¿Lo sabes desde entonces? —me indigné sin apartar la mirada de Mike—. ¿Lo sabías todo? ¿Sabías lo del guión del programa de televisión?

—Mattie, yo...

Lo callé de una bofetada. A continuación, di un paso atrás, sorprendida por mi propia furia, pero tenía razones para estar furiosa. Con él y con Angie. Con Mike, sin embargo, el dolor era todavía más profundo. Había llegado a querer algo real, para

descubrir que Mike formaba parte del plan maestro de mi hermana para conseguir acostarse con Cullen.

— ¿Todo lo que ha habido entre nosotros ha sido una farsa? ¿Lo has hecho para ayudarme a sacar más puntos en el test? ¿Lo has hecho para satisfacer esa parte de la pobre Mattie? ¿Para que me olvidara de Cullen? ¡Iros los dos al garete! — grité.

Estaba fuera de mí, me sentía completamente traicionada tanto por Mike como por mi hermana. Necesitaba respirar, así que salí. Mike me siguió, pero yo me giré y le dediqué una mirada asesina que lo dejó clavado en el sitio.

A continuación, me fui a casa y, una vez a solas, me tiré sobre la cama y lloré.

Mike le mandó a Mattie una docena de rosas cada seis horas durante los siguientes cinco días para pedirle perdón.

Le había fallado y lo sabía.

Además de no haber confiado en ella, había jugado con ella. En eso Mattie había tenido razón aunque no en el propósito.

Le hubiera gustado poder aclarárselo en casa de Cullen, le hubiera gustado poder decirle que cada vez que hacían el amor en un lugar que no fuera la cama, él no pensaba «estupendo, tengo otro punto».

No, cada vez que habían hecho el amor había constituido para Mike un momento sagrado y lo único que pensaba en aquellos momentos era en dar placer a Mattie. Sin embargo, tampoco podía negar que saber lo del test, lo de su decisión de la lavandería y lo de su plan para seducir a Cullen lo habían ayudado.

Por supuesto, también lo había ayudado que Angie le contara que su anterior novio, Dex, había resultado aburrido en la cama porque eso lo había hecho atreverse a hacer un montón de cosas con ella, le había hecho pensar que hacer el amor en el baño de una discoteca era increíble y lo había ayudado a mandarle un correo electrónico erótico.

Había hecho todas esas cosas porque sabía que Mattie se moría por tener una vida sexual más excitante. Lo cierto era que Mike no se arrepentía absolutamente de nada.

Lo único de lo que se arrepentía era de haberse enterado de todo aquello sin el consentimiento de Mattie. Ahora, ella se sentía utilizada y Mike lo entendía perfectamente y se odiaba a sí mismo por hacerla sentirse así.

Lo peor era que no sabía qué podía hacer para arreglar la situación y de verdad quería que las cosas se arreglaran porque se había dado cuenta de que no podía vivir sin ella.

No quería ceder, pero estaba cediendo.

¿Cómo no iba a ceder cuando en mi casa había más flores que en una floristería?

— Está completamente enamorado de ti — comentó Carla apartando un florero de rosas amarillas, el último en llegar—. ¿No crees que ya lo has hecho sufrir suficiente?

— ¿Yo lo he hecho sufrir? — vociferé—. ¿Y lo que él me ha hecho a mí? ¿Y lo que él y Angie me han hecho a mí?

— Bueno, es cierto que Angie empezó en plan competitivo, pero la situación se le fue de las manos y ahora está completamente enamorada de Cullen.

Cerré los ojos frustrada porque sabía que mi amiga tenía razón, pero, aun así, no estaba suficientemente preparada para volver a ver a Mike.

— Ha estado utilizando mis secretos en mi contra — murmuré—. No sé cómo olvidarme de eso.

— Peor habría sido que hubiera leído tu diario — contestó Carla—. Tu hermana no le debería haber contado la razón por la que ibas detrás de Cullen ni tampoco lo del programa de televisión, pero es comprensible porque se estaba enamorando.

Hice una mueca de disgusto, pero asentí. A mí nunca me hubiera parecido que Cullen fuera el tipo de mi hermana, pero lo cierto era que hacían una pareja maravillosa.

Angie me lo había explicado todo, me había contado cómo había empezado a ligar con él para quitármelo, pero cómo había comenzado a sentir algo verdaderamente fuerte. Entonces, habían empezado a verse cada vez con más asiduidad y le había contado lo del programa con la esperanza de que Cullen se riera y le asegurara que no estaba dispuesto a acostarse conmigo para grabar un programa piloto.

Sin embargo, Cullen no había contestado eso. Estaba como loco por aparecer en un programa de televisión y estaba dispuesto a acostarse conmigo para conseguirlo, algo que yo no me iba a poner a juzgar a aquellas alturas porque había estado a punto de hacer lo mismo.

Después de aquello, habían tenido una buena pelea y Angie se había ido dando un portazo. El famoso portazo que yo había oído. Por supuesto, no se me había pasado por la cabeza que se tratara de mi hermana.

Después de la pelea con Cullen, Angie había ido a contárselo a Mike, buscando un hombro sobre el que llorar y ayuda. El resto, como suelen decir, es historia.

— Si quieres que te sea sincera, a mí parece que lo que ha hecho Mike es encantador. Quiero decir que, si Mitch se enterara de que yo creo que mi vida sexual es aburrida y en secreto intentara hacérmela más interesante... me parecería genial.

Miré a mi amiga con cara de pocos amigos y Carla se encogió de hombros.

— Bueno, todos sabemos que mi vida sexual es increíble, pero ya sabes.

Sí, sabía perfectamente a lo que se refería, pero aquello no era una cuestión de sexo. Mis dudas eran por mí. Me sentía como una idiota de primera y me sorprendía que Mike siguiera interesado en mí porque, en un intento por dar un empujón a mi vida profesional, había dejado por completo de lado mi vida personal.

Así se lo hice saber a Carla, que se limitó a encogerse de hombros y a señalar los cientos de flores que llenaban mi hogar.

—Me huelo que a él no le importa y, además, deberías hablar con él, no conmigo.

Tomé aire, cerré los ojos y me imaginé a Mike ante mí, me imaginé entre sus brazos de nuevo, besándolo.

¿Iba a tirar todo aquello por la borda porque el buen hombre se hubiera esforzado para que yo me lo pasara bien en la cama? Así visto, parecía completamente ridículo.

Amaba a aquel hombre y, por lo visto, él también me amaba a mí.

Sobre todo, quería que comprendiera que, por fin, yo había entendido lo que es realmente importante en la vida. Mi madre no se había enterado de nada. Es cierto que el trabajo es importante, pero lo que realmente es imprescindible en la vida es el amor.

Sin amor no hay nada y yo había encontrado el amor al lado de Mike, así que no estaba dispuesta a dejarlo escapar.

Sabía que Mike quería que hiciéramos las paces porque me había mandado un millón de flores, pero, aun así, una vez ante de la puerta de su casa, me di cuenta de que estaba muy nerviosa.

Sobre todo porque había llamado y él no me abría la puerta. Me pregunté si sería que no estaba en casa o que, tras mirar por la mirilla, me había visto y había decidido no abrir.

Entonces, oí la llave en la cerradura y la puerta se abrió y allí estaba él, sonriente, dispuesto a decirme que todo iba a ir bien.

—Mattie —me saludó alargando el brazo para abrazarme.

Sin embargo, yo di un paso atrás porque había ido a decirle una cosa muy importante y tenía que decírsela. Ante mi gesto, Mike me miró preocupado y yo me apresuré a tranquilizarlo.

—Te quiero —le expliqué borrando la preocupación de su rostro en un instante—, pero tengo que decirte una cosa.

—Siempre y cuando no me digas que me vaya de tu vida, dime lo que quieras.

—No quiero que te vayas de mi vida ni ahora ni nunca —le dije con lágrimas en los ojos—, pero tengo que pedirte perdón.

—No hace falta que te disculpes.

—Sí, dejé que mi vida profesional se interpusiera en mi vida privada. Estaba dispuesta a arriesgarme profesionalmente, pero nunca se me ocurrió que también me podía arriesgar personalmente y he estado a punto de quedarme sin ti, de dejar pasar al amor de mi vida.

– Pero ahora estás aquí – sonrió Mike.

– Sí, estoy aquí – sonreí yo feliz dejando que me agarrara de la mano.

– ¿Feliz? – me preguntó Mike.

– Oh, sí – contesté entre sus brazos.

Me había arriesgado y había ganado. Estábamos de nuevo en la cama. Había ganado a Mike. Había ganado todo lo que siempre había querido. Bueno, todo excepto...

– ¿Qué te pasa? – me preguntó al advertir mi zozobra.

– Nada, no es nada – contesté yo –. Supongo que es mi vena competitiva.

– ¿Y eso?

– No te lo tomes mal, pero lo cierto es que estoy exactamente donde empecé. Por supuesto, no me refiero al test – le expliqué sonriendo –. Es obvio que entre los dos hemos conseguido ponerme a un nivel muy respetable y tampoco me refiero a mi vida personal – añadí abrazándolo –. En ese aspecto, estoy exactamente donde quiero estar.

– Estás pensando en tu vida profesional.

– Efectivamente.

– Te escucho.

Me encogí de hombros y lo solté.

– He tenido en la palma de la mano la oportunidad de escribir el episodio piloto de un programa de televisión – le expliqué acariciándole el pecho –. Ahora te tengo a ti y no me quejo, pero...

– ¿Y por qué no puedes hacer las dos cosas?

– ¿A qué te refieres?

– ¿Acaso le has dicho a Timothy que no le vas a entregar nada?

– No, todavía no, pero, a lo mejor, Carla le ha dicho algo.

– No creo. Yo creo que Carla sabe perfectamente que eres capaz de conducir tu carrera profesional tú sola.

– Sí, será por lo bien que lo he hecho hasta el momento...

– Todo el mundo tiene que empezar por alguna parte. ¿Por qué no empiezas tú por el resultado del test?

– Por ahí fue exactamente por donde empecé y al jefe de Carla le encantó la idea, pero te recuerdo que la idea tenía que tener como protagonista a Cullen porque tú...

– Sí, ya sé que yo no soy el monstruo de las audiencias. La verdad es que no sé cómo voy a superarlo – bromeó –. ¿No te estás olvidando acaso de que Cullen sigue

formando parte de la historia? Una parte muy importante, de hecho. Es cierto que no te has acostado con él, de lo que yo me alegro muchísimo, para qué te voy a engañar, pero sale con tu hermana...

– Sale con mi hermana... – repetí incorporándome con la cabeza llena de ideas.

– Mike, eres un genio – le dije besándolo.

– Ya lo sé – sonrió él.

– Y estás a punto de ser inmortalizado en la pantalla. Oh, Dios mío, esto va a ser genial... – concluí apartando las sábanas y poniéndome en pie.

– Eh, que son las tres la mañana. ¿Adonde vas?

– Te has enamorado de una escritora – le recordé.

Lo oí suspirar, apartar las sábanas y seguirme. Estaba encendiendo el ordenador cuando vino y me besó en la cabeza.

– No hace falta que te quedes conmigo – le dije –. Vete a dormir.

– Sí, pero primero te voy a preparar un café.

«Te voy a preparar un café». Sonreí encantada. Si aquello no era amor de verdad, que viniera Dios y lo viera.

– No me gusta que me lean por encima del hombro – le advertí.

Mike se rió y se dirigió a la cocina mientras yo comenzaba a mecanografiar.

Fundido en blanco.

Interior lavandería - Día

Mattie: ¡Dieciocho por ciento! ¡Sacar un dieciocho por ciento es de monjas y de niñas pequeñas!

Fin.